GRUPO DE MONTAÑEROS

VETUSTA

OVIEDO

JULIO
2022
nº 91

Resiliencia, el precio de la libertad

Cuando comienza marzo

Experiencias de un guarda de refugio: dos relatos

Un rescate en Picos de Europa

Milagro camino a Coma de Vaca

Covadonga-Collanzo a pie: un viaje de otros tiempos

Adiós a Tano, un maestro de la montaña

Primeros datos meteorológicos recogidos en los Picos de Europa

Una tentación, un regalo, un suspiro, un hallazgo, un sentimiento, una promesa, una declaración, un mordisco, una atracción, una pasión prohibida, una sensación, una gran sorpresa, un minuto de placer...

Y tú, ¿qué sientes al probarlas?

CONFITERÍA

Rialto

www.moscovitas.com

OVIEDO: San Francisco, 12 T. 985 21 21 64 / Velázquez, 2 T. 985 29 40 27
MADRID: Núñez de Balboa, 86 (esquina Juan Bravo) T. 914 26 37 77

TD

TUDENT

centro odontológico integral

Un nuevo concepto de la Odontología

www.clinicatudent.es

985 235 853 C/ Mieres, 1 Bajo 3 33006 Oviedo Asturias

VETUSTA

Revista del Grupo de Montañeros Vetusta *Fundado en 1943*

JULIO 2022

Portada: Grupo de Los Albos desde los alrededores de Pandébano (Macizo Central de Picos de Europa)
Arriba: Peña Santa y Collau Jermosu desde Las Colladinas
Fotos: Pedro M. Sánchez

Edita:
Grupo de Montañeros Vetusta
Viaducto Marquina, 4 · 33004 Oviedo
Teléfono 985 23 28 23

Coordinación Editorial:
Elisa Villa
Mercedes Griñón

Maquetación:
oh! digital

Impresión:
oh! digital

Dep. Legal: AS/148-1959

SUMARIO nº 91

Relevo en la Presidencia del Grupo Vetusta. Cediendo el testigo pág. 4

Resiliencia, el precio de la libertad
Víctor Sánchez Martínez
pág. 8

Cuando comienza marzo
Joaquín Álvarez Sánchez
pág. 16

Experiencias de un guarda de refugio. Dos relatos
Adolfo Cuétara
pág. 25

Un rescate en Picos de Europa
Pablo Fernández Cañón
pág. 34

Milagro camino a Coma de Vaca
Fernando Alonso López
pág. 39

Covadonga-Collanzo a pie: un viaje de otros tiempos
Elisa Villa
pág. 46

Adiós a Tano, un maestro de la montaña
L. Fernando Collía
pág. 54

Los primeros datos meteorológicos recogidos en los Picos de Europa
Borja Palacios Alberti
pág. 57

El Vetusta en la Fiesta de los Pastores de Onís
pág. 64

Aventuras desde el sofá
Alberto C. Boza
pág. 70

2021. Imágenes del segundo año de pandemia
pág. 73

Relevo en la Presidencia del Grupo Vetusta

¿Sabes dónde te metes? Fue la pregunta que, de forma cordial, me formularon algunos socios al anunciarles mi candidatura a la presidencia del Grupo de Montañeros Vetusta. ¡Por supuesto! No es esta una decisión espontánea, pues llevaba tras de sí un largo periodo de reflexión y análisis a fin de formular un proyecto sólido, fijando objetivos realistas y estrategias a cuatro años, sin dejar espacio a la improvisación: saber por qué se hacen las cosas y tener una voluntad inquebrantable son las claves más importantes del éxito.

Reparar en personalismos supone enquistarse en considerar banalidades arcaicas. En la actualidad, el origen del éxito se halla en trabajar en equipo. Bajo esa premisa, el documento del proyecto que regirá esta nueva etapa recoge las aportaciones de todas las personas que lo suscribieron.

El número de socios y los recursos humanos del Club garantizan la alternancia, renovación y regeneración del mismo. Por ello, y para esta nueva etapa, tengo el firme convencimiento de haber reunido al mejor equipo, tanto en Junta Directiva como en el resto de áreas estratégicas.

Quiero transmitir a los nuevos socios que el Grupo de Montañeros Vetusta es lo que es hoy gracias al trabajo y esfuerzo de muchas personas que, durante casi ocho décadas, han hecho posible que los tres activos más valiosos del Club sean: su trayectoria, sus socios y su sede social, que sirve como punto de encuentro de diferentes generaciones de deportistas. Esto es, precisamente, lo que nos diferencia de otros clubs: no ser únicamente un grupo de personas, con una afición en común, que realizan actividades en la naturaleza cada fin de semana.

Para continuar con la labor del Grupo, y dar respuesta a todos los socios, las acciones de nuestro proyecto se estructuran en cuatro ejes: gestión, comunicación, crecimiento deportivo y compromiso social.

Entendemos que una gestión basada en la contención de gastos superfluos, junto con la explotación de la marca Vetusta, son la mejor herramienta para prolongar la estabilidad económica de la que goza a día de hoy el club y garantizar un crecimiento de sus activos durante los próximos ejercicios.

Determinar los objetivos antes de comenzar esta etapa nos ha permitido iniciar la revisión de los contratos del club con empresas de prestación de servicios, crear una estrategia eficiente para cada acción y hallar focos donde incrementar el valor de los recursos comunes.

Ya aprobado el Código de Buen Gobierno por los miembros de la Junta Directiva, y para garantizar el derecho a la información de todos los socios, así como para evitar la autocomplacencia, los siguientes pasos serán la puesta en marcha del Portal de Transparencia y el desarrollo de acciones de mejora en todas las áreas del Club.

El cambio en los hábitos de la sociedad dificulta promover y compartir nuestras actividades en los medios tradicionales. Hoy, más que nunca, resulta necesario invertir en comunicación, desarrollando contenidos dinámicos y atractivos en el universo digital que permitan atraer a un público joven, logrando así la regeneración de la masa social del Club. Por consiguiente, renovar la web corporativa y otorgar protagonismo a las redes sociales serán medidas a emprender a corto plazo.

La colaboración de todos los socios resulta imprescindible para la elaboración de los programas anuales de actividades de montaña y senderismo. Agradecemos la dedicación desinteresada de todos los guías benévolos y os pedimos continuar con vuestra vital aportación. Las Vocalías de Montaña y Senderismo prestarán soporte a cuantas personas quieran sumarse al nutrido grupo de guías. Además, con el propósito de atender al máximo número de deportistas, y siempre que sea posible, las colectivas contarán con dos itinerarios.

La inclusión de las Vocalías de Escalada y Marcha Nórdica en la Junta Directiva supone para el Club dar un paso más hacia la consolidación de estas modalidades en su oferta deportiva. Somos conscientes de que, mediante la promoción y organización de actividades semanales, podemos atraer a nuevos deportistas interesados en la participación en las actividades federativas; es por ello que nuestros esfuerzos se centrarán en estas dos direcciones.

Una vez más, todas las personas que integramosel club podemos sentirnos orgullosos de la perte-

nencia al mismo y congratularnos por contar con el primer equipo de marcha nórdica de Asturias. Nuestro reducido presupuesto no será un impedimento para acudir a competiciones nacionales, pues transmitir compromiso y generar confianza ha sido determinante para la llegada de nuestro patrocinador.

Estas semanas, el sentir que nos ha hecho llegar un buen número de socios es la necesidad de reanudar las actividades de formación. Conscientes de esta legítima pretensión social, y procurando aportar seguridad a nuestros deportistas en el transcurso de sus actividades, tanto colectivas como individuales, retomaremos y organizaremos cuantos cursos sean necesarios para satisfacer la demanda existente.

La responsabilidad social de nuestra entidad va más allá del fomento y práctica de actividades deportivas. La reciente firma del Convenio de Colaboración para la Formación con el Centro Integrado de Formación Profesional del Deporte, la reducción de la huella de carbono en y con nuestras actividades, o el fomento de la práctica del senderismo como hábito de vida saludable, son acciones dirigidas a mejorar la sociedad de la que formamos parte como colectivo de referencia.

Con la transparencia mostrada en estas líneas, es mi deseo hacerte partícipe del proyecto y de la ilusión puesta en él, invitándote a compartir cada una de las actividades sociales y/o deportivas que llevemos a cabo.

Finalmente quisiera transmitir mi agradecimiento, en nombre de todos los socios del Grupo de Montañeros Vetusta, a las personas que se han interesado por nuestra actividad y, muy especialmente, a los que, apoyando a la revista con sus artículos, trabajo o financiación, han hecho de esta publicación la realidad que ahora os ofrecemos.

Héctor Fernández
Presidente

Nueva Junta Directiva. Foto grande, de izquierda a derecha: Pedro Riestra (Vocalía de Actos Sociales), Manuel Martínez (Vocalía de Montaña), Alberto Maldonado (Vocalía de Escalada), Clara Calvo (Vocalía de Comunicación), Héctor Fernández (Presidente), Marco Fernández (Secretario), Sonia Menéndez (Vocalía de Marcha Nórdica), María Terente (Vicepresidenta Tercera), Eduardo Bermejo (Vocalía de Senderismo). Fotos individuales, de arriba abajo: Mercedes Griñón (Vicepresidenta), Noemí Iglesias (Vicepresidenta Segunda, Tesorera), Mª Eugenia Llano (Vocalía de Montaña).

Cediendo el testigo

En 2019 la UNESCO reconoció y declaró los "Valores inmateriales del alpinismo" como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

La práctica del montañismo, aparte de condición física y destreza técnica, implica la adopción de principios éticos de diversa índole. Algunos van ligados a la preservación del medio en el que se practica, que es extremadamente frágil, lo que exige que sea cuidado y conservado, tratando de no dejar la menor huella de nuestro paso por él. Y, cómo no, también implica respetar a los pobladores de las montañas, sus verdaderos y legítimos dueños. En este punto, es imposible no recordar nuestra reciente convivencia con los pastores de Onís, en la que el cariño y el respeto mutuo fueron las notas predominantes.

Es necesario que tengamos siempre presente que nuestra práctica deportiva se desenvuelve en un medio imprevisible y hostil, no en una cancha o en un parque de atracciones donde los riesgos pueden ser controlados. Debemos, por tanto, huir de las banalizaciones, tratando a la montaña con el respeto que exige su propia grandeza.

Otros valores van ligados intrínsecamente a cómo debemos comportarnos en el desenvolvimiento del montañismo, una práctica en la que se deberá dar prioridad a los objetivos colectivos sobre los individuales, prestando socorro a quien lo necesite y ejerciendo la solidaridad, el altruismo, la lealtad y el apoyo mutuo.

En la preservación de este acervo, los clubes de montaña han tenido una importantísima función al ser los depositarios y transmisores de los valores que caracterizan el montañismo. Formar deportistas en este ámbito no consiste solamente en iniciar a las personas en el conocimiento de las montañas en sí y en proporcionarles la formación suficiente para adquirir determinadas destrezas, sino, sobre todo, en extender entre esas personas los valores que han dado grandeza al montañismo.

Los clubes que comparten valores se hermanan a través de las federaciones deportivas, por lo que sus dirigentes también tienen, en todo momento, la obligación de ser los primeros exponentes de los valores éticos compartidos; del mismo modo, sobre los miembros más expertos o veteranos de cada club recae la importante tarea de transmitir con su ejemplo los valores del montañismo entre los nuevos montañeros. En definitiva, estamos ante una tarea de todos y, si queremos que el montañismo perdure, todos debemos estar implicados. Dado que cada vez son más las personas que se acercan a la montaña, si entre todos no conseguimos que quienes las recorren respeten el medio y a sus moradores, esta se morirá de éxito.

Por todo lo expuesto, soy un firme defensor, en cualquier foro, del montañismo organizado a través de los clubes. Desde mi punto de vista, la atomización, es decir, una estructura formada por pequeños grupos familiares o de amigos funcionando aisladamente, no puede dar una respuesta comparable a la de los clubes a la hora de gestionar y transmitir el legado de conocimiento y recursos que estos poseen; como tampoco es posible que se haga a través de clubes virtuales, generalmente ligados a marcas comerciales, en los que, al no haber vida social, prima lo individual sobre lo colectivo.

Respecto a las federaciones, abogo por una licencia federativa nacional única. En estos días, seguramente habréis seguido la polémica de la reciprocidad en las tarifas de los refugios de montaña, aunque lo cierto es que no es un tema nuevo. Se trata de que en determinadas federaciones territoriales, sus dirigentes, ligados en este caso a movimientos nacionalistas, tomaron en sus territorios la determinación de no aplicar a los federados nacionales la rebaja federativa en la pernocta en refugios, aunque sí la aplican a los internacionales. El paso siguiente fue que algunas otras federaciones territoriales negociaron convenios de reciprocidad autonómica entre ellas y aquellas federaciones que habían "roto la baraja". Esas federaciones territoriales presentan ahora como un logro lo que es, en realidad, una acción dirigida claramente a socavar la licencia federativa nacional, obviando el principio de solidaridad entre todas las federaciones españolas.

Un club, una federación deportiva, debe quedar al margen de veleidades y propósitos particulares de determinados grupos. Lo que debe guiar su gestión es el servicio a la comunidad montañera, un servicio basado en los principios éticos que forman parte del acervo montañero y que ya se han enumerado más atrás: solidaridad, altruismo, lealtad, primacía de lo colectivo sobre lo individual, etc., a los que añado ahora el valor de la palabra dada.

Llegados a este punto, creo que corresponde explicar públicamente por qué he facilitado que se produjese un relevo generacional en la dirección del G.M. Vetusta. Lo cierto es que, en privado, ya lo he hecho en numerosas ocasiones, tantas como me lo han preguntado, y os aseguro que han sido muchas. En realidad, la respuesta es simple: cuando se inició el periodo electoral anuncié que, si había algún candidato, me echaría a un lado y facilitaría la renovación, y que, solo en el caso de que no hubiese candidato, recabaría avales para continuar como Presidente otros cuatro años más.

Algunos pensaban que era una declaración cosmética, porque no iba a haber nadie con arrestos para dar un paso al frente. Otros pensaban que era mera palabrería, puesto que, si había otro candidato, solo me echaría a un lado en función de quién fuese. Pero si algo he procurado llevar a rajatabla en los cinco años que he estado al frente del G.M. Vetusta ha sido el respeto a los ya citados valores éticos del montañismo y, de modo especial, a dos de ellos: lealtad y respeto a la palabra dada.

Lealtad proviene del latín "legalis" que significa "respeto a la ley". Este término expresa un sentimiento de respeto, compromiso y fidelidad hacia una persona, comunidad u organización. En mi caso, y de forma inquebrantable, hacia el G.M. Vetusta.

El respeto a la palabra dada es un valor sobre el que se formalizaban acuerdos entre "paisanos" mediante apretón de manos. Sobre este valor hay muchos aforismos, pero yo me quedo con uno: "La palabra dada es el recurso más valioso para poder cosechar la virtud más preciada y cotizada en los tiempos que corren: la confianza".

Vivimos tiempos convulsos en los que los principios éticos esenciales están siendo debilitados, y en los que, desgraciadamente, es muy fácil encontrar ejemplos de personas carentes de ellos, tanto entre nuestros dirigentes como en entornos más cercanos. Precisamente por eso, casi tendemos a ver esta degradación del comportamiento de la sociedad como algo normal.

Pero esto no resta importancia a los valores a los que hemos aludido repetidamente, sino que, al contrario, refuerza su necesidad y muestra que la idea de formar en principios debe ser tarea de todos. Quienes lleven su mochila cargada de valores van a ser buenos compañeros de marcha, buenos guías benévolos, buenos líderes de cordada, y buenos dirigentes de club o federativos.

Felipe Mota Vega
Presidente saliente del G.M. Vetusta

ALVAREZ Y DOSAL
CONSULTORES

ATENCIÓN INTEGRAL Y TRATO PERSONALIZADO
PARA EMPRESARIOS INDIVIDUALES, PROFESIONALES LIBERALES, SOCIEDADES, COOPERATIVAS, FUNDACIONES Y ASOCIACIONES SIN ÁNIMO DE LUCRO

DESPACHO DE FISCAL, MERCANTIL, LABORAL Y CONTABLE

CAMPAÑA PARA PARTICULARES
DECLARACIONES DE LA RENTA Y PATRIMONIO
LIQUIDACIÓN DEL IMPUESTO SOBRE SUCESIONES Y DONACIONES.
ELABORACIÓN DEL CUADERNO PARTICIONAL.
BIENES Y DERECHOS EN EL EXTRANJERO MOD-720 A.E.A.T.

985205050 - 985206012
contabilidad@alvarezydosal.com

La majada de Ario. (Foto: E. Villa)

Resiliencia, el precio de la libertad

Víctor Sánchez Martínez

El autor hace un emocionado homenaje a la memoria de sus abuelos Leoncia Campillo y Cirilo Sánchez, pastores en Oliseda y en Ario y verdaderos héroes de los Picos de Europa. El lector que no haya conocido todo lo que hace unos 50 o 60 años entrañaba el ejercicio del pastoreo se asombrará al descubrir la dureza de un tipo de vida hoy día prácticamente desaparecido.

Toda persona tiene una figura a quien admirar y, por qué no, idolatrar. Generalmente hablamos de personajes conocidos o "famosos" que, al igual que tú, realizan la misma actividad, hobbie o profesión. Yo no voy a ser menos y, gracias a la admiración que siempre he sentido hacia los protagonistas de esta historia, he podido disfrutar de la montaña desde un punto de vista distinto y sintiendo unas inquietudes diferentes a las habituales; y no solo eso, sino que, tomándolos a ellos como modelo, he encontrado mi propia referencia de lo que es la resiliencia, y esta percepción me ha ayudado a superar los momentos mas difíciles de mi vida.

Los protagonistas de esta historia son una pareja como otra cualquiera de la época, y es que esta historia sucedió apenas 80 años atrás, muy poco tiempo para una diferencia tan grande entre su vida y la nuestra. Formaron una pareja que yo definiría como "maestros de la resiliencia", pero su libertad y bienestar tardó demasiado en llegar, ya que por entonces esa posibilidad quedaba muy lejos de aquello a lo que ellos humanamente podían aspirar.

Hay épocas o años que, como siempre escuché decir a mi abuelo Cirilo Sánchez Sadia, ojalá no vuelvan a existir. Vidas sumidas en la más absoluta pobreza en las que el umbral de resiliencia de cada persona es lo que iba a marcar su suerte y la de su familia. Nadie elige dónde nacer, pero nuestras montañas, los Picos de Europa, esconden uno de los lugares mas crueles y con el umbral mas alto de pobreza que haya existido en este país, un lugar en el que, exiliados en el fondo de un profundo desfiladero, a sus habitantes no les quedó otra opción que ver cada amanecer como un posible último día de vida: Caín.

Antaño, llegar a Caín era lo más parecido a estar realizando una expedición de montaña hacia un lugar desconocido y, tras días de marcha, descubrir en el fondo de un profundo valle, rodeado de grandes montañas, un pequeño pueblo habitado por personas de complexión pequeña y delgados, pero muy hospitalarios. En la vida, a veces ocurre que el que menos tiene más ayuda, y es que el carácter que marca a los cainejos no es otro que el de recibir con los brazos abiertos a todo aquel que los necesita. Quizás pensaréis que no soy objetivo, puesto que de allí desciendo, pero fueron los primeros exploradores que llegaron del exterior los que en su día quedaron impresionados y recordaron después a Caín tanto o más que a su propia actividad.

Quién les diría a Leoncia Campillo Martínez, de Bulnes, y a Cirilo Sánchez Sadia, de Caín, que un encuentro en la zona del Cares conocida como Cabrerizas iba a ser el comienzo de una existencia juntos durante más de 70 años, dando vida a nueve hijos en la alta montaña de los Picos de Europa, sin más posesión que apenas cuatro cabras, tres ovejas y alguna vaca flaca. Pero, sobre todo, quién les iba a decir que desde la más absoluta pobreza y miseria del origen de la familia, sus nietos y biznietos llegarían a tener la oportunidad de estudiar y de ir a la universidad.

Cirilo en Oliseda. (Archivo: Víctor Sánchez)

Dar vida es bonito y, por lo general, parece fácil; mantenerla, y que salga adelante, dependerá de un esfuerzo y sacrificio proporcional al lugar en el que hayas nacido. Esta historia gira en torno a personas cuyo destino diario era jugarse la vida por lo que ahora no vale nada.

Aquel encuentro ocurrió gracias a que Leoncia cuidaba cabras en la zona mientras Cirilo trabajaba en la canal del Cares en la instalación del tendido telefónico de la Electra. Cuenta la leyenda, muy bien descrita por el escritor Guillermo Mañana, que existió un romance que traspasó algo más que fronteras. Tal era la atracción que sentía Cirilo hacia Leoncia

La majada de Oliseda, poco más que una estrecha cornisa herbosa rodeada de fortísimas pendientes. (Foto: Víctor Sánchez)

que, después de acabar sus tareas diarias, salía de Caín y recorría el antiguo camino de la Electra para llegar a Bulnes y cortejar a quien, sin duda, ha sido el amor de su vida. La vuelta a casa la hacía de noche, ayudado con la luz de una vela o de un candil.

Nuestra familia ha sido claramente matriarcal. Leoncia aportaba un carácter fuerte, tan fuerte como su condición física y dureza, y es que esta pastora era una de las grandes "hermanas Martínez", esas pastoras de Bulnes que eran capaces de hacer lo que ningún pastor se atrevía a hacer. Como aquí decimos, mujeres con "mucho nervio", que además de un más que merecido título de "heroínas", demostraron y defendieron la importancia y el trabajo de la mujer a niveles y extremos incalculables. Por otro lado, Cirilo, aunque muy hábil para la peña, era más tranquilo y cariñoso, en especial con Leoncia, su gran devoción. Si hay algo que siempre admiré en mi abuelo, fue el respeto y admiración que tenía hacia mi abuela, la cual, para él, era intocable.

El primero de los nueve hijos fue Manuel, mi padre. Al contrario que mi abuelo, a quien le apasionaba contarme historias de toda su vida en la montaña, que era su segundo amor, mi padre no solo nunca quiso contarme cómo fue esa vida; es más, a él nunca le gustó que me dedicase profesionalmente a la montaña. Me costó años entender esta situación, por momentos frustrante para mí, pero después de analizar cómo había sido la vida de mi familia y de visitar los lugares en los que vivieron, comprendí que, si yo hubiese estado en su lugar, probablemente habría adoptado la misma actitud y tenido la misma reacción con respecto a mis hijos, aunque dudo que yo hubiese sido tan fuerte y hábil como para haber sobrevivido.

Creo que, hoy en día, las nuevas generaciones no estamos mentalmente preparadas para entender aquella vida y, por esa razón, pienso que es necesario documentarla, estudiarla, y lograr que quede registrada de algún modo. Creo que antes incluso que comprender qué ocurrió en una guerra mundial, sería mucho más aleccionador saber de dónde venimos a nivel local y entender que, gracias a una especie de condena que la vida impuso a nuestros antepasados, nosotros podemos disfrutar ahora de unas comodidades impensables para ellos, comodidades que nunca valoraremos en su justa medida.

Fue una vida tan sometida a lo poco que poseían, que puede decirse que un animal escasamente valorado y apreciado en la actualidad (al menos por las administraciones) llegó a domesticar a las personas: hablo de las cabras. Gran parte de los sedos, atajos o zonas de muy difícil y peligroso acceso que los pastores de los Picos de Europa recorrían se

trazaron al verse obligados a ir literalmente detrás de las cabras, llegando incluso a perder la vida en el intento. Conocida es la frase de "los Cainejos no mueren, se despeñan".

Aunque mi padre nació en Caín y vivió en Bulnes con su abuela Virginia, que era hermana del gran guía Víctor Martínez, padre de los famosos hermanos Martínez, tuvo uno de sus primeros hogares en la perdida majada de Oliseda durante tres temporadas estivales. Por esta razón, uno de mis primeros objetivos como montañero fue conocer Oliseda. Siempre me imaginé este lugar como una majada típica, con cómodos accesos, verdes pastos y bonitas cabañas. Sin embargo, todavía al escribir estas líneas me invade una gran tristeza al recordar la realidad que descubrí cuando la visité por primera vez: un pequeño *paré* (abrigo al pie de una pared extraplomada), colgado sobre precipicios y rodeado de malos pastos.

Aunque he accedido a Oliseda desde diferentes lugares, lo habitual para mi familia era hacerlo desde Caín, por los conocidos sedos de Oliseda. Toda persona que haya subido por estos sedos entenderá la siguiente situación, aunque probablemente no entienda por qué decidieron subir allí. Hoy en día las montañas de los Picos de Europa están vacías de cabras y ovejas, cuyo valor actual es realmente insultante, pero alguno de esos lugares era tan pobre en pastos que, hace más de 50 años, resultaba insuficiente para proporcionar comida a todos los animales que poseyese el pastor que los utilizaba. De esto es buena prueba el hecho de que fuesen necesarias ordenanzas y leyes que regulasen el uso de los pastos (tanto por época del año como por clase de animal) entre cainejos, cabraliegos y valdeones, estos últimos siempre muy por encima en derechos respecto a los cainejos, probablemente la población que más ha sufrido en nuestras montañas.

Este hecho, hacía que cada vez fuese más difícil encontrar un lugar libre en el que poder pasar el verano con todo su patrimonio y poder así mantenerlo. Este patrimonio estaba incluso por encima de ellos, ya que sin él ni comerían ni podrían criar a sus hijos, con lo que cuidarlo y mantenerlo era algo más que una obligación vital: era una prioridad absoluta. Imagino que sepáis de qué patrimonio hablo. No hablo de una casa, un coche o cualquier otro bien inmueble de los que acostumbramos a tener actualmente: hablo de esos seres vivos de cuatro patas que tantos quebraderos de cabeza les han dado a mis abuelos o a cualquier pastor: las cabras.

La primera vez que mi padre subió a Oliseda era muy pequeño. Mi abuelo Cirilo subía por el Joón, ya que por allí pasaban las dos o tres vacas que tenían,

Un hilo de agua rezuma de la pared de Oliseda. Agua... ¡toda una riqueza en los Picos de Europa! Obsérvese la boca del cañón recortado que sirve de conducción (Foto: Víctor Sánchez)

siguiendo un largo pero seguro recorrido. Mientras tanto, mi abuela subía por los sedos de Oliseda llevando a mi padre que, ¡con solo tres años!, subía de manera autónoma, y a mi tío Ramón, que tenía dos y debía ir atado (porque, para rematar, el crío era muy inquieto o, como decían entonces, muy "villano");

Alejandro Huerdo, biznieto de Cirilo y Leoncia, contempla Oliseda, el inverosímil asentamiento de verano de sus bisabuelos. (Foto: Víctor Sánchez)

1971. Leoncia a la puerta de su cabaña en Ario, contemplando el grupo formado por su hijo Ángel, Tita, y las dos sobrinas de esta. (Colección: Tita González)

y también a mi tía Eloísa, que no había cumplido el año e iba metida en un zurrón que mi abuela llevaba al "llombu". Una cosa que siempre recordaré de lo que mi abuelo me contaba de Oliseda es que allá arriba era habitual atar a mi tío Ramón con una cuerda, ya que el niño, siempre tan inquieto, estuvo a punto de despeñarse varias veces.

En Oliseda la vida se centraba en cuidar del ganado, bien escaso como ya he dicho, pero ellos obraban el milagro de producir algo a partir de muy poco. Allí comían "de todo", y en este caso el significado de "todo" era lo que la mala tierra les podía ofrecer. Pero, por otro lado, Oliseda tenía un pequeño tesoro que probablemente fue lo que les hizo elegir aquel refugio como "chalet de verano": su fuente, apenas un hilo de agua que mi abuelo supo aprovechar en un inmenso lapiaz, utilizando como conducción el cañón recortado de una escopeta. Así se creó y se mantiene la fuente de Oliseda.

De bien pequeños, y muy probablemente como modo de combatir el aburrimiento (que, de paso, se convertía en tiempo productivo), era habitual que los niños aprendiesen el arte de tallar madera, fabricando utensilios, principalmente de cocina, e incluso sorprendentes objetos de artesanía. Y es que mi padre, Manuel, desarrolló tal talento que, con tan solo 8 años y usando solamente una navaja y un tronco de madera, le hizo a su madre un arca pequeña, a modo de joyero, que fue digna de admiración. Con el tiempo, Manuel se convirtió en un famoso ebanista y fabricante de gaitas; e incluso de violines, para lo que tomó como modelo las imágenes de un libro fotocopiado, algo a lo que todo luthier que lo ha visto no daba crédito.

Mi padre, al igual que sus hermanos y hermanas, no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela como tal; o, bueno, cuando pudieron ir fueron días contados, solo posibles a partir del momento en el que empezaron a vivir en Onís. Recuerdo escuchar a mi padre que mi abuela le echaba tres patatas para que alguien en Onís se las cociera después de acabar la escuela. Esa fue su comida diaria durante muchos años, unos años de aprendizaje que acabaron en el momento en el que, con 19 años, se vio obligado a emigrar y viajar en moto con otro vecino del concejo hasta Alemania, para ganar dinero y ayudar a su familia.

Aún recuerdo el día que hice mi primer vivac en Picos. Mi prioridad tras haberlo hecho era ir a contárselo a mi abuelo. Al hablarle de aquella experiencia, a él le brillaban los ojos, esos ojos tan característicos que tenía, y es que pocos de sus descendientes hemos continuado con la montaña. Cirilo ha sido uno de los pocos pastores que vivieron esos años tan

duros de los que se podría decir que estaban realmente enamorados de la montaña; y es que, como le ocurría a mi padre, lo lógico habría sido odiarla.

También recuerdo cuando subí por primera vez el Naranjo de Bulnes siendo apenas un crío. Lo hice por mis propios medios, con el objetivo de hacer una foto de cumbre para regalársela a mi abuelo, foto que ha estado en su vitrina de trofeos hasta sus últimos días. Para mi sorpresa, cuando yo le entregué esa foto él me enseñó una suya, en pantalones de pana y camisa, en la misma cima, sin nada más.

Volviendo al vivac, mi abuelo me contó que, ya de niños, era habitual en aquella época pasar días solos en un *paré* o en una cueva cuidando cabras. Siempre me decía que a mi padre, Manuel, le tocó vivaquear solo, y durante muchos días, en la conocida cueva Corroble de la canal de Trea. Cuando visité esta cueva por primera vez (que más que cueva también es un paré), no podía dejar de imaginar con espanto a un niño pequeño, allí solo, y es que, ahora que soy padre de dos hijos, eso sería sin duda lo último que yo querría presenciar. Poco a poco voy comprendiendo el porqué de que mi padre quisiera alejarme de la montaña.

Tras su estancia en Oliseda, comenzaron a pasar los veranos en la Vega de Ario mientras que el invierno lo pasaban en Onís, donde vivieron hasta el final de sus días. En Ario criaron a nueve hijos, tres mujeres y seis varones, y comenzaron la elaboración del queso *gamoneu*, llegando a ser los ganadores del primer certamen celebrado.

Para mi abuelo, la vida en Ario era muy diferente de la de mi abuela. Ella tenía que ocuparse de los niños y también de las cabras, mientras que mi abuelo, además del trabajo con las cabras, comenzó a desempeñar la labor de guía y la de rescatador ocasional, algo habitual en aquel tiempo, aunque más que rescatar lo que hacía era ayudar a cualquiera que estuviese en apuros. Tan importante fue su actividad en la zona que, en 1959, cuando se inauguró el refugio de la Vega de Ario, cuya responsabilidad había sido asignada al Grupo de Montañeros Vetusta, este Grupo propuso a Cirilo como encargado de la guardería del mismo. Mi abuelo llegó a trabar muy buena amistad con Julián Delgado Úbeda, el arquitecto que diseñó el refugio, y con los socios del Vetusta que se encargaban del suministro y mantenimiento habitual de este albergue, siendo así su primer y más longevo refugiero y, muy probablemente, el más querido y recordado.

Para construir el refugio, mi abuelo y mi padre, que era aún un niño, portearon dos veces al día desde el Lago Ercina todos los materiales necesarios,

Cirilo guiando a los vetustos Tita González, Pedro Riestra y Joaquín Pañeda en una dura jornada de montaña. Están en la Torre Blanca de los Cabrones, y ese mismo día ya habían hecho la Torre de Santa María de Enol y Peña Santa. (Colección: Tita González)

Cirilo en 1975, fotografiado en Ario. (Foto: Chema Salazar).

una labor que se prolongó al menos durante 70 días ininterrumpidos. Y es que su vida les hizo llegar a ser atletas sin darse cuenta, tanto que también eran conocidos en la famosa carrera de la Porra de Enol, carrera que mi padre y mi tío Toño, que venían en el día desde Ario a participar, ganaron varias veces. Pero fue mi tío Cirilo, Lilo, el que obtuvo el récord de más victorias consecutivas. En la zona se decía "ahí vienen los de Ariu"…

Aún recuerdo un día que, tomando un café en un bar de Benia, veo llegar a mi tío Toño. Era enero y él me pregunta qué tal mi trabajo. Le comento que tengo que ir a hacer una escalada invernal a la Peña Santa de Castilla y él, muy curioso, me pregunta cómo somos capaces de subir por el hielo. Intento explicarle cuatro cosas básicas, de crampones, piolets, etc.… hasta que me interrumpe y me cuenta una historia, que una vez más me hizo sentir muy pequeño. Mis abuelos hacían queso *gamoneu*, como ya he apuntado, el cual en parte era para vender y en parte para el consumo propio, y era costumbre que hiciesen quesos de entre 8 y 12 kg. (Siempre le escuché decir al abuelo que el queso, para que salga bueno y en la proporción correcta, debe ser grande, aunque añadía "bueno, ahora es diferente: muchas normas y poco ahumado con gurbaños"). El caso es que, en invierno, mi abuelo mandaba a mi padre y a mi tío Toño, cuando aún eran niños, a buscar quesos a la Vega de Ario desde nada más y nada menos que Benia de Onís. Y allá iban, pasando por El Cotu, Pandescura, Regueru, Cantón del Texéu, Reblagas, etc., encontrándose a menudo con fuertes pendientes cubiertas de nieve y heladas. Para superarlas, el abuelo les preparaba unas corizas con puntas de carpintero que hacían de crampones y unas piedras afiladas a modo de piolet. Y eran años en los que caían tales nevadas que el refugio quedaba completamente tapado. Definitivamente, el concepto de alpinista está sobrevalorado.

Durante años, he dedicado muchas horas de mi vida a hablar con los pastores interesándome por los caminos y sus historias para luego ir a explorarlos yo mismo. Una de mis grandes referencias es el cabraliego Bernardo Mier, en el que siempre noté cierta admiración hacia mí, supongo que por mi humilde trayectoria como escalador en roca o hielo, una forma de escalar que, lógicamente, a ellos se les escapa de la imaginación. Sin embargo, qué gran paradoja el que alguien al que admiran sea una persona que no solo les admira o respeta a ellos, sino que puede decir que las actividades más peligrosas y comprometidas que ha hecho en la montaña han sido muchos de los sedos y caminos que ellos frecuentaban a diario, incluso de niños. Y es que, al fin y al cabo, la dificultad de algo no es otra que su exposición.

Esto demuestra que, para ellos, la montaña no es un "campo de juego" sino todo lo contrario. Por esta razón, entender la historia de nuestras mon-

En 1993 el Grupo Vetusta rindió un homenaje a Cirilo y Leoncia en Cangas de Onís. Además de ellos, aparecen en la foto sus amigos del Vetusta Valentín, Tita, Mary y Pañeda. (Colección: Tita González

tañas no consiste en hacer las grandes cumbres o las primeras escaladas, sino en conocer el modo de vida ancestral que nos ha regalado todos los caminos y accesos escondidos en las montañas, además de la información vital para que los primeros y privilegiados montañeros que llegaron aquí alcanzasen con éxito cualquier cumbre o, al menos, llegasen a intentarla.

Dios quiera que no vuelvan aquellos tiempos de penurias y de esfuerzo, pero este deseo no elimina el reconocimiento absoluto del valor de nuestras raíces y de todo el patrimonio histórico y etnográfico que estamos perdiendo. Por desgracia, este es el sentimiento de solo unos pocos enamorados de aquel modo de vida, entre los que hay personas que lo sienten sin pertenecer a una familia de pastores, como quizá es el caso de los que estéis ahora leyendo este pequeño artículo. Cada vez que visito Cabrales y veo un monumento en forma de bicicleta de piedra en honor a una etapa de la Vuelta Ciclista a España pienso que no merecemos venir de familias que tanto se han sacrificado para regalarnos la vida que tenemos y que no hayamos sido capaces de levantar un recuerdo a su memoria. Es realmente curioso que en un lugar cuyo nombre alude al animal que domesticó a tantas generaciones, ese recuerdo no sea visible por ningún lado.

Leoncia junto a Tita, en Cangas de Onís.
(Colección: Tita González)

Por fortuna, en el vecino concejo de Onís podemos ver la figura de un pastor y su inseparable perro.

***

Acercamiento a la pared.

Cuando comienza marzo

Joaquín Álvarez Sánchez (Xuacu)

Joaquín creció oyendo a varios de sus tíos, los históricos y ya míticos Santiago, Jenaro, Gaspar y Tito Claudio Sánchez, hablar de paredes de roca y de hielo, de nuevas vías, de escaladas difíciles y momentos cruciales... Con esos antecedentes, su destino estaba trazado: Joaquín es hoy día un conocido y apreciado guía y un escalador que aprovecha cada oportunidad para disfrutar de la montaña él mismo, bien en soledad o con un compañero de cuerda. Para nuestro deleite, en sus ratos libres también le gusta trasladar al papel esas experiencias.

Es principios de abril y la temporada de trabajo en el esquí está a punto de finalizar, aunque este invierno tenaz se niega a entregarse y sigue arreciando con frío y copiosas nevadas. Esquío con una pequeña de cinco años que baja girando en cuña y jugando a que es un avión. La niña está emocionada y esquía sonriente; el ejercicio le sale a la perfección cuando, de improviso, una montonera la desestabiliza y cae de cabeza en la nieve. Veo aterrado como sus piernas se retuercen en un nudo siniestro y remonto la pendiente a toda prisa para ayudarla. No le ha pasado nada, al contrario: está en el suelo envuelta en una divertida e incontrolable risa.

Cuando me dispongo a levantarla me advierte que lo haga con mucho cuidado. Preocupado, le pregunto: "Pero ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?". Entonces la niña, apartando las gafas, me mira con ojos inocentes, estira el brazo y abre su mano mientras dice con su dulce voz: "No podemos seguir, las pisaríamos". En la palma de la mano sostiene una diminuta mariquita roja mientras señala a un suelo donde, por doquier, hay docenas de estos entrañables insectos caminando sobre la nieve.

Sorprendido, mi mente se retrotrae a escenas vividas recientemente, a momentos dinámicos de esfuerzo y ansiedad. Ahora sí, me digo, ahora... ¡ha llegado la primavera!

Primera semana de marzo. Desde hace dos meses subo a diario a trabajar a la escuela de esquí a pesar de la meteorología inclemente sufrida durante todo el invierno. Veo en las caras de mis compañeros el desgaste causado por la intemperie, por la nieve helada que a diario te corta la cara, te entumece los músculos y te cala hasta los huesos. Desde mediados de enero no ha dejado de nevar, y así una semana tras otra, a excepción de cuatro míseros días de sol a mediados de febrero. A primera hora, antes de ponerme las botas y empezar la jornada, me distraigo buscando, sin muchas esperanzas, clemencia en los partes meteorológicos cuando, para mi sorpresa, ilusionado, advierto una tendencia de cambio para la segunda semana de marzo. Parece que la atmósfera se estabiliza y la temperatura se mantiene baja.

Inmediatamente abro la aplicación de mensajería: "Segunda semana posible ventana ¿puedes?". Este es el escueto mensaje que envío a mi amigo Rubén. Estamos deseosos de hacer una actividad exigente que nos llene de energía e ilusión antes de que termine este invierno maldito, que no nos ha dado aún ni la más mínima oportunidad. Y sí, puede. Harto del esquí, me tomo un respiro de trabajo y amanecemos en mi pequeño apartamento de Arenas de Cabrales en la dudosa madrugada de un

Mixto del primer largo, pasajes clave.

Mixtos descompuestos del segundo largo.

martes trece. Engullimos un copioso desayuno y en menos de media hora estamos ya saliendo a la calle con las mochilas preparadas y las botas puestas.

Tenemos un objetivo claro, "Cuarto Menguante", la fantástica línea de hielo y mixto que abrieran, ya hace unos años, los miembros del GREIM de Cangas de Onís en la vertiente norte del Prau Cortés. Llevo años soñando con esta difícil escalada. Difícil técnicamente y difícil de encontrar en condiciones óptimas. Pero precisamente en esta temporada, con precipitaciones de nieve tempranas y constantes, con cambios de temperatura bruscos, con heladas frecuentes, y con las grandes nevadas de febrero, sabemos que, si la meteorología se estabiliza unos días, tendremos grandes posibilidades de triunfar en esta inusual vertiente de los Picos de Europa.

Nada más arrancar el vehículo obviamos algunas gotas que caen sobre el parabrisas. Aún es de noche y es imposible saber nada, nos decimos manteniendo la entereza y templando los nervios. Subir para ver y decidir, arriesgar para triunfar o para bajar. Queremos hacer esta vía ¡maldita sea!, y caen gotas en el valle. La suerte está echada.

Subimos el coche por la pista lo más arriba que podemos. Sin tiempo que perder dirigimos nuestros pasos a la derecha de la canal del Jierru, en dirección al contrafuerte norte del Prau Cortés. A sus escondidas y agrestes canales. La temperatura es un tanto elevada, hace viento y las cumbres están cubiertas con feas nubes que se agarran en forma de intimidante boina grisácea estirada por el viento. Las mochilas lastran el avance y una terrible pereza se apodera de nosotros. Si sale bien nos vamos a dar una buena paliza y ¡qué lejos se ve todo desde aquí abajo, Dios mío!

Notamos cómo en el ambiente psicológico, en los primeros instantes de marcha, flota la maligna idea de desear que verdaderamente la nube sea muy compacta, que el viento sople con mucha fuerza, que las condiciones de la nieve y el hielo no sean suficientemente buenas. En los gestos, en el andar, en la misma forma de mirar hacia arriba, pulula la idea de fracasar aunque a ninguno se nos ocurre verbalizar tamaño exabrupto, fatal para la motivación y, por ello, imperdonable.

En este momento el viento se intensifica y la pared va apareciendo en un horizonte aún con girones de niebla. Aparece a retazos. Le cuesta despejarse, aunque, cuando por fin la vemos completa, como efecto de bálsamo de fierabrás, los malos pensamientos se esfuman de un plumazo: hemos visto hielo. Sí, hay hielo. Hay mucho hielo.

Espoleados por el crecimiento súbito de nuestras expectativas apretamos la marcha y, tras una hora larga, por fin llegamos a pie de vía. Estamos emocionados bajo nuestro objetivo largamente soñado.

Larga y continua canal del tercer largo.

También estamos algo asustados. Enterramos un piolet para hacer una reunión en la nieve dura. Tallamos una repisa para estar cómodos y desplegamos la cuerda. El arnés y el material nos lo hemos colocado más abajo, cuando pusimos los crampones. ¡Llegó el momento!

Por delante tenemos una sección de roca compacta que hay que escalar en técnica de *dry tooling*, es decir, con los crampones y los piolets enganchados por la roca. Y no va a ser cosa fácil. Debido a la nube agarrada a la montaña se ha producido una pequeña nevada nocturna que ha tapado los agujeros, excusa perfecta para darse la vuelta y, a la vez, todo lo que necesitamos para no cejar en la realización de nuestras ilusiones. No hay excusa posible: ¡arriba!

A medida que avanzo, centímetro a centímetro, adquiero consciencia de lo fácil que es caerse en esta delicada sección que exige de toda mi pericia, así que no doy ni un paso más hasta que no consigo meter una clavija. Rebuscando en el arnés veo exactamente lo que necesito. Introduzco en una laja una clavija extrafina de Charlet de hierro dulce. El piolet maza hace lo demás. Ha entrado a presión, pero no me deja tranquilo su sonido. No canta.

Un metro más arriba, tras una sección comprometida, y desde una posición precaria, consigo poner otra clavija y un pequeño empotrador de levas. Estoy unos cuantos metros por encima del suelo sin posibilidad de destrepe. Con los brazos rebosantes de ácido láctico y protegido únicamente por tres seguros dudosos, soy perfectamente consciente de qué tengo que hacer si quiero salir entero de esto: ¡seguir subiendo!

Veo con claridad la coreografía que me llevará al éxito. Una fisura ligeramente desplomada continúa ligeramente en horizontal. Debo escalarla empotrando las hojas de los piolets, haciendo cerrojos. A la mitad hay emplazada una buena clavija que me dará la seguridad que necesito para no irme al suelo ante una eventual caída. ¡Allá voy!

Estirándome, consigo introducir la hoja de uno de los piolets en la fisura. Rubén me anima muchísimo desde la reunión. Bloqueo por completo las emociones y convierto el avance en una orden obedecida y dada por uno mismo. La técnica funciona y, tirando fuerte de lado, hago un cerrojo y me agarro al mango del piolet con las dos manos mientras subo los pies un poco a la desesperada por unas placas lisas hasta que las puntas de mis crampones encuentran donde morder. Repito el mismo gesto con el otro piolet, y así una y otra vez, hasta que consigo por fin pasar un mosquetón por la clavija y asegurar la cuerda.

Más tranquilo, aunque con los brazos hinchados por el esfuerzo, sigo escalando. También me tranquiliza ver seguros fijos por encima. El largo no da tregua y peleando hasta el final llego a la reunión. Esta se compone de dos casquillos expansivos con chapa, perfecta para atenuar los efectos de la ansiedad. Sé que, si las cosas se ponen feas por arriba, de aquí podremos hacer un rapel al suelo con total seguridad.

Cascada de la zona central de la pared (cuarto largo).

Reunión tras la cascada central.

Larga canal helada del quinto largo.

Rápidamente, sube Rubén. A él le espera la ingrata tarea de extraer las clavijas a la vez que pelea para avanzar. Aunque lleva la cuerda por arriba, el largo también le cuesta. Verdaderamente, es duro: exige escalar con finura y hacer fuerza. Algunas reseñas ponen M6, yo solo sé que me ha costado bastante.

Los dos siguientes largos los improvisamos porque la canal no tiene la suficiente nieve. El primero es muy expuesto, pero fácil, y el segundo es muy expuesto y no tan fácil. La verdad es que en el tercer largo sigo escalando por pundonor, dar la vuelta quizá sería más arriesgado porque la roca es mala, no puedo poner ni un seguro decente y la nieve no está consistente, pero quiero subir, quiero hacer esta vía. En un momento dado llego a una zona vertical muy expuesta. Necesito poner una pieza que me dé un mínimo de seguridad, pero es imposible. Me invade una sensación horrible. No me gusta exponerme, no me gusta este riesgo absurdo que no me deja más opción que seguir avanzando.

Tengo los piolets clavados en nieve inconsistente y, rezando para que ninguno se resbale, subo los pies hasta que las puntas de los crampones arañan la roca y me mantengo estable. La situación es precaria. En equilibrio, intento clavar un poco más arriba uno de los piolets. A duras penas se sujeta, pero debo soltar la otra mano para emplazar un empotrador en una grieta cercana. Aproximo el seguro y ¡se sostiene! Ahora, con el pico del piolet, le doy unos golpes hasta que lo veo empotrado como a mí me gusta.

Aliviado por la sensación de seguridad, salgo de esa sección y un poco más arriba practico una reunión sobre un sólido pico de roca. Una vez llega mi compañero improvisamos un rapel a la canal. La nieve en la canal está en buenas condiciones. Piolets y crampones muerden bien en una nieve consistente y esto nos anima mucho. Tras el rapel articulamos una reunión con dos clavijas y, ahora sí, escalamos rápido por la nieve compacta hasta llegar bajo la primera cascada. Es bastante vertical, me sorprende. Avanzo clavando los piolets en un hielo compacto bajo una molesta capa de nieve fresca que me obliga a limpiar la superficie con el piolet antes de golpear. Debo respirar hondo y concentrarme para no

Larga y vertical cascada del sexto largo.

Salida de las dificultades.

sucumbir a la ansiedad. Mis brazos se hinchan por la acción de limpiar la nieve fresca y clavar en el hielo duro, pero al menos avanzo seguro: los tornillos escupen gran cantidad de material al penetrar en la cascada y quedan fijados perfectamente.

¡Qué contento! Siento un enorme placer al evolucionar por esta perfecta estructura helada en las montañas de mi casa. Siento una responsable satisfacción al demostrarme a mí mismo la capacidad de hacerlo, al ahondar y afinar en mi oficio de guía. Y, sobre todo, siento una gran felicidad por estar aquí, escalando con mi amigo. Al terminar la sección difícil, consigo meter un clavo en una fisura que, yuxtapuesto a un puente de hielo y un mal tornillo, será punto suficiente de reunión.

En el siguiente largo no seguimos la línea original, escalamos más a la izquierda. Y lo hacemos por el hielo en mejores condiciones que he visto en casa hasta ahora. Vertical, la estructura helada por la que vamos a avanzar es realmente impresionante, inusual en Picos de Europa. Avanzo por una sección de la montaña absolutamente rebosante de un hielo grueso de color azulado. De paso estrecho, obliga a clavar un piolet en la vertical del otro y a esforzarse en ejecutar una técnica depurada para avanzar metros sin cansarse demasiado. Hacemos dos largos de cuarenta metros fantásticos, metiendo tornillos a placer en un hielo compacto y franco. Los gemelos se cargan casi tanto como se colma nuestro corazón de alegría y plenitud.

Otro largo más por una rampa fácil nos deposita en el final de las verticalidades, pero no en el final de la actividad. Aquí nos desatamos de la cuerda y emprendemos un tedioso ascenso hasta la cumbre del Pico Cortés. Pero seguimos con la guardia alta, ya que la parte final está muy helada por efecto del viento que pule esta zona constantemente.

En la cumbre no mostramos mucha efusividad, hacemos las fotos de rigor y nos dejamos llevar brevemente por las hermosas luces del ocaso, mientras los vivos recuerdos de las dificultades pasadas nos hacen sentir una honda serenidad. Pero esta se desvanece del mismo modo que se esfuman, efímeras, las últimas luces del día. La realidad nos apremia. Nos separan aún del final mil doscientos metros de desnivel, de los cuales quinientos serán de duro

Palas de nieve helada bajo la cumbre.

destrepe, cara a la pendiente por la empinada canal del Cortés, y otros setecientos destrozarán nuestros tobillos descendiendo la helada canal del Jierru, concentrados bajo el pobre metro cuadrado de luz que genera la linterna frontal.

Envueltos por la oscuridad y los misterios de la noche llegamos al vehículo destrozados, muchas horas después de haber emprendido la marcha hacia la que sabíamos nuestra última oportunidad de hacer una actividad potente en este tedioso invierno. El parte meteorológico anuncia para dentro de doce horas otra profunda borrasca que permanecerá al menos seis días y volverá a dejar la alta montaña impracticable. Notamos ya sus efectos en forma de aumento de temperatura y alguna gota de agua que, esporádicamente, repica en el casco mientras descendemos.

A punto de cerrar la puerta, un insecto volador se cuela en el interior de la furgoneta. Es una diminuta mariquita roja que solo Dios sabe cómo habrá llegado hasta aquí.

Es un indicio: ¡parece que muy pronto llegará la primavera!

Fotos: J. Álvarez Sánchez

Cumbre del Prau Cortés.

Un montañero asturiano siempre se viene arriba

Agua mineral natural de la montaña asturiana

En Asturias somos únicos y **vivimos la montaña a nuestra manera.**

Preparando un rescate en Collau Jermosu. Los miembros del GREIM escuchan las explicaciones que les da el guarda del refugio.

Rescates

Los humanos solemos aprender de la experiencia, generalmente de la propia, pero, a veces, también de la ajena. Por eso puede ser útil que nos fijemos en las características de los cuatro rescates que se relatan en los tres artículos que siguen: todos ellos contienen, en mayor o menor grado, errores humanos. En algunos casos, son errores flagrantes de los rescatados, como lo fueron la imprudencia y el desconocimiento de la montaña del grupo de novatos que se empecina en subir a Jermosu en medio de un temporal de nieve; en otros, se puede atisbar una responsabilidad compartida por los organismos que deberían evitar que los caminantes no incurran repetidamente en confusiones graves en determinados puntos. Esto último es lo que le debió suceder al montañero estonio que, después de pasar por Ario, y queriendo, presumiblemente, descender al Cares por la canal de Trea, se metió en la trampa del Valle Extremeru. Los visitantes, especialmente los extranjeros, suelen llegar a los Picos de Europa después de haber recorrido otros parques nacionales en los que se han señalado travesías de largo recorrido, duras, pero sin grandes dificultades técnicas; en los Picos esperan encontrar senderos similares, para adentrarse en ellos con la confianza de que nunca perderán su traza. Es obvio que la ruta Enol-Garganta del Cares pasando por la Vega de Ario y la canal de Trea, señalada en alguno de los mapas más usados por los visitantes como uno de los itinerarios básicos que permiten cruzar el Macizo del Cornión, es percibida de este modo por muchos de los que buscan obtener una visión general de este macizo. Pero la fatalidad de entrar en Valle Extremeru por error, en vez de en Trea, no es la primera vez que tiene lugar: ha sucedido demasiadas veces.

En la otra cara de estos rescates, es justo señalar que dos de ellos, el último de los mencionados y el que tuvo lugar en el Pirineo, son ejemplo de una actitud en el rescatado (cuando está en su mano adoptarla) que puede resultar decisiva para un final feliz: la voluntad de sobrevivir, el esfuerzo por facilitar su localización, el ser capaz de mantener una cierta sangre fría.

Por otra parte, resulta admirable la reacción de personas ajenas en principio a lo sucedido, sea el guarda de refugio que, en medio de unas condiciones extremadamente adversas, evita que se produzca una tragedia asumiendo un papel que excede, con mucho, las tareas que él tiene encomendadas; o los caminantes que no saben si lo que escuchan es una llamada de auxilio u otro sonido cualquiera y, ante la duda, deciden no ignorar la señal; o aquellos que detienen su marcha y, también ante la duda, remontan una ladera para cerciorarse de no dejar abandonado a su suerte a alguien que puede estar necesitando ayuda.

Volviendo al principio, es evidente que de estos sucesos siempre podemos extraer alguna lección.

Collado Jermoso, un refugio rodeado de abismos.

Experiencias de un guarda de refugio. Dos relatos

Adolfo Cuétara

Nuestra revista tiene la satisfacción de contar nuevamente con la riqueza de vivencias que Adolfo Cuétara acumuló en los Picos de Europa en los muchos años en los que su vida giró alrededor del refugio de Collau Jermosu, años en los que podríamos decir que, más que de guarda, ejerció de "ángel de la guarda". Lean estos dos relatos, léanlos...

I - La Delgada Línea

A veces es difícil distinguir entre recorridos inocentes por montaña e imprudencias temerarias antes de que estas últimas ocurran. Se puede establecer una responsabilidad si alguien advierte que una o más personas están en riesgo de muerte, lo ignoran, y ese alguien no actúa, pero también puede ocurrir que actúe, que evite la tragedia y nadie sea consciente de ello.

También es posible debatir si un refugio es necesario o innecesario, o si su simple existencia convierte unos metros hostiles en humanos. Nunca podemos asegurar "qué hubiese pasado si…" cuando la realidad es lo que ocurrió y nada más.

Las cosas suceden de una sola manera y por motivos muy concretos, aunque no seamos conscientes de los mismos; o, al menos, no de todos ellos. Y es que, para que cada acontecimiento de nuestras vidas ocurra, se requiere la conjunción de varios factores que, aunque por separado no provocarían ningún evento, reunidos determinan el devenir de nuestro día a día. La interacción de los factores que entran en juego es tan compleja que muchas veces no somos capaces de prever su resultado, pero la experiencia y la capacidad de observación sí ayudan, y mucho, a resolver ese aparente caos. Porque, como es sabido, el caos no es más que el orden que no podemos ver. Cuanto más grave o inusual sea el evento en cuestión, más factores han de verse combinados y, por tanto, más difícil será que dicho evento se produzca; pero esta baja probabilidad puede generar una falsa sensación de confianza, alejando la posibilidad de que el peligro se advierta a tiempo. Y el tiempo, con su constante e inevitable ritmo, es como el lubricante que hace que todas estas circunstancias evolucionen y se desarrollen.

Cuando reflexiono sobre todo esto, acaba de terminar un largo fin de semana que, aparentemente, ha discurrido como un relajado ir y venir de la vida. Sin embargo, nadie se ha dado cuenta de que la muerte, que siempre acompaña a la vida, les estaba rondando: estaba ahí y nadie ha querido verla.

Terminaba el mes de octubre de 2004. El sábado 30, mientras subía hacia el Refugio de Collado Jermoso, repasaba los últimos quince días de llamadas telefónicas requiriendo información, preguntas incoherentes de quienes esperan satisfacer sus dudas, de quienes desean saber, pero quieren la aventura masticada, quieren controlar lo indeterminable.

En el refugio las primeras horas del día siempre son tranquilas, así que, cuando madrugas, siempre llegas con diferencia el primero. Abres las puertas, colocas las cosas, limpias, peleas contra el hielo que todo lo atasca, abusas de la técnica para tener agua líquida a un grado bajo cero… Estoy cansado, acumulo cansancio y aquí todo cuesta esfuerzo.

La dura tarea de portear el suministro.

Pasa el día y nadie a la vista. Nieva a ratos. Pero sé que luego será diferente. Me preocupa la conjunción que se avecina, gente que tiene la intención de venir y un temporal de nieve que se ha anunciado para la última noche de este largo puente invernal, que se va a prolongar hasta el lunes.

Cuando se juntan estas circunstancias, procuro ser realista/pesimista con el parte e intento que la gente que llama por teléfono considere no venir aquí y planifique su fin de semana en lugares menos complicados. En ocasiones, incluso decido no abrir el refugio, pero este fin de semana sé seguro que, incluso aunque el refugio esté cerrado y no estuviese el guarda, vendrá gente. Así que decido venir porque preveo problemas.

A las 22:00 horas de este sábado todavía estoy cocinando para treinta personas. Acabo de fregar a media noche con el hilito de agua que, milagrosamente, se cuela entre el hielo de la tubería.

Al día siguiente amanece un día gris, pero apa-

La ladera por la que discurre el sendero que asciende a Jermoso desde las profundidades de La Sotín, puede convertirse en invierno en una auténtica trampa.

cible. Las nubes fijan su residencia en Picos y deciden taparlo todo por encima de 2.200 metros. No hay viento y nieva ligera e intermitentemente, pero es agradable caminar así. Sólo cuatro o cinco centímetros de algo blanco cubren el suelo y lo aíslan de nuestra vista, pero los relieves del camino son perfectamente perceptibles. Es domingo, hay gente que asciende en el día, otros hacen algo de actividad por la zona, día de cafés y más cafés. La gente se va marchando para abajo. No hay más nieve que el día anterior pero el tiempo empeora por momentos y la predicción para esta noche no es nada buena.

Más llamadas telefónicas de personas que no saben qué hacer, si subir o no. Yo transmito información objetiva de la situación y me abstengo de opinar, pues no puedo decidir por nadie, aunque algunos estoy seguro de qué es lo que pretenden: quieren que yo tome la decisión por ellos. Finalmente empieza a llegar gente, animados por la perspectiva de huir del aburrimiento y por las ganas de caminar por la montaña entre un domingo y un lunes que será festivo.

A las 20:00 horas del domingo suena el teléfono (bendito aparato, que da una seguridad etérea capaz de hacernos sentir indestructibles). Son cinco, de Burgos, tres chicos y dos chicas. Después de una descripción atropellada y llena de incorrecciones toponímicas acabo decidiendo que están perdidos en la niebla y la noche entre Collado Solano y Argayo Berón. No conocen el camino, nunca han estado en Collado Jermoso, alguno/a es la primera vez que sale al monte. Poniendo a funcionar mi empatía valoro la situación y me doy cuenta de que no sé qué es peor, que se den la vuelta o que sigan subiendo. Sinceramente, creo que están metidos en un buen lío.

Empieza a nevar por encima de 1.800 metros, niebla espesa, noche cerrada, un grado bajo cero. Ellos, mal equipo, peor experiencia, nulo conocimiento de la zona. Les explico como puedo algo inexplicable, que son las opciones que tienen. Creo que lo mejor es que bajen a La Sotín, busquen la cueva… y pasen allí la peor noche de sus vidas, porque el anunciado temporal ya está aquí. Pero dudo realmente que sean capaces de hallar la bajada en estas condiciones. Cuelgo el aparato convencido de que bajarán.

A las 22:00 vuelven a llamar. ¡Están subiendo! Realmente me enfado en silencio. ¿Cómo es posible? ¡Por menos, hay gente que se muere en Picos!

Después de varias llamadas infructuosas debido a la mala cobertura de los teléfonos, me asomo a la Torre Jermosa y grito, pero no escucho más que algo lejano, tan lejano que me desanima. La niebla y la oscuridad solo me permiten ver los tres metros que iluminan mi frontal. Me cuesta incluso bajar de la Torre hasta el refugio. La nieve y la niebla hacen que todo sea diferente y todo sea lo mismo. Incluso conociendo el terreno a la perfección, es muy difícil orientarse en estas condiciones, y la orografía de Picos no permite margen de error alguno.

Son las 22:30. Están bloqueados en algún punto de las Traviesas del Congosto. Lo deduzco simplemente del hecho de que dicen que pueden oír el agua abajo, y eso solo puede pasar muy abajo en el Argayo. Y no me queda más remedio que bajar a por ellos. No tengo que hacerlo. No estoy obligado. Si ocurre "algo" en el transcurso del "rescate", incluso tendré gran parte de la responsabilidad.

Pero, ¿y qué hago? Están mojados, helados, perdidos, en un lugar en el que no hay ni donde pasar la noche sentados, nevando y con grados negativos. Si llamo al GREIM sería como no hacer nada, pues en estas condiciones nada podrían hacer. Y, además, todavía no ha pasado "nada". Así que la decisión es inevitable: traje de gore-tex, botas de plástico, frontal, ganas y energías que no tengo, y al agujero

oscuro del Congosto. Nieve, niebla, oscuridad y Argayo Congosto: es una terrible combinación. Solo diez centímetros de nieve cubren el terreno, y eso aquí es peor que si fuesen dos metros. Las llambrias inclinadas y los pasos verticales que hay que superar se vuelven resbaladizos y peligrosos.

Mientras bajo a trompicones sintiendo el relieve de las rocas bajo las botas, un relieve archivado en la memoria hasta la saciedad, recuento cuántas veces he tenido que salir así a por alguien. Y es que ya van unas cuantas.

De nuevo percibo esa sensación especial, la que me invade siempre que, en la oscuridad, en un paraje remoto y helado, me interno solo en medio de un temporal. Siento que mi mente logra ubicarse espacialmente y toma conciencia de lo comprometido que supone el simple hecho de estar ahí.

Llego al collado de las Traviesas del Congosto después de navegar en este empinado terreno palpando literalmente la superficie, tratando de imaginar dónde estoy y decidiendo hacia dónde tengo que caminar.

En primer plano, una de las dos personas que guiaron al grupo de inexpertos, quienes, superados por las dificultades de una montaña que no imaginaban, la siguen como pueden.

No hay brújula, no hay referencias, no hay nada... Solo el instinto de reconocer e interpretar la forma del terreno, pero nunca con certeza. Intento supervisar a cada instante mis pequeñas decisiones, pero dejando abierta la posibilidad de estar acertando o no y así mantener firme la opción de percibir el error y poder corregir la decisión de girar en un sentido o en otro.

Por fin veo las luces de sus linternas frontales a 200 metros de desnivel por debajo del invisible sendero, en una zona mala, muy mala, rodeada de abruptos cortados que desembocan en el embudo del Congosto bajero. Las luces aparecen y desaparecen a causa de sus movimientos y de los haces de niebla.

Mis sentidos están confusos, la vista no es decisiva, el sonido que me llega, amortiguado por la nieve, es extraño y resulta difícil decir si están a los 200 metros más abajo que he calculado o solo a 50.

Antes de hacerme presente me quedo unos segundos mirando sus luces, intentando razonar esa situación. Me acuerdo de aquel chaval de 16 años que murió de hipotermia allí enfrente, tras ascender la Canal Estrecha del Friero junto con dos familiares, después de una situación similar a la de estos: un día de esfuerzos, casi sin comer, una noche en medio del temporal… La energía se agota, la hipotermia vence y... se acabó. Y si el frío te espolea e intentas escapar, es más fácil que resbales y te caigas que salir de allí. Los dos que iban con aquel chaval no pudieron hacer nada por él, lo arrastraron por la nieve unos cientos de metros hasta que lo dejaron atrás para salvarse ellos. Recuerdo haberlos visto ascender muy tarde el día anterior por la canal, con una previsión mala como la de hoy, pero no supe nada de sus problemas hasta que fue demasiado tarde para aquel chico. Sus ojos, abiertos y azules, y su cuerpo semienterrado por la ventisca es algo que no puedo olvidar.

Llego hasta ellos. No hay muchas palabras. Les guío llevándolos por lo bueno, indicándoles las llambrias ocultas por la nieve, despacio, paso a paso. Tras dos horas de camino lento y cuidadoso, llegamos al refugio. Ya todos duermen, ajenos a la tragedia que podía haber ocurrido y no ocurrió. Pero, sí, es cierto: como dije al principio, las cosas solo ocurren de una manera y de ninguna otra, y los supuestos solo están en nuestras cabezas.

Es tarde, pero todavía les cocino unos espaguetis con tomate y se van a dormir sin saber ni siquiera

Otro momento del largo, fatigoso y difícil trayecto entre nieve que hubieron de hacer desde el refugio hasta el Caben de Remoña.

dónde están, después de caminar a ciegas durante horas.

Amanece, que no es poco. Ha caído casi medio metro de nieve durante la noche, hay dos grados bajo cero y sopla un viento fuerte. La predicción es que empeorará más. La gente se inquieta. Todos se quieren ir. Hay veintiséis personas en el refugio. La mitad deciden marchar ya en dirección a Las Colladinas.

Hay una niebla cerrada que todo lo difumina, todo lo oculta más allá de los diez metros. La nieve esconde el sendero, las piedras, las formas. Yo les digo que esto es la oscuridad blanca, el "*white out*": se puede leer, pero no caminar. Y ellos no van a encontrar la salida a esta trampa que convierte Collado Jermoso en un lugar aislado del resto del mundo.

A los de Burgos les digo que yo marcharé después del mediodía, que pueden venir conmigo, pero no escuchan, se van con esa primera andanada de gente. Intento explicarles las complicaciones de lo que van a encontrar o, más bien, de lo que no van a encontrar.

Da igual. Ya salen mal desde el mismo Refugio. Sé que no lo conseguirán. A los veinte minutos vuelven todos menos cinco. Dicen que no hay manera.

Los otros cinco se comunican conmigo por teléfono (ya se sabe, el bendito aparato) y dicen que han encontrado dos hitos y que van a seguir. Me siento estúpido teniendo tan clara la situación existente, pero siendo incapaz de hacérsela ver a los demás.

Hora y media más tarde están de vuelta, mojados, cansados, y frustrados. Están atrapados.

Les digo a los veintiséis que se metan dentro del refugio otra vez, y que me dejen un par de horas, que tengo cosas que hacer; y luego que se vengan detrás. Yo debo ir hacia el Caben de Remoña, por lo que, si quieren salir de allí, tendrán que renunciar a volver unos a Cordiñanes, otros a Fuente Dé.

Yo, mientras tanto, hago en medio de la nevada varios viajes a la fuente para recuperar la bomba y sus artilugios, pues ya están aquí las avalanchas que, descargando las laderas de la Torre de Peñalba, corren a dos metros de donde me encuentro, convirtiendo el hipotético descenso por el Argayo Congosto en una auténtica ruleta rusa. Luego debo vaciar el depósito, bajarlo al refugio y amarrarlo. En fin, debo recogerlo todo, dejarlo todo preparado para el crudo invierno que no ha hecho más que comenzar.

En el comedor todo son bromas y risas. Yo voy y vengo en medio del temporal y pienso que, sin el refugio, este sería ahora el lugar más inapropiado que conozco para la vida humana.

Alguno se impacienta y no comprende qué hago de aquí para allá todo afanoso. Ellos solo quieren irse. No espero comprensión ni aceptación de las circunstancias. Yo no tengo ningún problema para marcharme, pero ellos podrían morir si lo intentaran. Es realmente una situación incómoda para mí. Sin embargo, es preciso que todo quede en el refugio en el lugar que le corresponde para no encontrar un desastre en primavera.

Poco después de mediodía, a la una de la tarde, comenzamos a caminar. Nieva sin cesar. Me detengo y miro hacia atrás. La visión difusa del refugio entre la niebla y veintiséis personas en fila detrás de mi mujer y de mí, me parece irreal; y una responsabilidad que no quiero. Se me salen los ojos de las órbitas intentando escudriñar entre esa mezcla de aire blanco y paisaje blanco. No se ve ni el suelo: los imperceptibles cambios de rasante me hacen tropezar una y otra vez con la nieve misma, al ser incapaz de distinguir el relieve.

No estoy seguro de que se dé cuenta nadie de la dificultad que supone, incluso para mí, encontrar la ruta de esta manera. Entre idas y vueltas, he hecho este camino unas ochocientas veces durante quince años y llega un momento que hasta me enfado cuando me cambian de sitio una piedra (una de esas pequeñas neurosis que uno se permite con el paso de los años). Eso quiere decir que ya no memorizo el sendero: memorizo las piedras, sus formas, sus detalles, su silueta. Reconocería el lugar exacto del camino a partir de la fotografía de una sola piedra.

Antes de llegar a Las Colladinas tienen que ayudarme a abrir huella porque, con esta nieve tan profunda y mi pesada mochila, ya voy muy cansado. Así que cojo el "mando a distancia" y voy guiando a gritos al que le toca ir delante, que no hace más que salirse continuamente de una ruta que sólo está en mi cabeza.

Y después de un esfuerzo tremendo subiendo a Las Colladinas y bajando por el otro lado, llegamos a lo complicado: el Sedo de La Padierna. Es increíble cómo cuesta reconocer la entrada correcta al sedo. El viento ha creado un paisaje inverosímil de crestas y relieves nuevos y desconocidos y se ha ocupado de tapar el sedo entero con nieve polvo prensada, de modo que hay que abrir huella en una pendiente de 45º con el abismo ahí mismo.

Conseguimos solventar este peligroso punto, asegurando cada paso, y el resto es ya cuestión de resistencia y perseverancia. Después de casi cuatro horas llegamos hasta el alto del Sedo de Remoña. Han venido detrás los que iban a Cordiñanes, los que iban a Fuente Dé y los que iban a Pandetrave. Nadie ha querido salirse de la fila en Liordes para sus respectivos destinos. Todos están de acuerdo en que no hubieran salido de allí si no es a mi lado.

Nos despedimos y cada grupo continúa por un terreno ya libre de niebla y precipicios hacia los lugares donde dejaron sus vehículos. Aún les queda una larga caminata, sin duda. Pero yo no pienso eso, pienso en lo que pudiera haber pasado y no pasó. Porque si yo no hubiera ido al refugio, como hago en otros puentes de invierno con parte adverso, muchos hubiesen ido de todas maneras, pero el tiempo hubiera sido el que fue. De hecho, los de Burgos perdidos en el Congosto ni siquiera habían llamado previamente para ver si el refugio iba a estar abierto.

Que cada uno piense lo fácil que puede llegar a ser verse metido en una situación como esta y que, aunque parezca una visión negativa (para mi profundamente realista), es muy fácil traspasar esa delgada línea que separa un espléndido fin de semana de un trágico fin de semana.

Es necesario asimilar que todas estas situaciones que, en principio, parecen imprevisibles (aunque muchas son producto de nuestras propias decisiones), están ahí, latentes, esperando poder conjugarse entre sí para provocar ese evento poco frecuente, pero posible, en el que nos veamos traspasando, sin advertirlo, esa delgada línea hasta el punto de no tener posibilidad alguna de retorno.

De nosotros depende saber disfrutar de la montaña sin que para ello tengamos que evitar pensar en todas esas situaciones, que forman parte de la realidad y la vida. No se trata de ignorar deliberadamente que existe la posibilidad de tener un accidente porque si uno piensa en él podría obsesionarse y dejar de salir a la montaña, sino que se trata de sobreponerse al miedo, aceptando con lucidez la realidad del entorno, siendo observadores y precavidos, aprendiendo a anticiparse al riesgo y sabiendo renunciar a un plan cuando las condiciones así lo aconsejen.

Y es que, en Picos, por menos, la gente pierde la vida.

Fotos: A. Cuétara

II - Las montañas que llevamos dentro

Siempre me gustó la lluvia. Caminar con el trepidar de las gotas de agua cayendo sobre uno mismo me ayuda a abstraerme y a pensar. Las sensaciones que envuelven caminar en la montaña en medio de la lluvia tienen algo de anónimas, en el sentido de que podría encontrarme en cualquier lugar: avanzar bajo la lluvia me resulta familiar allá donde me halle. Además, una enorme parte del trabajo de guarda de refugio se desarrolla en el camino que llega a él más que en el refugio mismo, de modo que portear bajo la lluvia es algo habitual.

Hoy me levanté muy temprano con la idea de llegar al Caben de Remoña antes de que comenzase la lluvia; si me la encuentro a la vuelta, no me preocupa demasiado. Es una mañana de verano, uno de esos días sin viento en los que la lluvia aparece despacio, sigilosamente. Un cielo gris y monótono, plomizo, parece apoyarse sobre las cumbres.

En el trayecto de vuelta el esfuerzo que impone la pesada mochila envuelve mi cuerpo, sometido ahora a una contradicción de exceso de calor al borde de sentir frío, de querer caminar más rápido mientras lucho con la tentación de sentarme y desprenderme del peso opresor. De alguna manera, la lluvia lo hace todo más llevadero. El monótono tintineo de las gotas sobre mi capucha oculta los quejidos de mi cuerpo. Llegar al refugio es liberador, te libra del peso, del esfuerzo, del frio, del dolor, de la disciplina autoimpuesta. Significa también una reconfortante comida caliente y ropa seca. Pero hoy dura poco.

Llaman desde la emisora del camping de Soto, la única manera de ponerse en contacto con el refugio desde el valle. Me cuentan que un hombre inglés llegó solo a Cordiñanes, pero el día anterior no había salido solo del refugio, sino con su compañera, también de origen inglés. Debieron de intentar la bajada directa por el Argayo Congosto (como equivocadamente se indica en varios mapas) y, al no ser posible, se vieron obligados a vivaquear en una repisa.

En el refugio me confirman quiénes son y me dicen que el día anterior salieron a una hora tardía, sin conocer la bajada por el Congosto y sin haber pedido ninguna información antes de salir. El mal tiempo les mantuvo inmóviles durante la noche y esta mañana, al mismo tiempo que yo porteaba, divisaron gente que se desplazaba por las Traviesas del Congosto en dirección al descenso por la Canal

Escenario del rescate visto desde el hombro de la vertiente norte de la Torre del Friero. Hay que recordar que aquel día las precipitaciones fueron muy intensas y persistentes, con la consiguiente formación de torrentes en las fuertes pendientes de esta zona. (Foto: Jesús Wensell)

Honda. El hombre, en una decisión difícil de entender, decidió ascender y seguir a aquellas personas para ver si encontraba el descenso correcto. Sin embargo, en lugar de volver a buscar a su compañera, él siguió descendiendo tras los otros hasta llegar a Cordiñanes, dejando a la mujer sola, bajo la lluvia, atrapada en una estrecha repisa situada justo debajo de la Aguja del Tío Toribio.

Me pongo de nuevo la empapada chaqueta de goretex y los prismáticos y me asomo a la Torre Jermosa. No tardo mucho en localizarla y a gritos, en inglés, le digo que voy a buscarla, que no se mueva. No estoy muy seguro de que me haya entendido, pero al menos creo que sabe que alguien la ha visto. Meto un refresco y una chocolatina en los bolsillos y empiezo el descenso por el Congosto. La lluvia persistente continúa y es cada vez más fuerte y fría, pero, para mí consuelo, al menos voy sin peso y cuesta abajo. Apenas tardo un cuarto de hora en llegar a la zona donde supongo que está la mujer, pero el terreno me impide verla. Recuerdo donde la había localizado y, al doblar una pequeña cresta, la diviso a apenas 20 metros de distancia.

Está muy nerviosa y empieza a hablar desesperada según me voy acercando. Le pido que hable más despacio, que se tranquilice, pero no cesa de repetir, muy alterada, que su amigo se fue por la mañana y que cree que le ha pasado algo. Cuando le digo que él está bien, comiéndose un bocadillo en la Fonda de Cordiñanes, se echa a llorar. Ella pensaba que a él le había pasado algo grave y el saber que estaba bien hizo que toda la tensión acumulada saliese de golpe. No hacía más que decir una y otra vez, entre sollozos, que odiaba estas montañas y nunca jamás volvería. Mientras le ofrecía el refresco y la barra de chocolate, yo intentaba consolarla como podía y, también como podía, le decía que las montañas no tenían la culpa de nada, solo están ahí.

La observo y la escucho y, sin poder evitarlo, intento hacerme un juicio de cuáles serán sus capacidades para salir de allí y, en función de las mismas, escoger el camino. No quiero remontar con ella toda esa empinadísima cuesta hasta las Traviesas del Congosto, así que decido que será mejor ascender un tramo casi vertical que nos permitirá alcanzar otras traviesas por las que se puede llegar al Llago Bajero y, desde aquí, a la Canal de La Sotín. El terreno es algo más abrupto, pero el recorrido es mucho más corto.

Mientras ella recoge todas sus cosas yo no puedo dejar de pensar en sus palabras respecto a las montañas, que debo reconocer que hasta me han molestado. Pero, a la vez, comprendo su reacción. Las montañas no nos hacen nada, solo están ahí, no son más que el escenario en el que cada uno de nosotros desarrolla su propia y única obra de teatro. La lluvia, el viento, el frio o el calor, los abismos verticales y las pendientes inacabables: todo es diferente para cada uno. Nosotros solo ponemos lo que llevamos dentro: nuestros miedos, nuestras emociones, nuestros errores y nuestros aciertos.

Recibimos lo que nos rodea a través de unos imperfectos sentidos, y todos esos pulsos eléctricos son enviados a nuestro cerebro, el cual, aislado en su mundo interior, intenta interpretarlos bajo la influencia de nuestras emociones, nuestro instinto, y todo aquello que hemos aprendido a lo largo de la vida. Ella y yo, ahora mismo, estamos solos en el mismo remoto lugar, debajo de la misma lluvia infinita, pero en realidad nos hallamos a enorme distancia, cada uno aislado en la montaña que llevamos dentro, y seguro que ninguna de ellas es la que objetivamente es. Esas montañas interiores solo existen porque nosotros estamos allí pero poco tienen que ver con la realidad insensible, irracional, que componen la roca y la lluvia.

Después de recogerlo todo, ella se pone en pie y, por primera vez, puedo ver su cara. Tiene la piel clara y el cabello oscuro, pienso que es una mujer hermosa… y no puedo dejar de pensar en su compañero comiéndose un bocadillo de jamón en Cordiñanes, mientras ella era consumida por la angustia de pensar que él había tenido un accidente y que por eso no regresaba a buscarla. Me ofrezco a cargar con su mochila, pero me dice que no es necesario, que va bien. Empezamos la ascensión dando un rodeo para evitar la empinadísima llambria de caliza rojiza que hay que superar para llegar al pie de la pared que cae de Las Colladinas.

Camino con cuidado, intentando buscar cada escalón, cada travesía lateral, para ir por lo menos difícil. El esfuerzo de guiar a otra persona en las montañas requiere de una gran dosis de empatía, de ser capaz de advertir que tampoco el camino que yo piso es el mismo que la otra persona pisa, y que todo depende de la habilidad física y mental que cada uno tiene para sortear esas dificultades. Cuando alcanzamos el sendero que se dirige al Llago Bajero ya me quedo más tranquilo, ahora ya es solo cuestión de paciencia y caminar. Ella camina y respira congestionada, es como que no se le pasa el disgusto. Pasamos por la vera del Llago Bajero y, tras superar una loma, nos metemos de lleno en la Canal de La Sotín. Las nubes ahora están más bajas y la lluvia arrecia por momentos. Yo estoy calado hasta los huesos, pero al menos no tengo frío, y ella, aunque mojada igualmente, parece ir bien. Pienso que yo, hoy por la mañana, no podía suponer que el día iba a ser tan largo.

Detalle de zona donde fue encontrada la inglesa y de la ruta de escape hacia el Llago Bajero. La mujer había quedado bajo la Aguja de la Señora del Tío Toribio, que en esta imagen aparece empastada con las rocas del fondo. (Foto: Jesús Wensell)

Cuando llegamos a la parte alta de la Vega de La Sotín vemos una figura que aparece por el otro extremo y, cuando nos vamos acercando, ella reconoce a su compañero, que ha subido desde Cordiñanes a su encuentro. Ella corre y se abraza a él llorando, mientras yo me quedo a varios metros, un poco sin saber qué hacer. Entonces él se acerca a mí, mete la mano en el bolsillo y, sin mediar palabra, saca un billete de veinte euros, que me ofrece. Yo necesité unos segundos para llegar a asimilar que me estaba ofreciendo veinte euros por haber rescatado a la compañera que él había dejado allá arriba sin volver atrás. Era como que pagando veinte euros cada uno se quedaba en el lugar que le correspondía. Si no me hubiese sorprendido tanto, me hubiese hasta ofendido. En aquel momento mi simpatía por él no era muy alta, y este detalle realmente no ayudó a arreglar eso.

Me sentí mal por ella, así que, sin pensarlo demasiado, le dije en el mejor inglés del que fui capaz, "Rescatar a una mujer hermosa es hermoso también, y eso es suficiente". Ni un segundo necesité para darme cuenta de la cosa tan sumamente cursi que acababa de soltar sin saber por qué. Él se quedó muy cortado, pero ella se abalanzó hacia mí para abrazarme y darme un beso. Todo resultó muy extraño, toda aquella escena en mitad de aquel lugar, bajo aquella impertinente lluvia. Así que, de este modo, sin mucho más, se despidieron y echaron a andar hacia Cordiñanes.

Yo me quedé un buen rato allí, en pie, escuchando el tintineo de la lluvia en mi capucha, y pensando en tantas cosas que habían ocurrido en un día tan largo. Pero el día no había terminado, y aún tenía que remontar los seiscientos metros de desnivel de vuelta al refugio. Me consolaba pensar que al menos subiría sin mochila, lo que es algo a lo que no estoy acostumbrado. Ascender sin mochila a la espalda siempre provoca un efecto extraño, a veces molesto, casi diría que ridículo, que es el de caminar inclinado hacia delante sin peso que compense hacia atrás, así que parece que voy cayendo hacia delante a cada paso. Vacío me cuesta encontrar el ritmo, pero es cierto que subo increíblemente deprisa.

Me detengo de vez en cuando para respirar y observar el paisaje que me rodea, y me pregunto qué significado tiene todo: lo que observo, lo que siento, lo que decido. ¿Son reales estas montañas o solo existen dentro de mí?

No puedo dejar de pensar en las palabras de ella, y en la de tantas otras personas que escucho hablar de estas montañas, o que quizá, en la mayoría de los casos, tan solo hablan de las montañas que llevan dentro.

Canal de Sollambriu. El punto rojo señala la zona donde se encontraba el accidentado. (Foto: Pablo Fdez. Cañón)

Un rescate en Picos de Europa

Pablo Fernández Cañón

Los socios del Grupo Vetusta sabemos que los Picos de Europa son agrestes, con una compleja e intrincada orografía por la que, en ocasiones, es difícil transitar y orientarse. Estas montañas, que sobre el mapa se ven muy cercanas unas a otras, ocupando un área poco extensa, y que comparadas con las de otras cordilleras del mundo no alcanzan gran altitud, pueden hacer creer, a quien no las conoce, que adentrarse en ellas es algo sencillo. Nada más lejos de la realidad, ¿verdad? ¿Qué lleva a una persona a caminar sola, y por primera vez, por los Picos de Europa sin tomar las precauciones debidas?

El 19 de septiembre de 2021 me reunía en Cangas de Onís con un grupo para guiarles en el recorrido del "Anillo Extrem" de Picos de Europa (Mario, Borja, Fernando Ferrer y Mikel). Comenzábamos una travesía de seis días por la montaña que nos llevaría por los macizos Central y Occidental. Para el primer día la previsión meteorológica era buena, pero para los siguientes anunciaban lluvia... y acertaron de pleno.

Sin entrar a detallar cada jornada, la tercera la iniciábamos en Caín con destino al refugio de Jou de los Cabrones. Nuestra idea era subir por la Canal de Piedra Bellida, para lo que deberíamos recorrer antes el tramo de la ruta del Cares que permite enlazar con esta canal. El día amenazaba lluvia y a los veinte minutos de comenzar a caminar ya fue necesario poner la chaqueta impermeable. De pronto, caminando por la senda, escuchamos unas voces por encima de nosotros y, al buscar su origen, vimos a una persona en la Canal de Sollambriu agitando los brazos. Lo primero que me vino a la mente fue "pero ¿qué hace ese ahí metido?...", e inmediatamente comprendimos que algo raro pasaba.

Como la lluvia arreciaba, nos metimos en el túnel que está pegado a la salida de la canal de Sollambriu y, mientras los compañeros se quedaban resguardados, empecé a subir por la canal para ver qué tipo de auxilio demandaba aquella persona. En el primer tramo, envuelto en la niebla, no conseguía verle, pero, afortunadamente, iba en la dirección acertada. Unos cuantos metros más arriba le descubro al tiempo que le oigo gritar "¡*my leg is broken!*". Si tiene la pierna rota, pensé, creo que tendremos que avisar al 112…

Al fin llego hasta él y me encuentro con un hombre joven, que está tranquilo y que no para de darme las gracias. Le pregunto su nombre y algún detalle más, y me responde que se llama Gaspar y que es de Estonia. Me dice que lleva dos noches a la intemperie, ¡con todo lo que ha llovido en los dos días y noches anteriores! A simple vista se percibe que su pierna está dañada, pues se ve muy hinchada a la altura de tibia y peroné. Él mismo la ha entablillado con dos palos y dos calcetines... Me resulta sorprendente ver el mal estado que presenta el accidentado y la tranquilidad que, no obstante, mantiene. Como no tiene chaqueta impermeable, le pongo la mía y le explico que voy a bajar a pedir ayuda. Él entonces me ruega que "por favor no llame al helicóptero, porque no tengo seguro". Para tranquilizarlo, le digo que no se preocupe, que voy a bajar a llamar a unos amigos para, entre todos, ayudarle a bajar.

Desciendo por la incómoda canal hasta el túnel de la ruta del Cares donde me esperan los compañeros y comenzamos a coordinar el rescate de Gaspar. Junto a nuestro grupo se encontraban ahora dos chicos que iban caminando hacia Caín y que, al ver la situación en la que nos hallábamos, se habían quedado allí por si necesitábamos su colaboración. Les pedimos entonces que siguieran rápido hacia Caín y que llamasen desde allí al 112 dando las indicaciones de ubicación y situación del accidentado. (Conviene indicar que en la zona donde estábamos no hay absolutamente nada de cobertura, por lo que es imposible llamar al teléfono de emergencias). El resto nos dividimos las tareas.

Subiendo a ver qué ocurría. (Foto: Fernando Ferrer)

Mientras varios compañeros quedaban esperando en el túnel, Mario y yo subimos por la canal hasta donde estaba Gaspar. Comenzamos dándole de beber, ya que se encontraba deshidratado. Su cantimplora metálica, llena de golpes y sin tapón, hacía muchas horas que no contenía ni una sola gota de agua. En cambio, a veinte metros del joven el agua corría por el reguero, pero con la pierna rota era imposible que pudiese llegar a ella. ¡Qué ingratos momentos tuvo que pasar este hombre! A continuación, con la manta térmica, los bastones y unos palos, le construimos un refugio rudimentario que le protegiese de la lluvia, al que añadimos, además, el paraguas de Fernando Ferrer, socio también del Vetusta, resguardando su espalda. En ese momento

Desde el punto en el que permanecía atrapado Gaspar, se ve un pequeño tramo de la senda del Cares. (Foto: Pablo Fdez. Cañón)

comenzó a temblar... ¿Tenía frío? ¿Estaba nervioso? ¿O quizás fue que cuerpo y mente se habían relajado al verse protegido y a salvo? Sea como fuere, a los pocos minutos cesó el temblor.

Viendo su situación, nos sorprendía cada vez más su entereza. Él mismo había entablillado con dos palos y dos calcetines su pierna dañada, había dejado su mochila en el lugar de la caída y se había arrastrado durante dos días y dos noches por una escabrosa canal de Picos de Europa. Tan solo llevaba consigo el pasaporte, el teléfono y una batería para cargar el teléfono. Y, como carecía de guantes, se había puesto unos calcetines para protegerse las

El accidentado en el punto donde fue localizado. (Foto: Pablo Fdez. Cañón)

Comenzando el descenso con la camilla. (Foto: Fernando Ferrer)

Un momento delicado. (Foto: Fernando Ferrer)

manos, "guantes" que, por supuesto, estaban empapados. Cuando procedimos a quitarle los "calcetín-guantes" nos encontramos con unas manos frías, sumamente arrugadas por la humedad de dos días de lluvia y llenas de las llagas que se había producido al arrastrarse entre piedras en busca de ayuda. Le frotamos las manos con las nuestras para que entraran en calor y ponerle después unos guantes secos, pero sus manos eran demasiado grandes para los nuestros. De nuevo tuvo que lucir unos "calcetín-guantes", pero esta vez secos y limpios, de los que llevábamos en nuestra mochila. Tras ponerle un gorro y otra manta térmica sobre el cuerpo, darle dos pequeños bocadillos, unas sales minerales y unos frutos secos, comenzó la larga espera por los servicios de rescate.

Desde aproximadamente las 10:00 que le encontramos hasta las 15:00 no cesó de llover y las nieblas seguían bajas. Mario y yo nos protegimos bajo un tilo y debajo de una piedra respectivamente, pero aun así la mojadura que teníamos encima era notable. Pasábamos el tiempo charlando entre nosotros y con Gaspar, que se encontraba tranquilo e incluso llegó a decirnos en español que nos invitaría en el pueblo de Caín a una cerveza... Desde nuestro enclave veíamos un pequeño tramo de la senda del Cares y era allí donde manteníamos fija nuestra mirada: estábamos ansiosos por ver aparecer los servicios de rescate, pero estos no acababan de llegar y nos empezaron a asaltar algunas dudas.

Sobre las 15:00 bajé a ver a los compañeros que se habían quedado en el túnel y les trasladé nuestras dudas. Pensábamos que había que volver a llamar al 112 y asegurarse de que el operativo estaba en marcha. Entonces, otro de nuestros compañeros, Borja, se fue rápidamente hacia Caín con la intención de confirmar que el 112 había recibido el aviso y, de paso, reservar una noche más para nosotros en el albergue del pueblo. Antes de llegar, se cruzó con dos profesionales del GREIM y les dijo dónde les estábamos esperando; él siguió hasta el albergue y allí nos esperó.

Sobre las 15:45 llegan hasta el lugar del accidente los equipos de rescate, cuatro miembros del GREIM y dos del 112, y comienza la evacuación por

En la senda, camino de Caín. (Foto: Fernando Ferrer)

tierra porque, por el momento, el helicóptero no puede entrar debido a la niebla. Mientras unos le sitúan en la camilla, otros comienzan a fijar cuerdas en los árboles para poder anclarla e ir descendiendo al accidentado poco a poco.

Mario y yo creíamos que nuestra labor se había acabado, pero nos pidieron que echáramos una mano, ya que Gaspar pesaba mucho. Hicimos lo que pudimos... [Anselmo Vidal, *Avigamo*, uno de los rescatadores, grabó sobre la marcha un vídeo, disponible en Youtube, en el que se puede apreciar bien el trabajo realizado. Su título, "Trabajoso rescate en la Canal de Cerezales", se debe al nombre erróneo del lugar del accidente recogido inicialmente por los rescatadores y que se ha mantenido en diversos medios de comunicación].

Pasadas las 18:30, llegamos a Caín, donde pasaríamos la noche alojados en el Albergue "El Diablo de la Peña", establecimiento excelente en el que siempre nos encontramos como en casa. Aunque ya era un poco tarde para hacerlo -antes no habíamos podido-, llamamos al refugio del Jou de los Cabrones para avisarles de que ese día no llegaríamos a cenar. Junto con el equipo del GREIM y del 112 tomamos algo en el albergue y comentamos la jornada, sintiéndonos satisfechos del resultado del rescate.

Personas a quienes les hemos contado la experiencia, nos preguntan, ¿por qué no le vio nadie antes? La caída de Gaspar se produjo más arriba de donde nosotros le encontramos, en un punto desde el cual la senda del Cares ya no se ve. Por lo tanto, si se hubiera quedado allí era casi imposible que alguien le hubiese descubierto, ya que por la canal en la que se metió pasa muy poca gente y podrían haber transcurrido días hasta que alguien le encontrara. Pero él tuvo el coraje de arrastrarse desde donde se cayó hasta una zona en la que ya veía la senda y podía pedir auxilio.

Desde luego que fue una suerte para Gaspar que nosotros le descubriésemos, pero quedó bien patente que él tomó las medidas adecuadas para sobrevivir: desde entablillar su propia pierna, hasta arrastrarse montaña abajo entre piedras y vegetación... Por eso creo que fue él mismo quien logró salvar su vida. Nosotros tuvimos la fortuna de encontrarle y de constituir el nexo de unión con los servicios de rescate, pero quiero pensar que, si no le hubiéramos oído y localizado, lo hubieran hecho otras personas.

A los pocos días, realizando otro Anillo de Picos de Europa, pasé de nuevo por Vega de Ario y los guardas, que ya estaban enterados de lo sucedido, me comentaron que el domingo 19 de septiembre habían visto a Gaspar pasar por allí portando una mochila de gran tamaño, y que les llamó la atención su vestimenta, poco adecuada para la montaña. Hablaron un poco con él, y el joven siguió su camino.

En cuanto a Gaspar, a los dos o tres días de ingresar en el Hospital de León le operaron la tibia y el peroné. Tenía además una lesión cervical que no era de operación, según informaron los médicos al GREIM, pero que parecía ser más grave. En torno al 15-16 de octubre le dieron el alta y su hermana, que había venido a buscarle, se lo llevó a Estonia.

Una pregunta que quedará sin respuesta es ¿cuánto se arrastró Gaspar desde el lugar de la caída hasta donde lo encontramos? Miembros del GREIM volvieron en dos ocasiones en los días posteriores a buscar su mochila sin dar con ella. En cambio, la hermana de Gaspar, que probablemente no conocía ni el Cares, ni mucho menos la canal de Sollambriu, fue también allá en busca de la mochila… ¡y la encontró!

Los Picos de Europa son y serán un terreno de juego que los montañeros no podemos desmerecer ni infravalorar. Esto es fácil de entender para quien conoce estas montañas, pero ¿cómo se lo haremos ver y entender a las personas que viven lejos de aquí?

***

Parte baja de Les Gorges del Freser.

Milagro camino a Coma de Vaca

Fernando Alonso López

El autor de este artículo, montañero con fuertes vínculos familiares con Asturias, donde reside actualmente, nos brinda el relato de un accidente y posterior rescate en el que él tuvo una actuación decisiva. Ocurrió en Pirineos, hace ya trece años, pero las enseñanzas que se derivan de los hechos que aquí se narran no han perdido un ápice de vigencia.

I

27 de mayo de 2009. Lo que oímos aquel día

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Mateo 7,7-12

Hacía tiempo que Alexandra y yo habíamos hablado de ir a la montaña. La subida al Refugio de Coma de Vaca era dura, más de 900 metros en escasos kilómetros. Pero valía la pena ascender la garganta del río Freser, seguir la senda poblada de árboles de ribera al principio, de pinos después y pura roca ya en la altura. El paisaje era excelente y el refugio sencillo pero agradable, bien situado para hacer excursiones o caminar hasta el Valle de Nuria al día siguiente. Este año había nevado tanto que el río se despeñaba en aguas rápidas, blancas, fuera de su cauce. Por todas partes caían chorreras y cascadas, pero el cauce principal era una interminable y atronadora catarata.

¿Qué fue lo que me hizo escuchar aquel sonido diferente en medio del ruido de agua que nos acompañaba toda la ascensión? Parecía un lamento muy tenue y persistente. No se entendía, pero al desacoplar aquel sonido del otro que lo inundaba todo parecía que repetía tres sílabas. Alexandra que había logrado escucharlo también, se atrevió a decirlo: ¿podría ser SO-CO-RRO? Considerando que quizá fuera una persona en apuros, escrutábamos toda la ladera a medida que íbamos ascendiendo, sobre todo los riscos del otro lado. No se veía a nadie, había muchas rocas, árboles y recovecos, muchos rincones de donde podía proceder aquella voz que creíamos identificar. Gritamos, agitamos los brazos, pero nada sirvió para confirmar que estábamos ante una verdadera emergencia.

Vimos una persona pasear cerca del río con un perro. Él debía de oírlo mejor que nosotros; así que estuvimos a punto de desistir de hacer algo. Pensá-

Entrando en Les Gorges del Freser.

Al fondo, a la derecha, los canchales donde ocurrió el accidente.

bamos que quizá lo que oíamos procedía de alguien que estaba con aquella persona que veíamos. Pero otra revuelta del empinado camino, más arriba, el chico del perro había desaparecido, y la voz aún parecía escucharse muy débilmente.

El camino estaba vacío, era última hora de la tarde y ya nadie subiría al refugio. El móvil no tenía cobertura, así que avivamos el paso con la esperanza de que la altura nos permitiera llamar. Mi mochila pesaba demasiado, yo estaba al borde de desfallecer, sin respiración, en la zona más empinada de la subida, así que dejé mi móvil a Alexandra para que subiera más rápida e intentase dar la alarma. Finalmente lo consiguió.

Una hora larga después se servía la cena en el comedor del refugio. El precioso helicóptero amarillo descendió a pocos metros, montando un buen revuelo entre los montañeros. Todo el mundo se levantó y agolpó junto a la puerta. Dos bomberos salieron corriendo hacia el refugio para pedirnos datos más precisos del lugar de las voces. Yo había tomado marcaciones, así que pude orientarlos bien. Me sorprendió la fortaleza y diligencia de aquellos profesionales que, con un comportamiento perfectamente estudiado y eficiente, descargaron material y personas para aligerar el helicóptero y poder internarse en el barranco. En aquel momento pensamos en el lío que habíamos organizado, tal vez para nada; todo parecía entonces una ilusión, una confusión.

Pero el guarda, justo antes de ir a dormir recibió una llamada y nos lo comunicó de inmediato: los bomberos habían rescatado a una persona que llevaba cinco días junto al río. Metido en el saco, ya sabiendo que aquel hombre había sido encontrado, no puedo dormir pensando en aquellos cinco días, y en todas las circunstancias y coincidencias que hicieron posible su rescate. Me pregunto qué es lo que hizo que tras pasar por allí docenas de personas ese día sólo nosotros oyéramos, prestásemos atención, y descodificásemos lo que aquellos sonidos podían significar. Pero, sobre todo, pienso, y casi me obsesiona pensar, que por el hecho de hacerlo aquella persona había salvado su vida.

El camino hacia el refugio empieza a subir desde el río.

II
9 de octubre de 2009. Lo que supimos cuatro meses después

Costaría no escribir la segunda parte, aquella en la que la historia toma cara y forma, la de una persona valerosa y solitaria.

Hemos quedado en la puerta de una iglesia, de noche, más de cuatro meses después, el tiempo que tardó en localizarme. Él espera en lo alto de las escaleras; está sentado y parece insignificante desde abajo. Nos ha estado intentado localizar y al final lo ha conseguido a través del guarda del refugio. Por teléfono me ha dicho "soy más bien bajo, delgado, con gafas y bastante prematuro", lo que interpreté como que sería bastante calvo. Y, efectivamente, apenas tenía pelo, era pequeño y fibroso, y su cabeza grande para su porte.

Se levantó al vernos subir las escaleras. Cojeaba de manera muy notable, aunque la semana anterior le habían dado por fin el alta médica. A mitad de las escaleras nos encontramos; nos dimos la mano y un ligero abrazo.

Aquella persona no era el modelo de "naúfrago" que uno imaginaría rescatar en la montaña: demasiado apocado, demasiado sereno, de ligera sonrisa y voz muy tenue. No parecía la persona que heroicamente aguanta con una pierna rota -tibia y peroné- cuatro noches y cuatro días completos, al raso, en la montaña, sin comida y con apenas una camisa y un impermeable. Sin embargo, esas características, esa fragilidad, ese aire triste, lo hacían más próximo y a la vez casi enigmático. ¿Qué hacía aquella persona sola un martes cualquiera en la montaña sin que nadie supiera nada de ella? ¿por qué fue a parar a aquella trampa de la que sólo un cúmulo de casualidades increíbles lo salvaron in extremis?

La historia de Xavi

"Xavi, Javier, como tú quieras…" regenta un quiosco con su hermano y, ocasionalmente, su madre, en un barrio relativamente céntrico de Barcelona. Son tres hermanos solteros, el hermano mayor, esquizofrénico, no sale de casa de la madre, y Xavi, el mediano, de 44 años, es la única persona con la que habla. Vive, además, con su hermano pequeño, con el que tiene una relación difícil y tensa, y su trabajo compartido. Ambos son solitarios, personas oscuras e infelices, como él reconoce, sin amigos, poco dadas a las relaciones más allá de las imprescindibles en un quiosco de prensa. Su vida triste ha-

Vista del valle desde un poco más arriba. Enfrente la canalización para la Central Eléctrica de Daio de Baix.

bía estado marcada siempre por una infancia infeliz y llena de carencias y por el alcoholismo de su padre.

Aquel martes, como tantos otros, había salido de excursión a la montaña, solo. Y, como tantas veces, antes de internarse por caminos sin cobertura, había llamado a su hermano para confirmar que no había problemas en el quiosco y poder aprovechar el resto del día. Su hermano siempre le preguntaba en estos casos dónde estaba, pero aquel día no lo hizo porque estaba enfadado, como muchos días últimamente. Así que se internó sólo en la zona de Les Gorges del Freser y sin dar noticia a nadie. Subió por el serpenteante camino que asciende siguiendo el cauce del río, que corría desbocado más abajo. Al cabo de una hora el camino cruza por única vez la corriente; una estrecha plancha de hormigón con un cable sirven de puente. Al otro lado, en una zona plana rodeada de montañas resulta difícil localizar la senda que sigue hasta el refugio durante al menos un par de horas más. Xavi no iba a hacer noche, pero quería seguir subiendo por aquel valle espectacular. Intenta varias trochas, que parecen el camino ascendente, retrocede varias veces, inseguro, hasta que toma una definitiva que resulta equivocada.

Después de media hora de lo que cree un sendero, camina ya campo a través, buscando la continuación de un camino que no sabe dónde ha perdido. La pendiente es grande y el suelo, de piedra menuda y resbaladiza, baja en canchales desde la altura. Tropieza y cae. La caída, dando vueltas vertiginosas sobre las piedras, acaba contra una roca grande en la que nota su pierna cascarse. Se ha roto tibia y peroné por la base. El dolor es muy intenso. El abultamiento y una pequeña herida muestran que los huesos rotos han estado a punto de atravesar la piel.

A su alrededor no hay ayuda posible. No sabe dónde está el camino y la pendiente es muy empinada, apenas se puede alzar sobre la pierna sana. Como puede se arrastra hacia algún sitio, intentando avanzar. El río corre más abajo, no muy lejos. Subir resulta imposible y la sed aprieta. El calor durante el día es intenso y el deshielo, después de un año de nieves, se está produciendo a gran velocidad esos días. Tal vez cerca del río, además de agua para beber, haya un sendero, alguna salida.

Fueron cuatro días de lucha intensa, de no dormir por la angustia y el estrés, por el frío; sobre todo la primera noche, antes de que aprendiera a resguardarse entre las rocas para mantener un poco el calor. El jersey se había quedado en el coche, y quizá algo más para comer que aquellas pocas galletas con las que aguantó. En sus esfuerzos para moverse entre las piedras sus gafas tardaron poco en romperse.

Último repecho hacia el Refugio de Coma de Vaca.

Arrastrándose río abajo, reptando con los codos en carne viva, se agarraba a las hierbas y escalaba torpemente los montones de roca que iba encontrando, hasta que topó con una pequeña pared de piedras, de sólo 3 o 4 metros, que parecía el último escollo para salir de allí. Durante dos días su única actividad fue intentar escalarla. Asumió riesgos, incluso se apoyó en el pie suelto, roto, con un dolor que casi le hizo perder el conocimiento. Y siempre en el último medio metro le faltaban las fuerzas. Sentía una terrible impotencia al ver que no era capaz de superar ese pequeño escalón final y que tenía que gastar la energía y pasar por el riesgo de volver a bajar, hasta el siguiente intento.

El cuarto día, sábado, fue el más duro. Ya había tenido alucinaciones: le parecía ver gente escalando en las rocas del otro lado, pero no le veían a él; le parecía también oír voces femeninas. Le costó varias horas espabilarse para la lucha del día; la pierna estaba muy hinchada y la falta de alimento y sueño le hacían sentir que estaba al límite de sus fuerzas. Ya sabía que no podría avanzar y tampoco subir. Salir de allí, solo, era imposible. Únicamente le quedaba gritar, y lo hizo todo el día. Más arriba, al menos cien personas recorrieron aquel sendero ese sábado. Rio abajo, a poca distancia en una pequeña explanada, otras personas comieron, pasearon a su perro y jugaron, ajenas a aquella tragedia, sordas a aquellas voces.

El sol caía y el desánimo era ya total. No podía ser. Todos aquellos días pensando que el fin de semana aparecería alguien, escucharía alguien. El día era perfecto para ir a la montaña, él llegó a oír voces por todas partes, pero nadie le escuchaba. Pensó en el coche. Alguien se daría cuenta de que llevaba cuatro días en el mismo sitio. Un helicóptero tal vez me esté buscando, algo… Pero sólo había un sol cayendo perfectamente visible desde su trampa, y la luz de la tarde que se desvanecía una vez más. El miedo a morir, ahora casi una certeza, se había

transformado en un enorme cansancio, en la necesidad de dormir, en el abandono quizá final. Qué pena por su madre, por su hermano mayor que lo necesitaba, por su hermano menor, tan frágil e inseguro, tan especial… Se habría hundido en la culpa para siempre porque no había preguntado aquella vez a dónde iba, dónde estaba. ¿Cómo se recuperarían de aquello? Esas eran sus preocupaciones, y sus promesas si salía de allí eran siempre pensando en ellos, en hacerles un poco más felices. Tenía que gritar, más y más. Tenía que agotar las luces de aquel día sacando toda su fuerza en una sola palabra: socorro, socorro…

El helicóptero descendió por la estrecha garganta. Había dejado personas y material en el refugio para poder descender hacia el río entre las estrechas paredes de roca. Casi no quedaba luz y era una operación peligrosa. Xavi, tumbado entre las piedras, casi desmayado por el agotamiento, oyó el martilleo de las hélices. No sabía si era una nueva alucinación, pero se pudo levantar justo a tiempo para ver la mancha amarilla pasar dejándolo atrás. Agitó su gorra, gritó, pero el helicóptero se perdía ya y no le había visto. Sin energías, su desesperación se mezclaba con la entrega a su suerte, al cúmulo de circunstancias contra las que no podía luchar más. Todo estaba perdido.

En su segunda pasada el helicóptero pareció dirigirse hacia él. Como atraído por algo luminoso el aparato se quedó suspendido en el aire, contemplándolo en un tiempo parado. Le había visto. Xavi, incrédulo, seguía haciendo señas con sus brazos, agitando su gorra como podía mientras el helicóptero aterrizaba encima de unas rocas. Xavi no es religioso, pero en aquel momento creyó que 'algo' había allí arriba. Aquellas palabras que oyó de pequeño, "llamad y seréis escuchados", fue lo primero que vino a su mente.

En una terraza elevada, justo frente a la iglesia de la plaza de Lesseps en la que nos encontramos cuatro meses después, esta historia fielmente transcrita se fue desgranando con toda naturalidad, como entre amigos de toda la vida. Casi sin emoción. A ratos volvemos al presente y hablamos del ahora. Dice considerarnos como a unos padres, más allá del tópico, porque siente de verdad que ha vuelto a nacer. No tiene pesadillas, pero el recuerdo sereno de aquellos días vuelve una y otra vez, cada día.

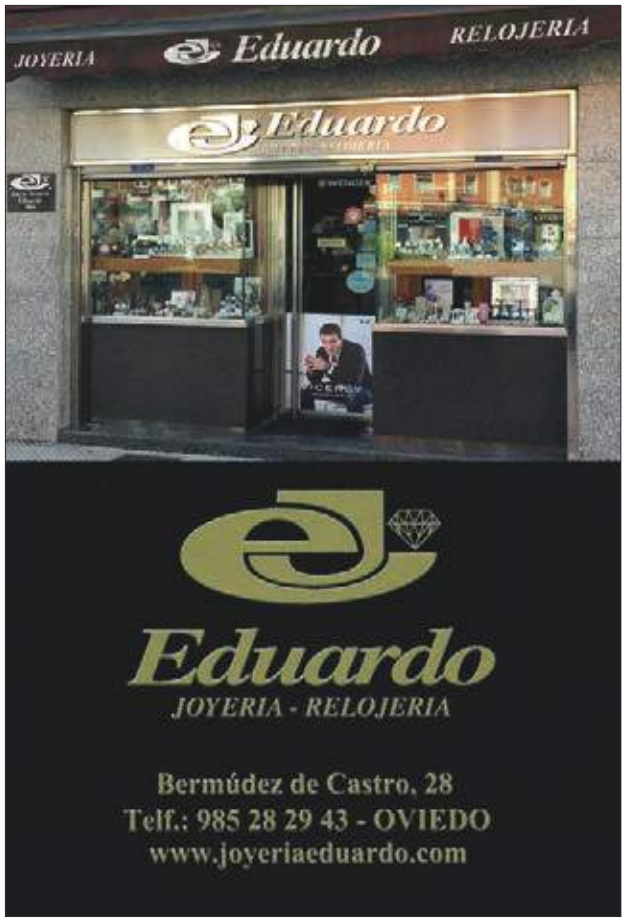
Ya no tiene tanto miedo a la gente; la naturaleza siempre fue su escapatoria frente a las personas, pero aquellos días sintió que aquellos manantiales eran aterradores y que aquellas rocas inmóviles eran crueles. Sólo las personas pueden sentir piedad, y por ello nunca había sentido tanto la necesidad de los otros. Esto, nos dice, ha cambiado su vida. Ahora sus sentidos son más agudos y percibe mejor a la gente, repite varias veces que siente más el movimiento a su alrededor y que, pese a la profunda tristeza y soledad con la que siempre ha vivido, y en la que se ha refugiado, esta segunda oportunidad es un regalo inmenso: "No se lo he dicho a nadie, pensarían que estoy loco. Sólo puedo decíroslo a vosotros: no cambiaría esta experiencia por nada del mundo; es lo mejor que me ha pasado en la vida".

Nos despedimos con mucha emoción para vernos pronto. Es como si nos conociéramos de siempre. Nos ha traído bombones, una botella de vino y un libro de viajes en bicicleta por el desierto. Yo tenía mucha curiosidad por ver qué libro nos entregaba. Al verlo pensé que quizá el desierto sería para él, como para mí, esa gran paradoja, ese lugar donde la vida está ausente, pero donde se siente con más intensidad.

Mientras nos abrazábamos frente a aquella iglesia extrañamente elevada sobre las calles de alrededor, dando una cierta solemnidad -casi la constatación de que un milagro se había producido- rodeados por el tráfico y el ruido de la ciudad, pensé que la vida, pese a todo, era un regalo inmenso.

Fotos: F. Alonso López

Refugio de Coma de Vaca.



oh! digital
tu centro de impresión

Rotulación
Cartelería
Imprenta digital
Impresión Textil
Packaging

Todo tipo de soluciones en impresión

Cervantes 22
33004 Oviedo
Telf. 984 39 47 56

info@ohdigital.es
www.ohdigital.es

Foto: Chema Argüelles

Covadonga-Collanzo a pie: un viaje de otros tiempos

Elisa Villa

Ha pasado más de medio siglo desde aquellos días, he visitado y caminado después por muchas montañas y desfiladeros y, sin embargo, cada día me admiro más de lo insólita que fue, al tiempo que hermosa, una experiencia vivida en 1964 gracias al empeño y la iniciativa de mi padre: una travesía a pie por nuestra cordillera que comenzó en Covadonga, atravesó los Picos de Europa, y terminó en el Alto Aller al cabo de siete días. La razón de mi asombro, de mi admiración, ha crecido con los años al ir comprendiendo unos méritos que entonces yo no podía valorar en su justa medida.

Ramón, mi padre, era un aficionado a la montaña que únicamente conocía bien los montes que rodeaban Mieres, los que a diario contemplábamos desde nuestra casa, situada en la ladera del valle. Pero hacía un par de años que él, junto a su esposa, Lecia, y su hija adolescente, había comenzado a atreverse con cumbres "lejanas", sentidas casi como exóticas, como eran (y no se rían, por favor...) la Mostayal, Peña Mea, Retriñón, Brañavalera y, no digamos, Peña Ubiña. El éxito de la excursión a esta última cima debió de representar para mi padre la confirmación de que, al fin, podía aspirar a contemplar de cerca otros montes legendarios: los Picos de Europa.

Con esa intención comenzó a recabar toda la información que pudo de montañeros mucho más experimentados que él, como era el caso de Julio, el dueño de la ferretería de La Pasera, que mi padre, como carpintero, frecuentaba a menudo. Allí vio mapas de los que nosotros no dispondríamos hasta mucho tiempo después, y uno de ellos fue útil en aquella ocasión: la Hoja Burón a escala 1:50.000 (comprende el área que abarca el puerto de Zalambral), una hoja que Julio le prestó durante unos días y que yo calqué y copié con plumilla y tinta china en un papel cebolla, ¡incluyendo todas las líneas de nivel! Ese fue el único mapa que llevamos, el resto de la ruta mi padre debió retenerla como pudo en su mente tras escuchar las muchas explicaciones que a buen seguro le había dado Julio. Pero ¿cómo se pueden recordar e imaginar itinerarios que incluían ir de La Ercina a Ario, bajar Trea, recorrer el Cares, pasar por Caín y Valdeón, subir a Panderruedas, descender a Sajambre, atravesar el puerto de Zalambral, pasar por Maraña, subir al puerto de Tronisco, y remontar desde Cofiñal el río de Isoba, si él nunca había estado en ninguno de esos lugares? Pero, afortunadamente, aunque en cierto sentido se podría decir que la montaña, vacía entonces de turistas, estaba "desierta", en absoluto era así, porque las aldeas aún estaban llenas de vida, de personas que debían salir cada día a hacer labores de recolección, cuidado de las fincas o atención al ganado. Y eso hacía que no fuese raro encontrarse en cualquier sitio, incluso en los lugares que calificaríamos de remotos, con algún campesino o pastor solitario.

Con esa aventura en la mente, mis padres comenzaron a preparar una excursión que, en realidad, tenía la consideración de vacaciones, ya que eran las primeras que ellos iban a disfrutar en muchos años. ¿Con qué material contábamos? Eran tiempos en los que la compra de cualquier bien que no fuese imprescindible se debía evitar (copiar el mapa respondía a esa necesidad de ahorro), de modo que nuestro material era más bien escaso. Sin embargo, disponíamos de un elemento fundamental: la tienda de campaña, préstamo del Centro Cultural y Deportivo Mierense. Su lona era fuerte y tosca y los mástiles eran de hierro; por tanto, era una carga pesada, pero, para nosotros, disponer de ella, en vez de andar buscando tenadas con hierba seca para pasar la noche, era una novedad excitante. También nos beneficiamos del préstamo de una mochila que podríamos calificar de *vintage*, puesto que el diseño y los correajes remitían, como poco, a la primera guerra mundial. Además, teníamos una segunda mochila, esta de nuestra propiedad, lo mismo que una cantimplora y un hornillo de alcohol. Para protegernos del frío en las noches de acampada, llevaríamos dos mantas militares (también pesaban lo suyo) que ignoro de dónde habían salido. Y a todo ello había que añadir comida para muchos días, la mayor parte en latas de conserva (que, como es sabido, son cualquier cosa menos ingrávidas), un cazo para calentar la comida, la fiambrera llena de alimentos ya cocinados, prendas de abrigo, ropa y calzado de recambio, toalla, objetos de aseo, y… seguro que alguna cosa más que ahora no recuerdo. Todo esto iba a ir metido en ¡solo dos mochilas!, las que mis padres cargaron a sus espaldas. Bueno, todo menos la cantimplora y el doble techo de la tienda, un bulto encomendado a la componente más joven del grupo; debía ser multiuso, ya que no era raro que adoptase el "modo escoba" en cualquier momento del camino.

Y tras los ajetreos de los preparativos, al fin llegó el día de la partida.

15 de julio. Un desplazamiento "sencillo"

Casi no había amanecido cuando empezó un día que iba a ser ajetreado. Para empezar, una hora de caminata hasta la estación de Renfe, seguido de trayecto en tren a Oviedo, otro tren más de Oviedo a Arriondas, autobús de Arriondas a Cangas de Onís, cambio de autobús en Cangas, y, al fin, llegada a Covadonga. Era miércoles y el santuario un lugar solitario, pero mi padre sabía que en algún sitio se podía contactar con un Land Rover que hacía el servicio a las minas de Buferrera y actuaba ocasionalmente como taxi. Da con él, pregunta el precio y… poco después ya estamos abordando, a pie, y bajo un sol achicharrante, los primeros tramos de los trece kilómetros de carretera que nos separan del Lago Enol. Los atajos, entonces bien visibles, ayudaban a acortar la subida, pero el peso que llevaban mis padres debió de ser un sufrimiento solo atenuado por la emoción del paisaje que íbamos descubriendo.

Afortunadamente, poco después de rebasar el Mirador de la Reina, se produce un milagro: uno de los pequeños camiones que trasladan el mineral extraído en las minas, y que sube vacío, se detiene

junto a nosotros, mientras oímos una voz que grita: "¿Quieren que les suba los bultos?". El resto de caminata ya solo fue disfrutar.

Aún no se había puesto el sol cuando montamos la tienda en la Vega de Enol, en un punto cercano a la fuente. Apenas veíamos personas por allí, solo algún pastor a lo lejos, cuando, de pronto, del porche del refugio sale alguien que se acerca a nosotros con curiosidad. Es un joven que está de excursión y piensa pernoctar en el refugio, y que después de los saludos de rigor nos pregunta a dónde pensamos ir al día siguiente. Al contestarle que queremos ir a Ario, él se ofrece amablemente a guiarnos, pero no nos propone el camino normal, sino otro que, según nos dice, es más recóndito, menos conocido. El joven era un estudiante de Medicina que se llamaba (¡se llama!) Guillermo Mañana, y que, tras casi seis décadas, sigue siendo una de las amistades más sólidas y más cercanas que la montaña me ha regalado. Su curiosidad por conocer los rincones

En Ario, charlando con el pastor Cirilo Sánchez, guarda del refugio. (Foto: Guillermo Mañana)

más desconocidos y ocultos de los Picos de Europa desembocaría muchos años más tarde en los maravillosos libros que todos los enamorados de los Picos conocemos.

16 de julio. La Vega de Ario y el Jultayu

La ruta a Ario por las majadas de Ceñal y Las Fuentes se convirtió en un curso avanzado de piquismo: sirvió para que aquellos tres novatos descubriesen cómo era el paisaje real de Picos, sus verdaderas dimensiones, la inmensidad de los lapiaces, el carácter excepcional de los paños de verdor, lo escondido y remoto de muchas majadas, y el valor del agua, el bien más escaso en estas montañas… También para comprender lo temible que sería verse envueltos allí en la frecuente niebla de la zona. Pero, por suerte, no fue ese el caso, porque aquel

Vega de Enol, labores después de la cena en nuestra primera tarde en los Picos de Europa.

día, aunque caluroso, fue radiante. Y, en compensación al esfuerzo realizado, la jornada añadió un premio extraordinario: llegar al Jito de Ario y contemplar súbitamente, por primera vez en nuestra vida, la vista del Macizo Central.

Un poco más adelante, aparece la silueta del Refugio de Ario, inaugurado hacía solo cinco años, y al que nos acercamos expectantes, ya que para los tres mierenses un alberque montañero era toda una novedad. El confort de su agradable interior nos maravilló hasta el punto de que, como si realmente tuviésemos criterio para hacer una sesuda valoración, estuvimos de acuerdo en que "era comparable a los suizos". Y allí comimos, atendidos por Genti, una jovencísima hija de Cirilo, el pastor de Ario que hacía también las funciones de guarda del refugio.

Tras un breve descanso, la compañía de Guillermo siguió sumando ventajas para los tres mierenses, puesto que nuestro nuevo amigo, continuando con su papel de guía oficioso, nos acompañó al Jultayu, cumbre que alcanzamos a las cuatro de la tarde y

Segundo día, saliendo muy temprano hacia la vega de Ario. (Foto: Guillermo Mañana)

que, según recogen unas viejas anotaciones de aquellos días encontradas recientemente, juzgamos como "cercana al refugio y de muy fácil subida".

¿Cómo se puede describir la impresión que nos produjo la llegada a la cima? ¿Era real aquella brecha tan profunda que se abría a nuestros pies? ¿Eran reales aquellos picos que aspiraban a perforar el cielo? Las emociones que el montañero novato experimenta por primera vez suelen ser inolvidables. Lo fueron para mí, pero, de modo especial, guardo un vivo recuerdo de la sorpresa y el asombro de mis padres al acercarse al "ojal" cercano a la cumbre y descubrir, kilómetro y medio más abajo, y casi en nuestra vertical, los tejados de Caín.

17 de julio. La Garganta del Cares

Tras pasar la noche acampados cerca del refugio, a las cinco de la mañana ya estamos en pie, recogiendo la tienda y preparándonos para desayunar un Eko disuelto en leche de cabra que amablemente nos facilitó Cirilo, el callado y solícito pastor de Ario, del que guardamos un gran recuerdo.

Aunque es temprano, el sol ya ilumina la majada y la vega creando un ambiente acogedor que duele abandonar, pero nos espera una marcha larga, por caminos desconocidos, y ya es hora de seguir ruta. Se siente tristeza al dejar este lugar único, pero también cosquillea la emoción de saber que, al fin, vamos a conocer esa garganta de la que tanto nos han hablado otros montañeros. No hacía mucho que habíamos conocido Les Xanes y Les Foces del Pino, y esos pequeños desfiladeros nos habían parecido una maravilla de la naturaleza. Pero una garganta de once kilómetros de longitud (bastantes más, en realidad, si se incluyen los tramos que actualmente se pueden hacer por carretera) y dos de profundidad desde las cimas era algo que excedía por completo nuestra capacidad de imaginar. Guillermo sigue siendo nuestro ángel de la guarda y no nos deja hasta que nos sitúa en la entrada segura a la canal de Trea. También nos proporciona indicaciones de lo que debemos hacer para no ir a parar al salto de la riega que se precipita en el Cares. Y allí nos despedimos, a las seis y cuarto de la mañana. Él emprende el regreso a Enol y, claro, no por el camino normal, por supuesto, sino por un itinerario singular (pasando por Vegarredonda) del que no se puede decir que sea un atajo.

La bajada desde la entrada a Trea hasta el río Cares es larga, muy larga, pero, al fin, tras varias horas, damos vista a la canal del agua y a la senda. Ya casi estamos en ella, vemos la senda a pocos metros de distancia, pero... ay, lo que no vemos es por dónde podemos cruzar la conducción de agua. Mi padre busca a derecha e izquierda algún paso a modo de puente pero no lo encuentra y, a pesar de que estábamos en pleno verano, era viernes y la senda estaba desierta: no hay nadie a quien preguntar. Pero, de pronto, escuchamos un sonido rítmico: zas, zas, zas… ¡el ruido de un hacha cortando leña! Llamamos a voces, ¡eh, eh, eh!, y entonces aparece una figura: la única persona que aquel día transitaba por aquella larga garganta... ¡se encontraba justo allí! Era Benjamín, el guarda de la Electra, que estaba trabajando en el mantenimiento del canal, y él nos indicó dónde estaba el paso. Una vez que cruzamos el canal, Benjamín nos aconsejó que, para ver más tramos de la garganta, que era lo que deseábamos, camináramos aguas abajo "hasta que veáis que empieza una cuesta". Y, mientras tanto, colocó en el burro que traía con él nuestros bultos para llevarlos a Caín: "Cuando deis la vuelta, a mí me encontrareis en la primera casa del pueblo". Recorrer en total soledad (y sin peso) aquel imponente desfiladero fue una maravilla, una experiencia imborrable.

Tras disfrutar plenamente de la belleza de la garganta, damos la vuelta y ponemos rumbo a Caín. Allí nos detenemos un rato a charlar con Benjamín y mis padres le preguntan cómo le pueden agradecer su ayuda. Él dirige entonces la mirada hacia la cámara que cuelga del cuello de mi padre (también prestada, por supuesto) y nos dice, tímidamente, que agradecería muchísimo disponer de una fotografía de sus hijos para poder enviársela a su esposa, la madre de los niños, que se ha ido a trabajar a Bélgica y hace tiempo que no los ve. Las fotografías se hicieron, a los pocos días viajaron por correo a Caín, y por fin llegaron a Bélgica. Y Benjamín, a quien siempre íbamos a saludar cada vez que volvíamos al Cares, nunca lo olvidó.

Genti, hija adolescente de Cirilo, tercera por la izquierda, nos atiende solícita en el refugio; en la foto aparece también un visitante desconocido. (Foto: Guillermo Mañana)

En la cima del Jultayu. (Foto: Guillermo Mañana)

Vista desde el Jultayu: asombro al descubrir la aldea de Caín kilómetro y medio más abajo. (Foto: Guillermo Mañana)

Desde Caín, seguimos hasta Posada de Valdeón, donde acampamos. El intenso calor de aquellos días derivó en una fuerte tormenta nocturna; a la mañana siguiente, las nubes ocultaban las montañas y la temperatura había bajado.

18 de julio. Valle de Sajambre

Salimos de Posada por un camino amplio y bien trazado que tras ascender por un hayedo de ambiente misterioso, realzado aquel día por una espesa niebla, nos condujo hasta Panderruedas. El ramal de carretera que enlaza el puerto del Pontón con Panderruedas terminaba entonces en la campera de este último puerto, al que a veces llegaban autobuses de grupos de montaña que comenzaban aquí el recorrido de la ruta del Cares. Nosotros queremos llegar a Ribota, pueblo de Sajambre en el que viven los familiares de un pariente de Mieres, pero la densa niebla hace poco apetecible buscar el camino real que desciende por ese valle. Afortunadamente, en un nuevo golpe de fortuna, llegan en ese momento varios autobuses del Grupo de Montaña Llaranes (precursor del Grupo Ensidesa) que van a regresar de vacío. Uno de sus conductores nos invita amablemente a subir al vehículo, llevándonos hasta Oseja (que conste que fue la única "trampa" que hicimos en toda la travesía) y en las afueras del pueblo comemos al aire libre. A continuación seguimos hasta Ribota, donde nos esperan los amigos residentes en Mieres que pasan allí las vacaciones con su familia de Sajambre.

Una senda del Cares silenciosa y solitaria a mediados de julio: excepto Benjamín, el guarda de la Electra, no había nadie más que nosotros en toda la garganta.

19 de julio. Puerto de Zalambral

Es domingo, amanece en Ribota un día gris, con la vertiente norte de la cordillera envuelta en densas nubes. Nosotros, después de tantos días de dormir en tienda, y sin colchonetas, habíamos tenido el privilegio de descansar en camas de verdad y ahora nos encontramos con fuerzas renovadas. Hay que reemprender la marcha, pero, antes, aquellos amables sajambrinos nos ofrecen un desayuno adecuado al esfuerzo que vamos a hacer: un desayuno

cuya primera entrada es ¡una copa de orujo! (opcional, afortunadamente), a la que sigue café negro y, a continuación, un contundente plato de tenedor. Perfecto.

Dudamos si salir o no, porque, como digo más atrás, la niebla cubre totalmente las montañas. A las once de la mañana mis padres deciden partir y toman el camino que atraviesa la cordillera por el Puerto de Zalambral. Como a una hora, o quizá algo más, desde Ribota, aparece a la derecha el solitario edificio de la Central Eléctrica de Pío en la que, en aquel tiempo, aún trabajaban a diario varios operarios. Nos invitan a entrar y nos ofrecen algunas explicaciones sobre la central que yo he olvidado totalmente, pero no así la impresión que me causó ver la huella de una mano carbonizada impresa en la parte alta de la pared, recuerdo de un fatal accidente sufrido, no mucho tiempo atrás, por uno de los empleados.

Abandonada la Central, el camino continúa internándose en un hermoso bosque que la niebla apenas nos permite apreciar. Después de dejar atrás los últimos árboles, la pendiente se suaviza y entramos en una zona de pastos ondulados y relieve indefinido, por lo que mi padre sospecha que hemos alcanzado la collada del Zalambral. Sin embargo, la niebla impide tomar referencias que indiquen en qué dirección está la otra vertiente, y en aquellas praderas, desaparecido el sendero, la desorientación es total. Es allí cuando mi padre saca la brújula y el mapa (aquel que fue copiado en papel cebolla), los coloca en el suelo, los mira con atención, y comienza a caminar. Al poco, estamos siguiendo un hilillo de agua que corre entre la hierba, más allá el hilillo se ha convertido en arroyo y, súbitamente, la niebla se rompe y da paso a un sol deslumbrante y al azul de cielo más limpio e intenso que podíamos esperar.

La marcha del día acabó en Acebedo, montando la tienda en un descampado cercano al pueblo. Mientras lo hacíamos, observamos que desde las casas se están acercando varias personas, adultos y niños, personas que nos rodean, muy calladas, y nos miran con expectación. Al fin, uno de los curiosos rompe el silencio: "¿Qué van a poner?". Habían pensado que éramos feriantes ambulantes, o quizá titiriteros, pero, aclarado que sólo queríamos pasar allí la noche y seguir caminando al día siguiente, el "público" se dispersó. Unas horas antes, cuando en las cercanías de Polvoredo habíamos pasado al lado de unas grandes fincas en las que varias personas se afanaban en la siega y recogida del heno, alguien nos llamó a voces para preguntarnos si buscábamos trabajo. Estaba claro que nos lo iban a ofrecer seriamente. Comprendo ahora que, en 1964, faltaba

Estampa en Ribota de una vida rural extinguida: un carro de bueyes transporta hierba seca desde los prados hasta el pajar.

todavía algún tiempo para que el caminar intrascendente que nosotros hacíamos les resultara comprensible a muchos de aquellos montañeses.

20 de julio. Macizo de Mampodre

Salimos temprano de Acebedo en dirección hacia el cercano y sorprendente pueblo de Maraña. Y es que, en efecto, Maraña fue una sorpresa por su tamaño, por el gran número de habitantes, por la extensión de sus prados y por la cantidad extraordinaria de vacas que allí había. Unos animales que, por cierto, pasaban el día en los pastos y al atardecer regresaban solas al pueblo, dirigiéndose cada una hacia su establo sin necesidad de nadie que las encaminara. En aquel verano de 1964 Maraña bullía de vida y de actividad, y el recuerdo de aquel ambiente animado contrasta con la triste impresión que causa hoy día ver cerradas la mayoría de las viviendas y comprobar qué pocos habitantes viven en el pueblo de manera permanente.

Pero, siguiendo con las sorpresas, otra que recibimos en la visita de 1964 fue descubrir la belleza del Macizo de Mampodre, a cuya cumbre máxima aún tuvimos tiempo de subir aquella misma tarde.

21 de julio. Puerto de Tronisco

Nos espera otro día de marcha en el que de nuevo hay que atravesar una alta collada. Vamos camino del Puerto de Tronisco, que nos dará paso al valle de Cofiñal y luego al de Isoba. El esfuerzo y ejercicio de tantos días se deja notar, las mochilas siguen siendo muy pesadas (creo recordar que, además de las mantas, la tienda y otras cosas, en ellas... ¡aún quedaban latas!) y mi madre, que carga con un buen peso, pero que, si por ella fuera, también habría llevado sobre sus hombros el de los demás, se siente desfallecer durante el ascenso al puerto. Afortunadamente, un rato de descanso y un poco de agua

Peña Ten y los Picos de Europa desde la cima del Mampodre.

Camino de Entrevados, el que une el valle de Cofiñal con Isoba.

con azúcar surten efecto y ella reanuda el camino sin más incidencias.

Una vez en el valle de Cofiñal, empezamos a remontar el curso del río Isoba por un precioso camino antiguo construido en algunos lugares sobre grandes bloques de cuarcita (ahí está todavía, lleno de encanto y de historia). Nos estamos acercando a Isoba, aldea en la que aquella noche disfrutaremos de la hospitalidad de Sally y Aladino, dos amigos montañeros de Mieres que tienen allí una casa alquilada. El viaje está a punto de acabar.

22 de julio. Puerto de San Isidro.

De la última jornada, los recuerdos más vivos que tengo son la llamativa silueta del Pico Torres (cima que subiríamos poco tiempo después), el piso rugoso de la carretera, de tierra y piedra prensada, y, sobre todo, lo largo, largo, largo que nos resultó

JOLUVi
www.joluvi.com

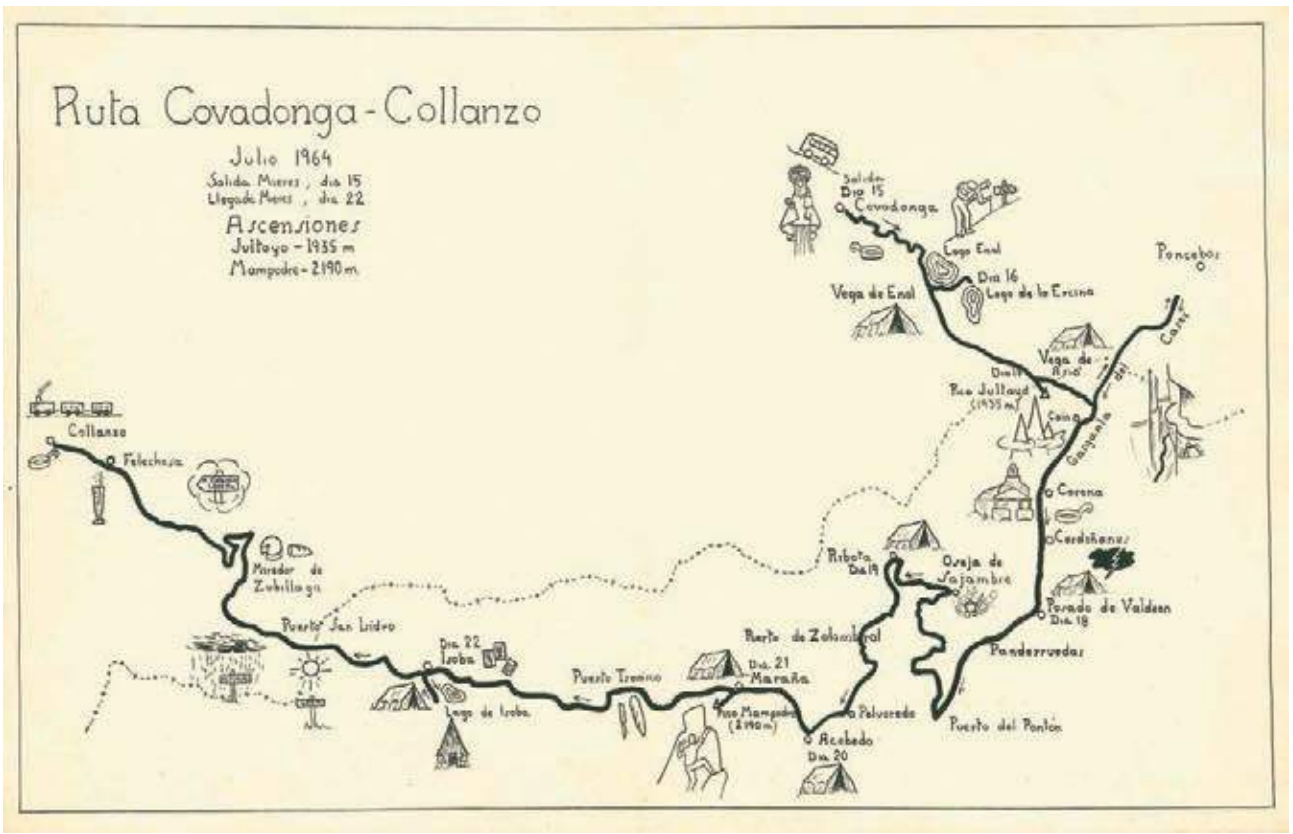
Saliendo del Puerto San Isidro hacia Collanzo: la aventura está a punto de terminar.

el trayecto hasta Collanzo, donde, finalmente, subimos al tren que nos dejó en Mieres.

Había terminado un viaje a pie en el que no hubo ninguna hazaña montañera y que, sin embargo, nosotros vivimos como una gran aventura. Creo que fuimos afortunados, porque todavía tuvimos la suerte de conocer una vida animada en las majadas, una vida dura, pero ahora totalmente extinguida, como está cerca de suceder con muchas aldeas de montaña, excepto en aquellas que, como Caín, han sido engullidas por el turismo, transformándose en otra cosa. Por todo lo que aún pudimos conocer y que ya no existe, y porque el sabor que deja una primera vez siempre es especial, aquel viaje, del que regresamos molidos de cansancio pero completamente felices, creo que puede calificarse de irrepetible.

Fotos: Colección familia Villa, excepto otra indicación.

De vuelta en casa, un esquema en modo naif resumía la "aventura" vivida.



Adiós a Tano, un maestro de la montaña

L. Fernando Collía

Se nos ha ido Tano, aunque, como bien decía su hijo Luis, para los que le conocíamos de siempre ya no existía como tal desde hacía mucho tiempo. Muchos socios y compañeros posiblemente se pregunten quién era Tano. Otros, simplemente pensarán que fue un socio de los veteranos que la vida se ha llevado como a muchos otros, y de los que solo nos quedan los recuerdos.

Pero… ¿quién fue Tano y qué aportó al mundo de la montaña en general y al grupo Grupo Vetusta en particular? Mi respuesta solo puede ser personal y subjetiva; no podría ser de otra manera. Como afortunado que fui al conocerlo, podría definirlo como un maestro, el amigo mayor y el compañero de muchas salidas tanto de montaña como de esquí, durante unos años muy importantes para mí y para muchos otros, años que marcaron nuestras vidas montañeras.

Conocí a Tano en Vetusta a finales de 1974, en aquellas proyecciones improvisadas que se ofrecían los jueves, cuando él era un joven veterano de 39 años. El conocimiento que transmitía de los Picos de Europa a través de sus diapositivas me dejaba real-

mente impresionado, ya que, por aquel entonces, yo apenas contaba con experiencia en dicha zona, por lo que pronto esa impresión se convirtió en auténtica admiración.

Realicé mi primera salida con Tano a la vuelta de mi servicio militar, un 16 de abril de 1977 (como consta en mis apuntes), a una cumbre emblemática como es el Espigüete. Allí pude comprobar en primera persona su dominio del terreno, improvisando una subida con gran pendiente por terreno calizo y nieve, sin dejar en ningún momento de guiarme y darme ánimos en los tramos donde me veía flaquear.

Él nos descubrió, a mí y a otros compañeros del Grupo Vetusta, muchas zonas de montaña y muchas cumbres, descubriéndonos rutas que, por aquel entonces, apenas eran conocidas y realizadas. Nos las detallaba con exactitud, describiendo las posibles dificultades que nos podíamos encontrar con gran precisión, sobre todo cuando se trataba de actividades y ascensiones en Picos de Europa. Su frase "os vais a encontrar uno, dos, o... pasos finos" se hizo clásica entre nosotros. Es por todo esto que caminar con él transmitía una seguridad y una confianza que no estaba al alcance de cualquiera.

Fue con él con quien dimos nuestros primeros giros sobre unas tablas de esquí e hicimos nuestras primeras travesías por la Cordillera Cantábrica, poniendo y quitando pieles. Muchas fueron las jornadas en el Puerto de San Isidro donde, además de disfrutar de una gran actividad como era el esquí, él conseguía su récord de subidas y bajadas al Pico Toneo, montando en los esquís con sus ataduras "Marker". También son bonitos los recuerdos que guardamos de las post-jornadas junto a él en el antiguo Mesón Cuevas, a la vuelta del puerto.

La actividad y conocimiento montañero que acumuló entre los años 60-80 fue impresionante. "Piquista" consumado y pionero del esquí de travesía en nuestra Cordillera, no creo exagerar si digo que fue unos de los mejores y más completos montañeros que tuvieron el Grupo Vetusta y Asturias en aquellos tiempos, alguien totalmente capacitado para haber conseguido metas alpinas mucho mayores, aunque no tuvo la oportunidad de realizarlas.

A comienzos de 1977 el Boletín (revista) del Vetusta escribía sobre él: "...nos llena de satisfacción la concesión por parte de la Federación Española de Montañismo, de la medalla de plata por historial a nuestro socio y amigo Cayetano Rodríguez Arregui, colaborador asiduo de nuestra revista y autor de interesantes y amenos artículos sobre la Cordillera Cantábrica y Picos de Europa. Fue propuesto por la F.A.M. a petición del G° Vetusta. ¡Enhorabuena Tano!".

Aquel primer día con Tano en el Espigüete.

En otro apartado del Boletín también se escribía: "...tenemos a nuestro Tano distinguido con la medalla de plata por su historial, por la Federación Española de Montañismo y creo sinceramente que la tiene bien merecida. Para él no existen distancias largas ni montes altos: desde el Gorbea en Bilbao al Miravalles en la divisoria de Lugo, no existen secretos para él. Montes altos y medianos conocen la huella de sus botas, describiéndonos en nuestro Boletín, del cual es nuestro mejor colaborador, todas las rutas, ascensiones y escaladas con el buen humor que le caracteriza. Gran compañero, siempre dispuesto a guiar y ayudar a todos en los momentos difíciles que se presentan...". Poco más se puede añadir.

Tano, un apasionado del esquí de travesía, en el Cellón.

Acercándose al Aramo, con la nieve en cotas bajas.

A finales de los años 70, Tano se encontró con la papeleta, no deseada de ninguna manera por su parte, de la presidencia del Grupo. Él consideraba que su aportación al club no estaba en los despachos ni en cosas similares. No era su puesto. Por mi lado, traté de ayudarlo en el cargo dentro de la exigua directiva que logró reunir a duras penas, pues buena parte abandonó el cargo al poco de que él asumiera la presidencia. Aún siendo un periodo de escasos medios, pocos recursos económicos y ciertas controversias en Vetusta, no faltaron el entusiasmo, las ideas y los proyectos, todo lo que, a la postre, resultó en lo personal fascinante e inolvidable para mí.

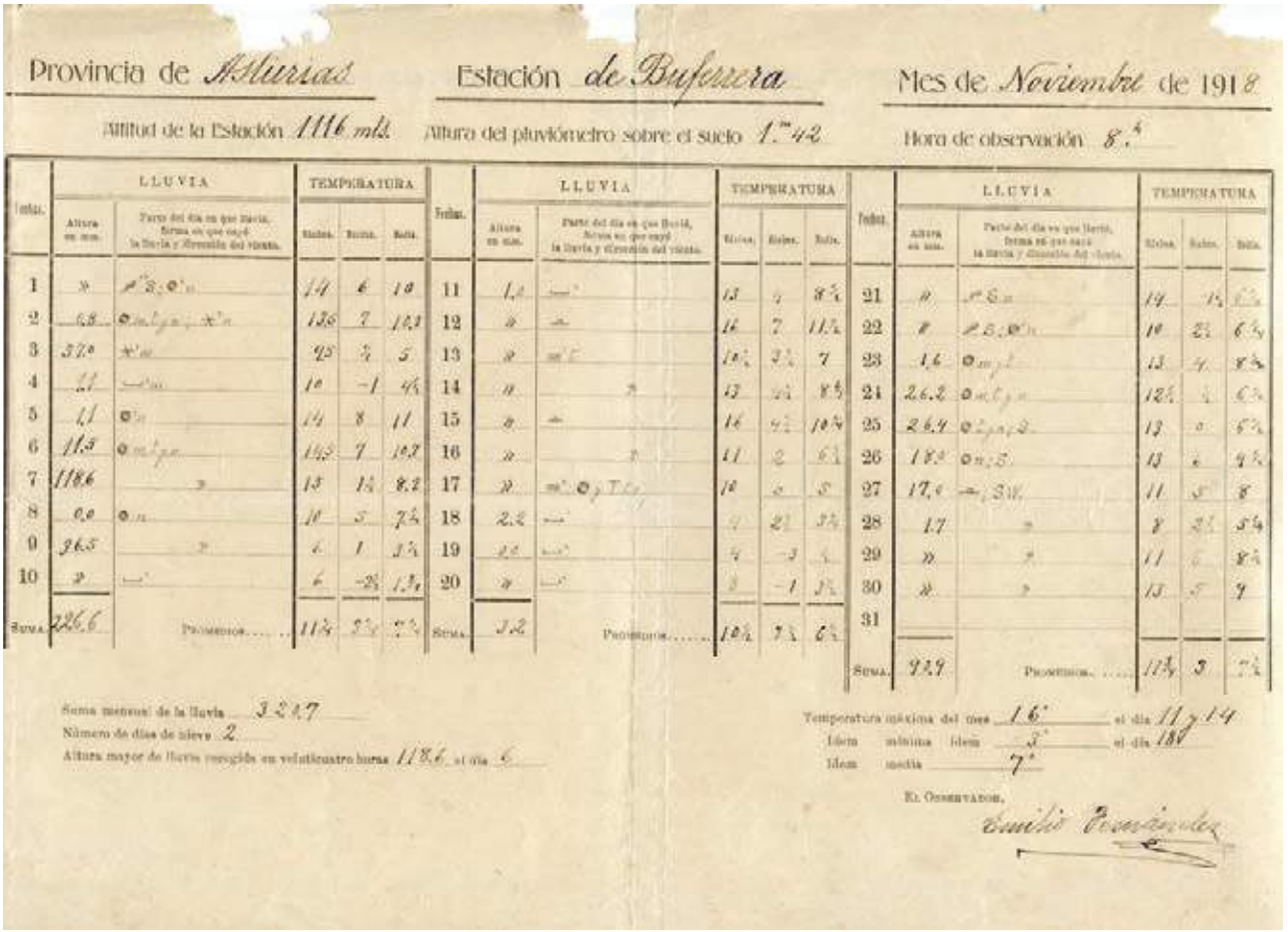
Su presencia siempre daba confianza al acompañante

A partir de esa etapa no se prodigó en las excursiones colectivas del Grupo, pero siempre tuvo a gala llevar el nombre del Vetusta en las tarjetas de cumbre que dejaba en todas las montañas que pisaba, así como en actos montañeros en los que consideraba que el Vetusta debía de estar siempre presente. Con los años y los achaques, su participación en la vida del Grupo fue decreciendo y, tal vez por eso, fuera menos reconocido por los nuevos socios que iban llegando, en relación a otros compañeros coetáneos.

A lo largo de bastantes años reclamé para él y, no me duelen prendas en decirlo, un creo que merecido homenaje por edad y trayectoria, pero, por unos motivos u otros, justificados posiblemente por quienes debían decidir en aquellos momentos, nunca le llegó.

Sirvan estas líneas para recordar y reivindicar su persona y que su figura montañera no caiga en el olvido.

Fotos: Colección F. Collía.



Provincia de Asturias — Estación de Bufarera — Mes de Noviembre de 1918

Altitud de la Estación 1116 mts. — Altura del pluviómetro sobre el suelo 1.m42 — Hora de observación 8.h

Fechas.	LLUVIA		TEMPERATURA			Fechas.	LLUVIA		TEMPERATURA			Fechas.	LLUVIA		TEMPERATURA		
	Altura en mm.	Parte del día en que llovió. Hora en que cayó la lluvia y dirección del viento.	Máxima.	Media.	Mínima.		Altura en mm.	Parte del día en que llovió. Hora en que cayó la lluvia y dirección del viento.	Máxima.	Media.	Mínima.		Altura en mm.	Parte del día en que llovió. Hora en que cayó la lluvia y dirección del viento.	Máxima.	Media.	Mínima.
1	»		14	6	10	11	1.6		13	9	8½	21	»		14	11½	9½
2	6.8		13.6	7	10.1	12	»		16	7	11.½	22	»		10	8½	6½
3	37.0		9.5	7½	5	13	»		10½	3½	7	23	1.6		13	9	8½
4	1.1		10	−1	4½	14	»		13	10½	8½	24	26.2		12½	9	6½
5	1.1		14	8	11	15	»		16	11½	10½	25	26.4		13	9	6½
6	11.5		14.3	7	10.1	16	»		11	8	6½	26	18.8		13	9	9½
7	1186	»	13	11½	8.2	17	»		10	6	5	27	17.6		11	8	8
8	0.0		10	5	7½	18	2.2		4	2½	3½	28	1.7	»	8	8½	5½
9	36.5	»	6	1	3½	19	2.2		4	−3	1	29	»	»	11	6	8½
10	»		6	−2½	1.½	20	»		3	−1	3½	30	»	»	13	8	9
												31					
Suma.	226.6	Promedios.....	11½	5½	7½	Suma.	3.2	Promedios.....	10½	7½	6½	Suma.	92.9	Promedios.....	11½	9	7½

Suma mensual de la lluvia 3.2.1.7

Número de días de nieve 2

Altura mayor de lluvia recogida en veinticuatro horas 118.6 el día 6

Temperatura máxima del mes 16° el día 11 y 14

Idem mínima idem −3° el día 18

Idem media 7°

El Observador,

Emilio Fernández

Ficha termopluviométrica correspondiente al mes de noviembre de 1918 cumplimentada por Emilio Fernández

Los primeros datos meteorológicos recogidos en los Picos de Europa

Borja Palacios Alberti

El autor, biólogo del Parque Nacional de los Picos de Europa, nos revela una interesante historia sobre la preocupación de un filántropo por mejorar la educación en su pueblo natal, el espíritu modernizador de un ingeniero, y el esfuerzo de un maestro admirable por cumplir con rigor y disciplina el encargo recibido. Todo ello con el telón de fondo de los Picos de Europa y el interés que hoy día tiene conocer el alcance del cambio que está experimentando el clima

BR
EL BALCÓN DE REDES
RESTAURANTE
CTRA. GRAL. 211 RUSECU
T. 985 60 90 14
M. 637 45 60 52
balconderedes@gmail.com

• ESPECIALIDAD CABRITU

• FRIXUELOS RELLENOS DE VENAO

• MENÚ ESPECIAL FIN DE SEMANA

CARNICERÍA
PACO

POLLERÍA · JAMONES
CARNE ASTURIANA

Mercado El Fontan · Puesto 13 · Oviedo
Teléfono.- 985 21 42 02

El Fontán. Puesto 18. T. 985 738 011

El Fondín
Cocina
de mercado

Plaza de Trascorrales, 1 · 33009 OVIEDO
TLFNOS. 646 665 597 / 619 411 274
El Fondin de Trascorrales

El registro diario de la temperatura y precipitación (lluvia y/o nieve) utilizando un termómetro y un pluviómetro parece una tarea banal y anodina, pero si esa toma de datos se realiza de una manera constante durante decenios y en multitud de localidades, se va acumulando un conocimiento del clima que nos ayudará a comprender su evolución.

Con las líneas que siguen pretendemos ensalzar la labor de nuestros tres protagonistas: un maestro de escuela, un filántropo e industrial y un ingeniero geógrafo militar. Los dos primeros asturianos, madrileño el tercero; los tres nacidos en el siglo XIX y con un punto de unión que converge en los Lagos de Covadonga, con el comienzo de la medición diaria y sistemática de la precipitación y la temperatura en una estación meteorológica que se instaló en las minas de Buferrera y que comenzó a aportar datos a partir del año 1917.

Todo nace de una documentación, celosamente custodiada en un archivo privado, que queremos compartir con nuestros lectores. Pero, primero, veamos quiénes fueron nuestros personajes y qué conexión había entre ellos.

Eduardo Llanos

Eduardo Llanos, nuestro primer personaje, nació en Corao (Cangas de Onís) donde residió los diez primeros años de su vida y los últimos diecinueve, falleciendo en 1927 con 94 años de edad.

Tras graduarse de Cálculo y Náutica en Gijón, en 1850 partió hacia América (Chile y Perú) donde estaría hasta 1898, año en el que se estableció en Londres como gerente de una compañía salitrera chilena. En 1908 volvió definitivamente a España fijando su residencia en Corao. Desde Londres, ya en 1900, creó y financió durante 8 años una nueva escuela en su pueblo que alcanzó renombre, ya que en ella se impartían clases de agricultura a los niños e incluso se tomaban datos del clima con termómetro, higrómetro y barómetro. De esta escuela fue alumno Emilio Fernández González, otro de los protagonistas de esta historia.

José Galbis

Nuestra segunda celebridad es José Galbis, que nació en Madrid en 1868 y murió en 1952. Galbis fue un ingeniero geógrafo militar que en 1913 ya ejercía como jefe del Observatorio Central Meteorológico, embrión de la actual Agencia Estatal de Meteorología (AEMET). Fue el artífice de la organización meteorológica y sismológica en España, creando, entre otros logros, la red de observación

TARJETA POSTAL

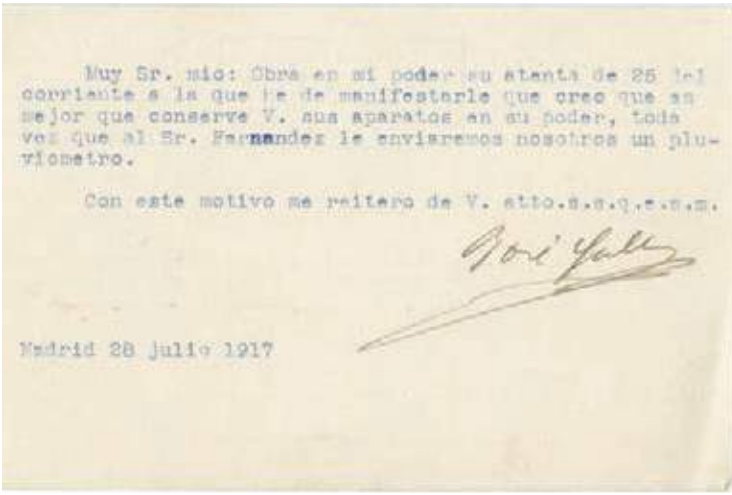
DIRECCIÓN: ADRESSE
Observatorio Central Meteorológico
(PARQUE DEL RETIRO)
Apartado núm. 285. -- Madrid.

Provincia de Oviedo

(Ayuntº de Cangas de Onís) CORREO

Señor D. Eduardo Llanos.-Maestro

Tarjeta Postal del Jefe del Observatorio Central Meteorológico (Jose Galbis) de julio de 1917 dirigida a Eduardo Llanos


Muy Sr. mio: Obra en mi poder su atenta de 25 del corriente a la que le de manifestarle que creo que es mejor que conserve V. sus aparatos en su poder, toda vez que al Sr. Fernandez le enviaremos nosotros un pluviometro.

Con este motivo me reitero de V. atto.s.s.q.e.s.m.

José Galbis

Madrid 28 julio 1917

climatológica a cargo de colaboradores voluntarios entre los que se contaba el profesorado de primera enseñanza. La disposición redactada a tal efecto se dirigía "… a todos los maestros de las escuelas públicas significándoles la conveniencia de que, todos aquellos que tengan un jardín o huerta anejos al local de su escuela en los que puedan ser instalados los pluviómetros y estén dispuestos a realizar una observación diaria según las instrucciones que al efecto les enviará el Observatorio Central Meteorológico, se dirijan por medio de oficio a esta Dirección general ofreciendo su colaboración eficaz a tan patriótico servicio que, no solo ha de ser de resultados positivos para el estudio de la climatología en general, sino que puede servir de base a los mismos maestros para extender el radio de las enseñanzas experimentales, inculcando en el espíritu de los niños el amor a la agricultura científica y al estudio de la tierra madre, que será campo de experimentación y medio de vida para la mayor parte de ellos. Madrid el 1 de julio de 1911". El propio José

Galbis escribe en el Anuario de 1916 que "más de 400 maestros acudieron a este llamamiento, y, poco menor, fue el número de ofrecimientos de personas de todas clases". Se iniciaba así en toda España la toma generalizada de datos meteorológicos.

Emilio Fernández

Emilio Fernández González, nuestro tercer héroe, nació en Corao en 1887 y llegó a ser ayudante del maestro Nava en la escuela de este pueblo, la misma que desde Londres estaba potenciando y financiando Eduardo Llanos. Este filántropo escribe en 1900 desde aquella capital a su hermano Leandro, que residía en el pueblo, diciéndole "… creo que debes ofrecer a Emilio Fernández 50 céntimos por cada día completo de clase, 25 por el medio día del sábado, de modo que saldrá alrededor de 40 reales al mes y así estará obligado a asistir, se evitará que emigre y se tendrá un auxiliar que puede llegar a ser un buen Ayudante". Emilio tenía en esta fecha 13 años y ya se le conocía como el alumno más aventajado.

Con 17 años se hizo cargo de la escuela de Onao, con 18 años pasó a la escuela de Següenco y, con 19, tras presentarse a los exámenes de Maestro, obtuvo la plaza de Narciandi. Al año siguiente, sin embargo, la dejaría para ser escribiente del propietario del palacio de Labra. Todos los pueblos citados pertenecen al concejo de Cangas de Onís.

En otra carta de Eduardo Llanos, fechada en 1910, podemos leer:"El dador de la presente será el joven Emilio Fernández y González, hijo de este pueblo y alumno y 1er ayudante de la escuela que fundé y sostuve por 8 cursos. El joven Fernández hizo su servicio militar y estuvo 2 años encargado del almacén de provisiones de la Compañía Inglesa de Minas de Buferrera, cerca de Covadonga, según certificado honroso del gerente Señor W. McKensie. Fernández se siente con ánimo para aspirar a mejor condición por un tenaz trabajo y sus inclinaciones le llevan a las letras, de modo que nadie mejor que v. podrá juzgar del rumbo que debe tomar...". El joven maestro tenía 23 años. Sabemos que al año siguiente partió para La Habana, volviendo años más tarde a su tierra natal.

La tarea

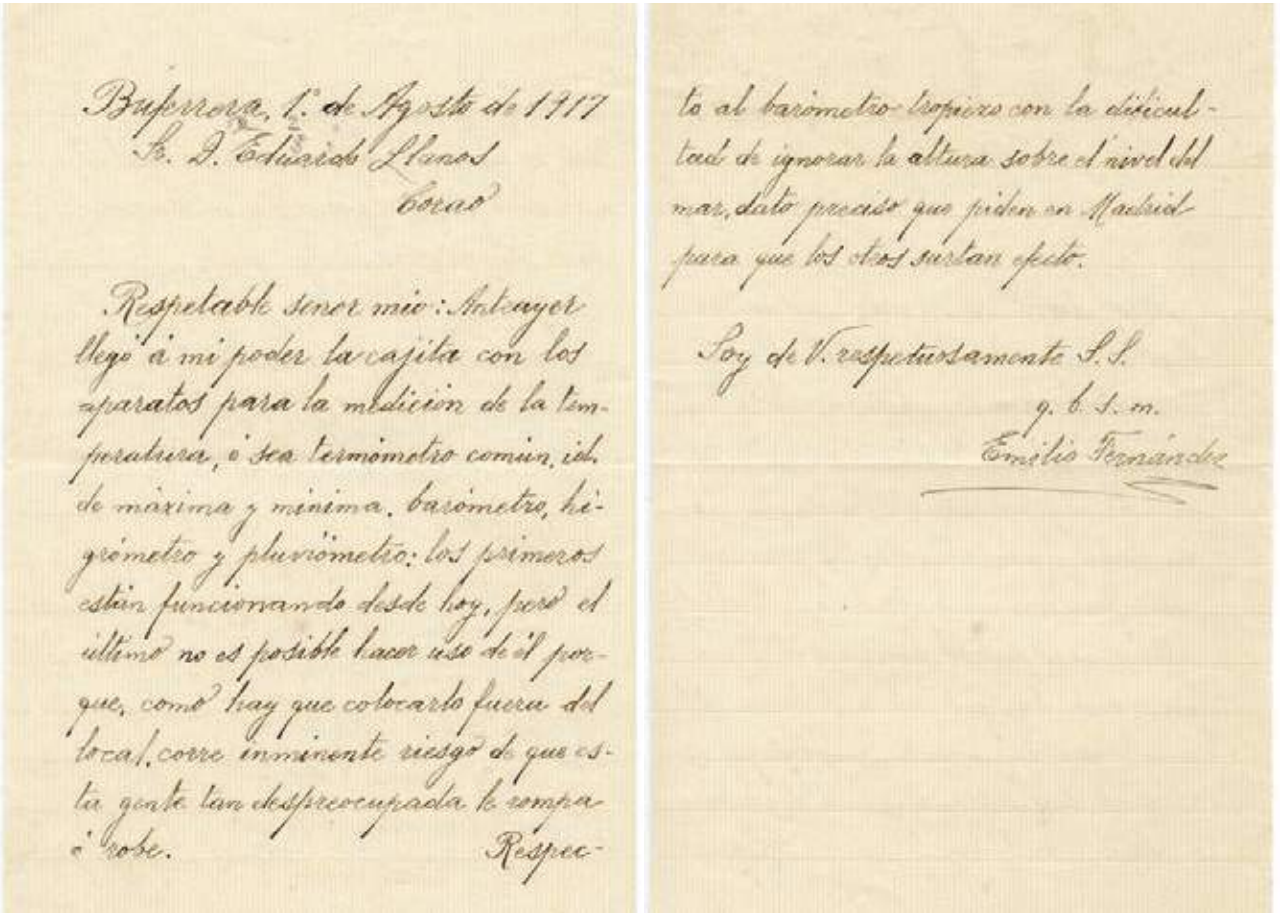
En el año 1919, en las minas de hierro de Buferrera, situadas a unos 1.100 metros sobre el nivel del mar, se había instalado una de las 24 estaciones termopluviométricas distribuidas por Asturias. En la explotación trabajaban entonces centenares de personas y era común que hubiese familias enteras viviendo al pie del tajo, razón por la que la compañía minera levantó allí un poblado minero dotado incluso de una escuela. Desde 1917, Emilio Fernández ya estaba desempeñando el cargo de Maestro en dicha escuela, a la vez que dedicaba parte de su tiempo al estudio del clima de la zona, recogiendo cada día, a las 8 de la mañana, los datos de temperatura y precipitación. Estos datos, el joven maestro los iba reflejando en las fichas suministradas desde Madrid por el entonces denominado Observatorio Central Meteorológico.

Hoy sabemos la fecha precisa en la que Emilio comenzó la toma de datos meteorológicos en la Estación Buferrera gracias a la correspondencia sostenida entre él y el jefe del Observatorio Central Meteorológico, José Galbis, y la que mantuvo con Eduardo Llanos, que ya por entonces residía en Corao: fue el 1 de agosto de 1917, tras consultar y obtener el permiso del ingeniero de la mina. Y por una postal del servicio meteorológico, firmada por José Galbis y dirigida a Eduardo Llanos, conocemos el envío del material necesario para las mediciones.

Metódicamente, Emilio Fernández hacía una copia de todos sus registros, copia que enviaba a Eduardo Llanos mientras el original era remitido a Madrid, donde pasaría a formar parte de los miles de datos provenientes de los cientos de estaciones meteorológicas que ya existían en el país. Y ha sido gracias a las copias enviadas por Emilio a Eduardo Llanos, depositadas hoy día en la colección privada de los herederos de este último, cómo nosotros hemos conocido este hecho extraordinario.

Toda información climática del pasado cobra actualmente un interés que va más allá de lo anecdótico, más aún si los datos recogidos se pueden comparar con otros que se hayan tomado posteriormente en el mismo lugar. En nuestro caso, y como botón de muestra, hemos comparado los datos recogidos en el período 1918-1920 por este singular maestro con los recogidos cien años después (2018-2020) por los guardas del Parque Nacional de los Picos de Europa en la misma estación meteorológica: Buferrera.

Los datos de este trienio en la localidad citada apuntan a que los inviernos (meses de diciembre a marzo) de hace cien años eran más fríos y más lluviosos que los actuales. Las cifras indican que la temperatura media en los inviernos ha aumentado al menos 1.7 grados en cien años, mientras que las precipitaciones invernales de lluvia y nieve del mismo período han disminuido en más de un 15%. Pero no ocurre lo mismo con las precipitaciones totales anuales, que parecen aumentar ligeramente. Sin embargo, estos datos se han obtenido a partir de muy poca muestra, por lo que hay que tomarlos



Buferrera, 1º de Agosto de 1917
Sr. D. Eduardo Llanos
Corao

Respetable señor mio: Anteayer llegó á mi poder la cajita con los aparatos para la medicion de la temperatura, ó sea termómetro comun, id. de máxima y mínima, barómetro, higrómetro y pluviómetro: los primeros están funcionando desde hoy, pero el último no es posible hacer uso de él porque, como hay que colocarlo fuera del local, corre inminente riesgo de que esta gente tan despreocupada le rompa ó robe. Respecto al barómetro tropiezo con la dificultad de ignorar la altura sobre el nivel del mar, dato preciso que piden en Madrid para que los datos surtan efecto.

Soy de V. respetuosamente S.S.
q. b. s. m.
Emilio Fernández

Carta de Emilio Fernandez a Eduardo Llanos del 1 de agosto de 1917 acusando recibo del material para las mediciones meteorológicas y exponiendo un problema

con precaución; no obstante, podrían indicar una tendencia.

En 1887 (por cierto, el año de nacimiento de Emilio Fernández), la meteorología oficial española vio la luz con la creación del Instituto Central Meteorológico. Esta institución, tras recibir diversos nombres a lo largo del siglo XX, como por ejemplo el de Instituto Nacional de Meteorología, ha acabado convirtiéndose en la de todos conocida Agencia Estatal de Meteorología (AEMET). Como dato curioso, la sede estuvo desde sus inicios, y hasta 1963, en una esquina del Parque del Retiro de Madrid, en el edificio conocido como "el Castillo", zona hoy día abierta al público.

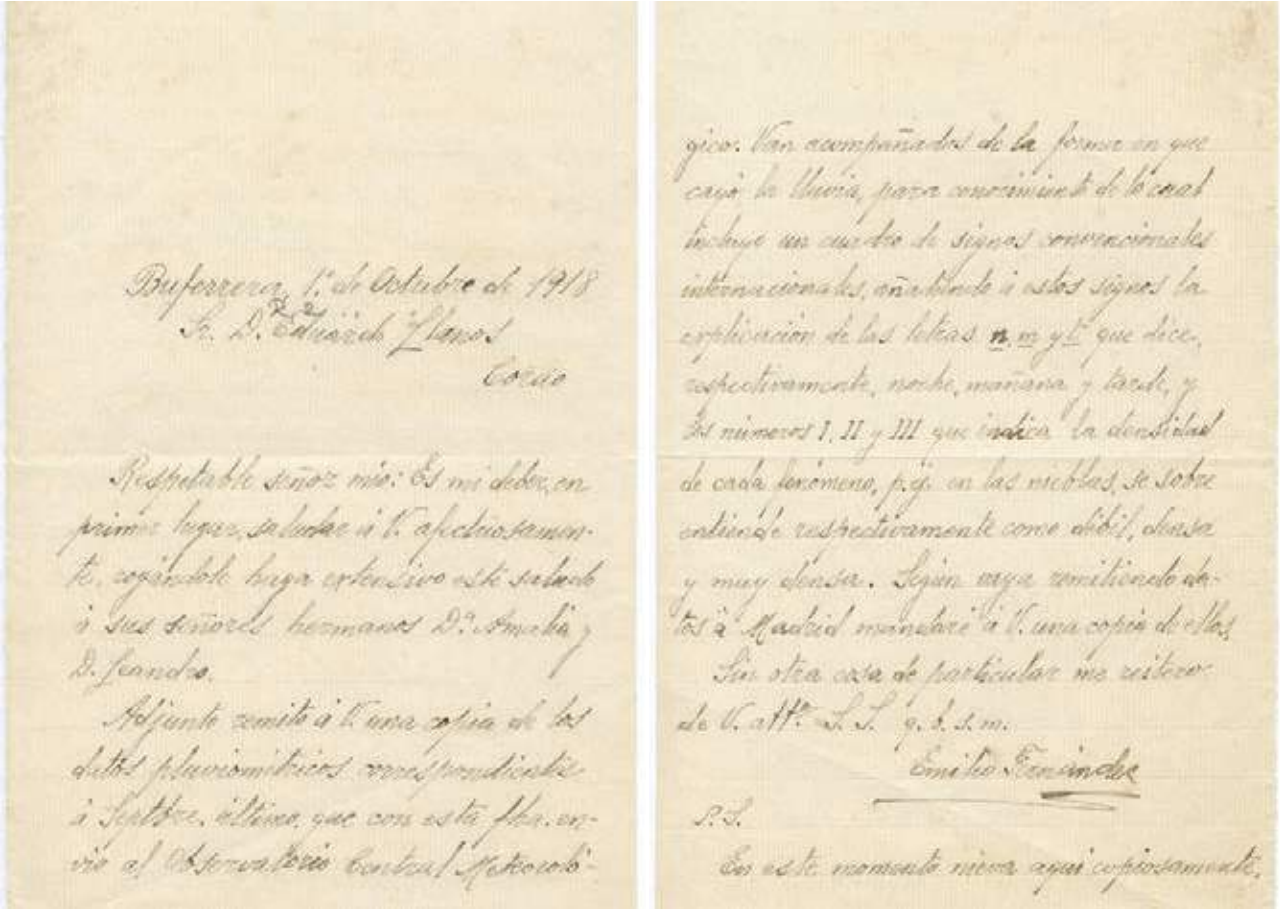
Actualmente existe una red principal de observación constituida por 96 observatorios, atendidos por personal propio, y una red secundaria de observación formada por 814 estaciones automáticas, más de 2.700 estaciones pluviométricas y 2.335 estaciones termopluviométricas, atendidas por colaboradores voluntarios. En el pasado, una buena parte de los colaboradores eran maestros nacionales, que aprovechaban los terrenos de las casas-escuela para instalar los instrumentos. Otros son o fueron empleados de empresas (centrales hidroeléctricas, depuradoras, agricultores, centrales térmicas, alojamientos de turismo rural, comunidades religiosas, explotaciones mineras) o instituciones como el Principado de Asturias, Técnicos de Señales Marítimas y Parques Nacionales.

Agradecimientos

El descubrimiento de los datos meteorológicos de hace un siglo ha sido posible gracias al archivo de la familia Noriega Arquer en Corao y a la dedicación de Carmen Meneses.

Bibliografía consultada:

Anduaga Egaña, A. (2005). José Galbis Rodríguez . Real Academia de la Historia (rah.es)



Buferrera, 1º de Octubre de 1918
Sr. D. Eduardo Llanos
Corao

Respetable señor mío: Es mi deber, en primer lugar, saludar á V. afectuosamente, rogándole haga extensivo este saludo á sus señores hermanos Dª Amalia y D. Leandro.

Adjunto remito á V. una copia de los datos pluviométricos correspondientes á Septbre. último, que con esta fha. envío al Observatorio Central Meteorológico. Van acompañados de la forma en que cayó la lluvia, para conocimiento de lo cual incluyo un cuadro de signos convencionales internacionales, añadiendo á estos signos la explicación de las letras n, m y t que dice, respectivamente, noche, mañana y tarde, y los números I, II y III que indica la densidad de cada fenómeno, p.ej. en las nieblas, se sobre entiende respectivamente como débil, densa y muy densa. Según vaya remitiendo datos á Madrid mandaré á V. una copia de ellos.

Sin otra cosa de particular me reitero de V. attº. S. S. q. b. s. m.

Emilio Fernández

P.S.

En este momento nieva aquí copiosamente.

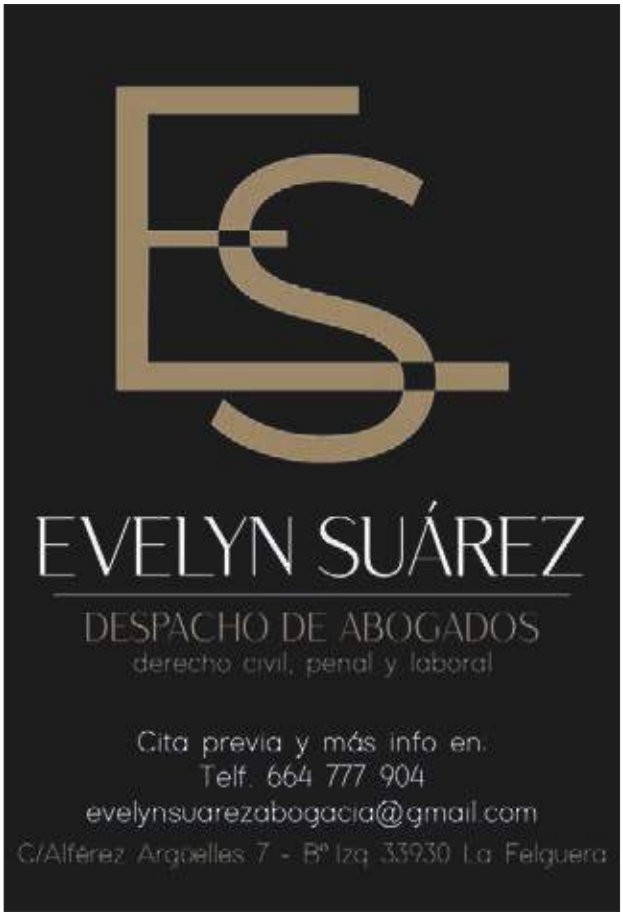
Carta de Emilio Fernandez a Eduardo Llanos de octubre de 1918 remitiendo copias de las fichas meteorológicas y un cuadro de signos para su compresión

Carreras, A. y Tafunell, X. (2005). Coordinadores. Estadísticas históricas de España siglos XIX-XX. Fundación BBVA. Segunda edición revisada y ampliada.

Galbis, J. (1916). Anuario del Observatorio Central Meteorológico. Edita la DG del Instituto Geográfico y Estadístico. Tomo I. http://hdl.handle.net/20.500.11765/8075

Meneses Fernández-Baldor, C., Feás Costilla, L., Iglesias, M., Pantín Fernández, F.J. (2021). Eduardo Llanos Álvarez de las Asturias. En: Homenaje a Eduardo Llanos por su contribución a la paz, la educación y la cultura. Corao, 12 de agosto de 2021. Edita: Ayuntamiento de Cangas de Onís. [Si el lector desea adentrarse en la vida de Eduardo Llanos, no deje de consultar este librito de 88 páginas, editado con motivo de un homenaje en Corao, su pueblo natal]

Palomares Calderón de la Barca, M. (2015). Breve historia de la AEMET, el Servicio Meteorológico Español.Edita: Agencia Estatal de Meteorología.

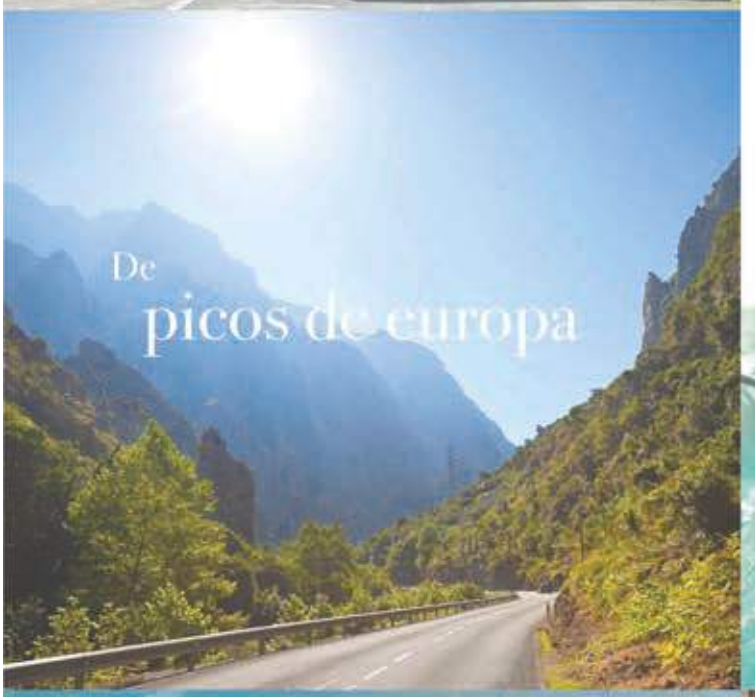

EVELYN SUÁREZ
DESPACHO DE ABOGADOS
derecho civil, penal y laboral
Cita previa y más info en.
Telf. 664 777 904
evelynsuarezabogacia@gmail.com
C/Alférez Argüelles 7 - Bº Izq 33930 La Felguera

La Hermida
HOTEL · BALNEARIO
••••

www.balneariolahermida.com
info@balneariolahermida.com
670624359

sentir

lo extraordinario



El Vetusta en la Fiesta de los Pastores de Onís

Encuentro del Vetusta con la familia de Cirilo Sánchez. De izquierda a derecha, Eloína y Genti (hijas de Cirilo), Tita González (Vetusta), Toño (hijo de Cirilo), Juan Bulnes (yerno), Mary González (Vetusta), Carmen y Ángel (hijos de Cirilo) y Felipe Mota (Vetusta). (Foto: Melchy Valencia)

Documentos conservados en los archivos del GMV y recuerdos que nos han transmitido algunos socios antiguos desvelan las estrechas relaciones que el Vetusta mantuvo con los pastores del Macizo del Cornión, tanto con los de los puertos de Cangas, como fue el caso de los Remis de Vegarredonda, como con los de Onís. Es lo que nos dice, por ejemplo, nuestra compañera Cristina Riol Alonso, recordando lo que contaba su abuelo Francisco Alonso, el que fuera primer presidente del Grupo, refiriéndose a tiempos próximos e incluso anteriores a la fundación del Vetusta.

En los años 50, a instancias de socios del Vetusta, comenzó a construirse en la Vega de Ario un refugio financiado por la Diputación de Asturias. Varios pastores de las majadas de la zona participaron en las obras y este hecho favoreció que se estrechasen los lazos entre los miembros de nuestro club y los pastores, y en especial con los de Onís. Concluido el albergue, Cirilo Sánchez, pastor en Ario durante 33 años, fue nombrado guarda del refugio, puesto que ocupó desde la inauguración del mismo hasta finales de la década de los 70.

Con el tiempo, otras actividades del Vetusta también contribuyeron a fomentar la amistad con las gentes de toda la montaña asturiana. Ciñéndonos a Onís, cabe recordar que SSMM los Reyes Magos, guiados por el GM Vetusta y cargados de regalos, llegaron en dos ocasiones a pueblos de este concejo cuando estos aún no contaban con una carretera que facilitara el acceso. En 1963, los destinatarios de aquella "caravana de la ilusión", como la bautizaron los propios montañeros, fueron los niños de los dos Gamonedos, de Cangas y de Onís, mientras que en1971 lo fueron los de Demués, Bobia de Abajo y Bobia de Arriba. Pero los niños no fueron los únicos receptores de regalos, ya que Sus Majestades nunca dejaron de sorprender con obsequios a las personas de más edad, algunas de las cuales enviaron posteriormente al Vetusta enternecedoras

cartas de agradecimiento que aún se conservan en nuestro archivo.

A partir de 1975, las caravanas de Reyes fueron sustituidas por las llamadas Convivencias, jornadas de fiesta y reunión con los pastores y demás vecinos, quienes, a menudo, se habían convertido en amigos personales de los montañeros. Este fue el caso de muchos de los pastores de Onís, en cuyo concejo se celebraron tres de estas jornadas: una conjunta con los vecinos de los dos Gamonedos (1975), otra en Demués (1981 o 1982) y una tercera en Sirviella (1985).

Esta larga historia de contactos y amistad no ha sido olvidada por los descendientes de aquellos pastores, tanto es así que los vecinos de Onís han querido materializar ahora ese recuerdo invitando al Grupo de Montañeros Vetusta a compartir con ellos su II Fiesta Homenaje a los pastores de este concejo, prevista en principio para 2020 y celebrada, finalmente, el 4 de junio del presente año en la majada de Soñín de Arriba. Dos socios del Vetusta, Felipe Mota y Tita González, que comparten el haber sido en distintos momentos presidentes del Vetusta, fueron invitados a pronunciar sendos pregones de la fiesta, pregones que reproducimos a continuación. Ambos compañeros han recibido simbólicamente el reconocimiento de los pastores de Onís al Vetusta, si bien, en el caso de Tita, el acto trascendió lo puramente simbólico, ya que tanto ella como su hermana Mary, también presente, pertenecen a la generación que vivió en primera persona largos años de amistad y tiempo compartido con los pastores. Ahora, en esta fiesta, Tita y Mary han podido abrazar de nuevo a algunos de aquellos amigos de las majadas y a muchos de sus hijos y nietos. Las imágenes que acompañan esta crónica hablan por sí solas de la emoción del reencuentro.

A pesar de la niebla y el frío de las primeras horas de aquel día, un nutrido grupo de vetustos ascendió las empinadas cuestas de los puertos de Onís para poder participar en tan memorable celebración. La fiesta culminó con una comida en la citada majada de Soñín.

Tita saluda a Lilo y a Claudia, hijo y nieta, respectivamente, de Cirilo. Lilo fue vencedor en numerosas ocasiones de la subida a la Porra de Enol, la carrera tradicional de cada 25 de julio. (Foto: Elisa Villa)

Arriba: Carmen Sánchez y Mari González
Abajo: Tita se funde en un abrazo con Manolo, hijo de Aurelio, el pastor de Arnaedo cuya bondad y buen juicio recuerdan todos quienes le conocieron. (Fotos: Ana Margarita González)

Un momento de la fiesta de Soñín; en primer plano dos hijas de Cirilo Sánchez y varias andarinas de nuestro grupo; detrás, más vetustos y numerosos pastores y vecinos de Onís. (Foto: Archivo GM Vetusta)

Pregones de la II Fiesta Homenaje Pastores de Onís

Majada de Soñín de Arriba, 4 de junio de 2022

¡Buen día a todos!

Estoy feliz de encontrarme aquí, al pie de estos puertos inmensos, en los que quiero empezar recordando que pastores y montañeros compartimos algo muy importante.

Los primeros estáis en la montaña porque vuestros antepasados, y ahora vosotros mismos, habéis convertido un medio de vida en algo más profundo, en una manera de vivir, y en ese proceso habéis establecido con el entorno que os rodea unos lazos indestructibles. Sentís que sois parte de la montaña y queréis que esos lazos no se rompan, queréis que sea siempre así.

Los montañeros llegamos a la montaña impulsados por la contemplación del paisaje, por el afán de aventura, o por ambas cosas a la vez, pero pronto nos damos cuenta de que las horas vividas en la montaña producen en nosotros vivencias tan profundas, que se vuelven adictivas; por eso deseamos volver a tener esas sensaciones y regresamos una y otra vez.

De modo que, partiendo de distintos intereses, unos y otros hemos convergido en un mismo sentimiento: el amor a la montaña. Por eso, a lo largo del tiempo, pastores y montañeros nos hemos entendido bien. Yo he escuchado contar a los socios más veteranos de nuestro grupo Vetusta cuán gratas fueron las horas vividas en las majadas en compañía de los pastores y sus familias, recorriendo con ellos los sedos y las cumbres, forjando a veces unos vínculos de amistad tan fuertes como si de la propia familia se tratara. Esto ha ocurrido en el pasado, y ha ocurrido sobre todo con los pastores de Onís, quizá debido a que fue en una majada de este concejo, en Ario, donde socios del Vetusta impulsaron, construyeron y se responsabilizaron durante años de un refugio cuya guarda se encomendó a un pastor de Onís, al muy recordado Cirilo Sánchez. Los vetustos frecuentaron la amistad de Cirilo y su familia y de otros muchos hombres y mujeres de estos pueblos y estas peñas, vivieron con ellos tardes de risas y meriendas compartidas en las majadas y, en dos ocasiones memorables, sirvieron de guías a un Rey Mago que, cargado de regalos y cuando aún no había carretera, un 6 de enero llegó hasta los dos Gamonedos y, en otro más, lo hizo a Demués y Las Bobias. Cuando los Reyes dejaron de necesitar ayuda, el Vetusta y los pastores siguieron reuniéndose en otras jornadas de gran recuerdo en las que, entre buena comida, gaitas y canciones, se celebraba la alegría de estar juntos. Me refiero a las llamadas Convivencias, de las que en Onís se organizaron tres: Gamonedo, Demués y Sirviella.

Todo eso ocurría en tiempos en los que había muchos más pastores en las majadas y muchos menos visitantes en los Picos; por tanto, eran tiempos en los que era más fácil que unos y otros se terminaran conociendo y apreciando. Para el montañero, era una alegría divisar en el camino la figura de un pastor, del que sabía que siempre iba a obtener valiosa información y sabios conocimientos, expresados a veces con humor y una cierta retranca.

Hoy día, esos encuentros son menos probables: las majadas altas y lejanas han quedado sumidas en el silencio y la soledad, y la vida, tal como se entendía antaño, una vida muy dura, ha desaparecido de ellas. Afortunadamente, unos pocos resistís en Bobia, en Belbín, en Vega Maor y en Ostón, continuando la tradición de vuestros ancestros y manteniendo el equilibrio de vuestros ganados con el entorno. Los montañeros nos alegramos profundamente de vuestra presencia y de vuestro tesón y esperamos que no perdáis el entusiasmo. Pero también esperamos que las administraciones os ayuden a vencer los muchos problemas que sabemos encontráis. Sois luchadores, amáis este modo vida y estas montañas, y tenéis que seguir aquí.

Finalmente, quiero deciros que desde el Grupo de Montañeros Vetusta agradecemos emocionados que hoy hayáis retomado esos lazos antiguos con nuestro grupo y hayáis tenido la gentileza de traernos de nuevo a Onís para compartir, una vez más, una fiesta con vosotros.

Felipe Mota

Gracias, Felipe, buenos días a todos.

Señor Alcalde, Asociación de Pastores de Onís, socios del Vetusta

¡Feliz Fiesta del Pastor!

Quiero dirigirme de forma muy especial a vosotros, mis queridos amigos los pastores de Onís, los verdaderos protagonistas de esta emblemática jornada. Mis palabras son, como no puede ser de otra manera, de afecto. Pero sobre todo de agradecimiento. Agradecimiento sincero, que me han concedido hoy el gran

honor de transmitiros en nombre de toda la comunidad de montañeros, a la que venís acogiendo con la misma calidez y con la misma generosidad en las majadas esplendorosas de los puertos de Onís, en los Picos de Europa, generación tras generación.

Mi relación con el macizo del Cornión es profunda, estrecha, antigua. Tanto que tengo que buscar sus orígenes muchos años atrás, cuando me inicié en las lecturas de nuestro respetado Ramón Lueje. Sin embargo, el vínculo que me une con las familias de la zona se establece a través de mi verdadero maestro en la montaña, mi cuñado Valentín Llorián, que sentía veneración por todos vosotros. De él aprendí muchas cosas. Pero su principal legado, el que conservo con más querencia, es el que me enseñó a vivir el montañismo no solo a través de la fusión con la naturaleza, sino también por medio de las relaciones humanas y del interés y el respeto por vuestras costumbres.

Ninguno de nosotros olvida que, precisamente gracias a vuestra cultura, a vuestra extraordinaria y paciente labor conservadora, podemos disfrutar nosotros de la belleza de estos parajes cuando recorremos las sendas, cuando subimos por las canales o cuando desafiamos las cumbres. ¡Vaya por ello, una vez más, nuestro agradecimiento!

Porque el Parque está marcado por vuestro buen hacer. Y, por eso, celebramos a menudo que los incontables manantiales que brotan aquí, a veces del suelo y a veces de las rocas, se nos brinden a nosotros en forma de milagrosas y oportunas fuentes gracias a vuestra secular pericia, que sabe convertirlos en un "cañaveru", hábilmente montado con una teja o con un trozo de madera. Y por eso encomiamos que custodiéis los bosques de hayas que se abren paso entre los bosques de las calizas. Sabemos que sin vosotros no estarían ahí los fresnos de las majadas, tampoco los tejos. A vuestra presencia, a vuestro desempeño constante y paciente, debemos las praderas y los musgos que hacen estos parajes tan únicos y característicos. Gracias también por ello.

Por encima de todo, gracias por protegernos, por hacernos sentir seguros cuando las nieblas se interponían y velaban nuestros caminos. La esperanza de que algún pastor nos saliera al paso para guiarnos nos mantenía siempre confiados y serenos.

Habéis sido tantas veces nuestro GPS, nuestra compañía entrañable, nuestras alegrías, que nuestro agradecimiento es infinito...

Las cosas han cambiado también para el montañismo. Ahora se corre y no se camina. Ahora se graba y no se contempla. Ahora se compite y no se comparte. Pero vosotros seguís ahí y, por eso, este paraje permanece y permanecerá inalterable mientras permanezcáis vosotros y vuestras ancestrales formas de vida.

GRACIAS, por siempre, GRACIAS

¡Os quiero!

Tita González

Distintos momentos de la fiesta.

a) Manolo, hijo de Aurelio, pastor de Arnaedo, y su esposa Pili entregan un obsequio a Tita.

b) Gerardo Alonso, de Gamonedo, uno de los niños que el 6 de enero de 1963 recibió los Reyes del Vetusta, entrega a Felipe algunos regalos; junto a él, el alcalde de Onís.

c) Felipe entrega el álbum que recuerda la historia compartida de los pastores y el Vetusta. En el centro un sobrino de Tomás Rojo, el pastor que en 1975 subió "al llombu" la tabla de orientación del Jito de Ario

d) Aurelio, nieto de Aurelio el de Arnaedo y organizador de esta fiesta, arropando afectuosamente a Tita cuando esta se dispone a leer su pregón

Fotos: Ana Margarita González.

Tu punto de partida
MONTAÑA
ESCALADA
SKI DE TRAVESIA
ESPELEO
CAVANA
c/ Marqués de Pidal, 22 • 33004 OVIEDO
Telf. 985 25 58 34

Tarrazo
Fisioterapia
Laura Tarrazo Tarrazo
649205456
Av. Cristo de las Cadenas 53
Oviedo - 33006
www.tarrazofisioterapia.com

Cafetería
EL MORISCAL
pepemoriscal@gmail.com
Pepe Moriscal
El moriscal
987 488 746
678 970 838
24143 HUERGAS DE BABIA (León)

BAR
CASA
JULIO
Plaza del Sol, 4
33009 · Oviedo
Telf. 985 205 371
Móvil 620 274 300

Red de Senderos ‘ONÍS A TUS PIES’

Una nueva forma de conocer los Picos de Europa lejos de masificaciones

Onís es un pequeño municipio de montaña, situado en el corazón de la Comarca de los Picos de Europa, que tradicionalmente ha vivido de la ganadería y de la elaboración de queso artesanal. Aunque un tercio de su superficie se encuentra dentro del Parque Nacional, Onís se ha mantenido al margen de los flujos descontrolados y los fenómenos de masificación que se han venido produciendo en los concejos vecinos de Cabrales y Cangas de Onís.

El objetivo del **Plan de Sostenibilidad Turístico ‘Onís Ecoturismo en Picos de Europa’** que se viene desarrollando en el concejo desde 2021, es el de articular una propuesta turística diferenciadora mediante la creación de productos ecoturísticos basados en el legado etnográfico y cultural del territorio, el fomento de la movilidad sostenible y la economía circular.

Una de las líneas de trabajo ha sido la creación de la **red rutas de senderismo ‘Onís a tus pies’**, integrada por 12 recorridos con distintas distancias, desniveles y grados de dificultad que permiten acceder a enclaves de gran calidad paisajística e interés cultural. De esta forma, además de haber recuperado sendas y caminos ganaderos tradicionalmente utilizados por sus vecinos, se ha configurado un producto senderista variado con propuestas dirigidas a distintos públicos: familias con niños, senderistas inexpertos y montañeros más experimentados.

Tras los correspondientes trabajos de desbroce y acondicionamiento, cada ruta se ha dotado de un panel informativo y señalética específica. No obstante, toda la información de los recorridos (descripción, datos básicos, marcas de seguimiento, recomendaciones y fotografías), así como los tracks en formato digital, pueden ser descargados en la página web del portal Onís Ecoturismo y a través de códigos QR.

Entre las propuestas más interesantes para familias está la Ruta Quesera de Benia, la Senda Fluvial del Río Güeña o la ruta de los Molinos del Río Tabardín. Los montañeros más experimentados pueden optar por itinerarios más exigentes que se adentran en los puertos altos donde se encuentran las majadas más emblemáticas del concejo: Soñín, Belbín, Arnaedo, Vega Maor, Camplengo o Vega Espines. Y ¡por supuesto!, no podían faltar los picos clásicos: Pandescura o Ibeu.

¡Ven hasta Onís y adéntrate en los rincones más desconocidos y auténticos de este territorio ganadero y quesero por excelencia!

Plan de Sostenibilidad Turística de Onís ‘Ecoturismo en Picos de Europa’
Financian:

AYUNTAMIENTO DE ONIS
PRINCIPADO DE ASTURIAS
GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS
GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE INDUSTRIA, COMERCIO Y TURISMO
SECRETARÍA DE ESTADO DE TURISMO

Aventuras desde el sofá

Selección y comentarios: Alberto C. Boza

LA ASCENSIÓN AL
MONT VENTOUX

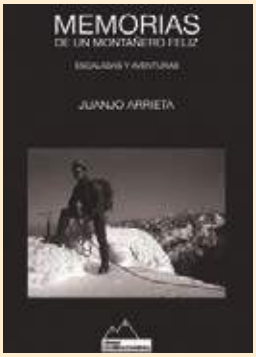
Autor: Francesco Petrarca
Traducción: Íñigo Ruiz Arzalluz
Editorial: La Línea del Horizonte Ediciones
ISBN: 978-84-17594-15-2
PVP: 12,50 €
Páginas: 88
Año de edición: 2019

La ascensión al Mont Ventoux, realizada por el poeta Petrarca en compañía de su hermano Gherardo en el siglo XIV, está considerada como un hito en la historia del montañismo. En esta reciente publicación, traducida por un especialista en la obra latina de Petrarca y prologada por Eduardo Martínez de Pisón, la narración de la ascensión de este humanista se presenta como un relato más que apasionante.

TRAS LA HUELLA DE NIVES

Autor: Erri De Luca
Traducción: Carlos Gumpert
Editorial: Ediciones Siruela
ISBN: 978-84-9841-031-0
PVP: 14,90 €
Páginas: 136
Año de edición: 2006

Este libro destila en cada una de sus páginas amor por la montaña y la escalada. También, códigos que parecen de otra época: la satisfacción por la renuncia, la espera por la palabra dada, la importancia del otro en la cordada, la humildad… Tras la huella de Nives es un diálogo entre Nives Meroi y el autor cuando la italiana estaba en la mitad de su carrera por conseguir los 14 ochomiles. El libro aún se puede encontrar en librerías especializadas.



MEMORIAS
DE UN MONTAÑERO FELIZ.
ESCALADAS Y AVENTURAS

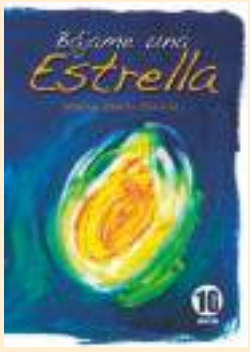
Autor: Juanjo Arrieta
Editorial: Ediciones Cordillera Cantábrica
ISBN: 978-84-9829-347-0
PVP: 25 €
Páginas: 216
Año de edición: 2022

El libro recoge el recorrido geográfico, deportivo, histórico y humano de una persona que ha sido clave en el desarrollo del alpinismo moderno en Asturias. El autor no solo nos relata sus numerosas escaladas y aperturas en el macizo de Ubiña y en los Picos de Europa, algunas de ellas convertidas hoy en grandes clásicas, sino que también nos transporta a otros territorios como los Alpes, los Andes y el Himalaya para escalar grandes montañas y, en un giro sorprendente, nos interna en la bruma y el misterio de la selva Centroamericana, lugar en el que convivió con la población nativa durante años. Un libro fundamental para entender la evolución del alpinismo en Asturias y para comprender cuáles fueron las motivaciones que impulsaron a toda una generación de montañeros y escaladores de los años 60, 70 y 80 del siglo XX: la exploración, la amistad y la búsqueda de la LIBERTAD.

LA MONTAÑA VIVA

Autora: Nan Shepherd
Traducción: Silvia Moreno Parrado
Editorial: Errata Naturae
ISBN: 978-84-1654-496-7
PVP: 19,50 €
Páginas: 192
Año de edición: 2019

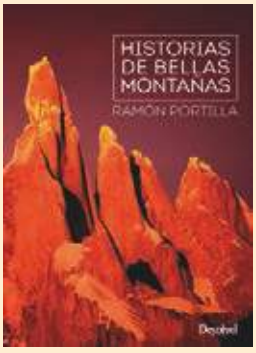
Nan Shepherd, escritora de culto en Escocia, ocultó este libro durante casi medio siglo. Hoy en día, La Montaña Viva está traducida a numerosas lenguas y es considerada obra de referencia en lo que se conoce como nature writing. En el libro, la autora nos describe la esencia de un paisaje, cómo interaccionan su mente y la montaña, y cómo adentrarse en la montaña sin objetivos, sólo por el mero hecho de estar ahí. Robert Macfarlane, uno de los grandes autores de este género literario y prologuista de esta obra, reconoce que este libro, simplemente, le cambió.



BÁJAME UNA ESTRELLA

Autora: Miriam García Pascual
Editorial: Ediciones Desnivel
ISBN: 978-84-87746-02-4
PVP: 12,50 €
Páginas: 65
Año de edición: 2020,
10ª edición.

La publicación de este libro, en 1991, supuso el primer título de Ediciones Desnivel. La autora nos relata, como un cuaderno de bitácora, sus experiencias vitales durante un viaje de escalada por América. Siete meses del año1988 en los que recorre, acompañada de Risi, desde las verticales y soleadas placas graníticas de Yosemite hasta los "hongos" helados de Patagonia. Un libro en el que la sensibilidad y el amor de su autora por los espacios abiertos y verticales nos hace soñar y… "viajar con la ilusión de llegar a ser pájaro y volar cada vez más alto".



HISTORIAS DE BELLAS MONTAÑA

Autor: Ramón Portilla
Editorial: Desnivel
ISBN: 978-84-12445-81-7
PVP: 25 €
Páginas: 216
Año de edición: 2016

Pocas personas tienen el recorrido vital de Ramón Portilla. En Historias de Bellas Montañas, el autor nos cuenta algunas experiencias mientras asciende a las montañas más bellas del planeta. Pero este libro no sólo es un texto descriptivo de sus viajes, aventuras y escaladas, pues Ramón, gracias a otra de sus pasiones -los libros y la lectura- nos sorprende con un relato amenizado con sus fuentes de inspiración. Así, en sus páginas, además de conducirnos hasta montañas, nos lleva a otros libros.

EN EL SILENCIO

Autor: Wade Davis
Traducción: Nuria Molines Galarza
Editorial: Pre-Textos
ISBN: 978-84-16906-40-6
PVP: 45 €
Páginas: 1144
Año de edición: 2017

En el Silencio recrea la historia de los aventureros británicos que, tras sobrevivir a la barbaridad de la I Guerra Mundial, buscaron nuevos horizontes para honrar y dar esperanza a toda una generación perdida -en particular de alpinistas y exploradores- como un símbolo de esperanza nacional.

Con este libro, Wade Davis hace que el resto de las publicaciones sobre expediciones al Everest en los años veinte del pasado siglo sea poco más que un resumen. Su análisis del contexto social y cultural de aquellos años, las motivaciones de los protagonistas y el relato de los viajes, así como su organización, están en un plano superior.

Llamadas **ilimitadas** 20GB
9'90 €/mes
Con IVA y **para siempre**

Trabajamos con **triple cobertura** para que dispongas de la máxima calidad en el monte: **Yoigo, Orange y Movistar**

conecta
Fibra y móvil ¡de aquí!
984 099 799 - www .conecta-t.es

Cafetería
RIAN

c/ Gijón, 38. Mieres
656 57 74 68
Abierto desde las 6

Alquiler de autocares y microbuses
Agencia de viajes
Estancias y circuitos
Especialistas en Grupos
Receptivo en Asturias
Guías turísticos
Organización de eventos

curin
SERVICIOS INTEGRALES DE TURISMO

Nuevas Oficinas 985 274 849 C/ General Elorza 56 - 33001 Oviedo curin.es oviedo@curin.es

2021
Imágenes del segundo año de pandemia

Excursiones colectivas. *De enero a mayo no se realizaron. Llegado el mes de junio, consideramos que podríamos iniciar ya la realización de unas primeras colectivas, guiadas por miembros de la junta directiva, y sin utilizar autobús: realizaríamos el traslado en coches particulares, en pequeños grupos "burbuja", y utilizando mascarillas dentro de los coches. Logramos así materializar el día 27 un tímido inicio que, aunque contó solamente con 6 participantes desplazados en dos coches, dio pie a que se realizaran seguidamente, ya en julio, otras tres excursiones en las que participó un número decididamente creciente de compañeros. A la vista de este ilusionante comienzo, se elaboró un programa de 15 colectivas para el tercer cuatrimestre que se desarrolló con normalidad desde el primer domingo de septiembre hasta el 19 de diciembre. A todas ellas corresponden las siguientes imágenes:*

2021 **PROGRAMA ANUAL DE EXCURSIONES COLECTIVAS 2021**

			G.M. VETUSTA			Comienzo excursión			Final excursión			Salida Oviedo		
Día	Mes	Cumbre	Altitud	Tipo	Duración	Localidad	Altitud	Desnivel	Localidad	Altitud	Desnivel	Tenderir	Campillí	P. A.
27	Junio	Pico Espinapata	1009	C	6	Belmonte de Miranda	199	810	Belmonte de Miranda	199	810	----	----	----
4	Julio	Pico La Laguna	1962	C	8	La Paraya (Aller)	766	1196	La Paraya (Aller)	766	1196	----	----	----
11	Julio	En torno a Los Tornos	1558	C	7	Orlé	670	888	Orlé	670	888	----	----	----
18	Julio	Bodón	1957	C	5	Llamazares (León)	1257	700	Llamazares (León)	1257	700	----	----	----
5	Septiembre	Ferrata Flores y lagunas del Valle de Arbas	1545	C	3	Cubillas de Arbas	1311	234	Cubillas de Arbas	1311	234	7:40	7:50	8:00
		Pico Pedroso	1919	T	6,5	Geras de Gordón	1160	759	Cubillas de Arbas	1311	608			
12	Septiembre	Peña Ubiña por el Prau Capón	2417	T	8	Tuiza de Arriba	1230	1187	Torrebarrio	451	1966	7:40	7:50	8:00
19	Septiembre	Cabeza Pandescura	1004	T	5,5	Ortiguero	430	574	Alto de Demués	451	553	8:20	8:10	8:00
26	Septiembre	Tiatordos	1951	I/V	8	Pendones	750	1201	Pendones	750	1201	7:40	7:50	8:00
3	Octubre	Pico Vízcares	1421	C	7	Riofabar	307	1114	Riofabar	307	1114	8:20	8:10	8:00
10	Octubre	Campu Faya, Sobre el Tambarón y Peñón Ameno	2005	C	5,5	Puerto Ventana	1586	419	Puerto Ventana	612	419	7:40	7:50	8:00
17	Octubre	Picos Las Morteras	2024	T	6	La Cueta	1450	574	Valle Lago	1200	574	7:40	7:50	8:00
24	Octubre	La Carasca	1744	T	7	Orlé	670	1074	Bezanes	658	1074	7:40	7:50	8:00
31	Octubre	Cuetu Mar	1194	T	5,5	Aciera	427	767	Proaza	200	767	7:40	7:50	8:00
7	Noviembre	Cueto La Siete	1649	T	6	Cortes	900	749	Ricabo	670	749	8:40	8:50	9:00
14	Noviembre	Caminando el bosque de Valgrande	1097	T	7	Pajares	1003	94	El Ruchu	1078	94	8:40	8:50	9:00
21	Noviembre	Pico Cueto	1551	T	6,5	Llanos	636	915	El Pino	628	915	8:40	8:50	9:00
28	Noviembre	La Mostayal	1301	T	5	Peñerudes	537	764	Cruz de Viescas	606	764	8:40	8:50	9:00
12	Diciembre	Integral Monsacro	1057	C	5	La Collada	667	390	La Collada	667	390	8:40	8:50	9:00
19	Diciembre	Belén G.M. Vetusta				Excursión y lugar a determinar				----	----	----	----	----

Cambio de hora T= Travesía; N= Normal; TI = Travesía invernal I= Invernal; C= Circuito; CI= Circuito Invernal; I/V= Ida y vuelta;

27 de junio. Primera y minoritaria colectiva, conducida por Eduardo, realizando un bonito circuito desde Belmonte pasando por Ondes, Dolia, Covasil… y sin hacer el pico Espinapata debido a la espesa y persistente niebla que lo envolvía.

TUÑON
Los Picos

Calle San Pelayo, 31
33550 Cangas de Onís - Asturias
985 94 70 61
los-picos@hotmail.com

www.los-picos.com

ALBERGUE SALIENCIA
Restaurante & Bar
Reserva Natural de Somiedo
¡LLÁMANOS!
646 62 98 46

VIAJES TARNA

Soy Gilber de Viajes Tarna.
He viajado por más de 100 países.
Puedo ayudarte a hacer el viaje de tus sueños.
¡Ven a verme o llámame!

Av. Tenderina 7 - OVIEDO
985220856 692863069
info@viajestarna.com

Pza. Fray Ceferino 5 - POLA DE LAVIANA
984064347 605507253
maria@viajestarna.com

www.viajestarna.com

4 de julio. Desde Llananzanes hasta la Peña Laguna nos llevó Mercedes en un panorámico circuito, con ascenso al puerto de Piedrafita y a la Loma Los Lagos, visitando las hermosas majadas de Campanal y San Pedro en la subida, y Carbazosa y Cochoro en la bajada.

10 de julio. Precioso circuito desde Orlé en el que ascendimos con Manu a Los Tornos (Peña Crespa) por la Foz de Les Cangues, bordeando La Frayada, el Cuetón de Les Travieses y el bosque de Moñacos, bajando luego a la majada Incós para regresar por el bosque Purupintu y el valle del ríu Mediu.

18 de julio. Otro magnífico circuito, conducido por María desde Llamazares, para ganar el pico Bodón subiendo por el bosque El Haya de Bodón y accediendo a la gran Cueva de las Horas. Se completó el recorrido con la subida al Cueto Cabañas desde el Collado de Valverde.

5 de septiembre. Se realizaron dos actividades distintas: mientras que Eduardo condujo una travesía desde Geras hasta Aralla por la bonita Foz de Meleros, con ascensión al Pico Pedroso, Gelo llevó a un grupo a disfrutar de la Ferrata Flores y Lagunas, desde Cubillas de Arbás.

12 de septiembre. Novedosa e impresionante actividad, nunca realizada en colectiva, la que nos preparó Héctor para ascender a Peña Ubiña por el Prao Capón, en travesía de Tuiza de Arriba a Torrebarrio. Se realizó sin tropiezos y con la colaboración y gran disfrute de los participantes.

19 de septiembre. Travesía de Canales (Alto de Ortiguero) a Demués para subir a Cabeza Pandescura. Mercedes nos llevó por las Minas de Alda, la Cueva Oscura (maduración de Gamonéu del Valle) y Cabeza Xatera y Cabeza Saldaña, magníficos balcones sobre el Casaño.

26 de septiembre. Regresamos con Bernardo al Tiatordos realizando un precioso circuito desde Pendones, subiendo por la Foz de Palombar, y regresando –a sugerencia de Manu- por la majada de Piedrafita y collada de Xuaco, avistando multitud de sierras, cumbres y hermosos bosques.

3 de octubre. Travesía con ascensión al pico Niañu, conducida también por Bernardo, en un guapo trazado por la montaña meridional piloñesa y recorriendo una sucesión de interesantes mayaos y colladas hasta llegar a la cascada de El Chorrón, cerca ya de Villamayor.

10 de octubre. Circuito desde Puerto Ventana en el que Felipe nos llevó por las cumbres de Campu Faya, Sobre el Tambarón y Peñón Ameno, miradores privilegiados sobre un agreste entorno en el que destaca Peña Rueda, añadiendo al final la visita a las Cuevas de Melluque.

17 de octubre. Regresamos a Babia y Somiedo guiados por Santi para disfrutar de la hermosa travesía entre La Cueta y Valle de Lago, con ascensión a Los Picos de La Mortera y descenso por la braña de Murias Llongas.

24 de octubre. Travesía desde Orlé a Bezanes, con ascensión a La Carasca (o Cornielles), a la que accedimos por la Becarrera de Melordaña. Descenso por los collaos Campigüeños y Capiella para cruzar el Xerru les Grayes hacia la majada Llagos y el Camino de Ancio. Asumió Manu el guiado por baja de Mercedes.

7 de noviembre. Travesía entre Cortes y Ricabo, conducida por Luis, para subir a un Cuetu la Siete completamente nevado al igual que sus imponentes vecinos Peña Rueda y cordal de Huertos del Diablo, lo que nos permitió disfrutar de una inesperada y magnífica actividad anticipadamente "invernal".

14 de noviembre. En travesía desde el pueblo de Pajares hasta El Ruchu, Marcos logró por fin que la meteorología, ¡favorable en esta ocasión!, le permitiera mostrarnos el colorido otoñal del bello Bosque de Valgrande en todo su esplendor. ¡Y vaya si lo disfrutamos!

21 de noviembre. Nueva y placentera inmersión en el bosque, allerano en esta ocasión, la que nos ofrecieron Tomás y Eduardo en dos versiones de travesía desde Llanos hasta Pola del Pino, alcanzando la bucólica Collada La Felguera y, desde ella, la destacada atalaya del Pico Cueto.

12 de diciembre. Circuito "Integral del Monsacro", guiado por Gelo, comenzando en el Alto de La Collada y ascendiendo por la pindia, panorámica y poco conocida Canal de Otura, coronando los picos Marieyu, Romiru y Fayona, antes de bajar por la Vega las Capillas y el Camino de La Llorera.

19 de diciembre. Casi recuperamos la normalidad en la celebración del Belén Vetusta en Les Llanes de Cayo (Cerru Tombu), a donde nos condujo Ana Margarita en circuito desde Villamayor. En ese amplio alto, disfrutando de la benigna meteorología, celebró Rodrigo la misa, entonamos los obligados villancicos, y acabamos las generosas existencias de turrones y sidra. Y comida campera, más prudente, dadas las circunstancias.

Marcha Nórdica. *Se consiguió retomar las salidas a partir del miércoles 22 de septiembre, celebrándose asiduamente a lo largo del resto del cuatrimestre, y contando desde el principio con la participación y asesoramiento de Sonia.*

Como colofón a la actividad del año, el Vetusta organizó, en colaboración con SENDERISMO POR ASTURIAS y CON2BASTONES, la IV San Silvestre de Marcha Nórdica. Se celebró en Salinas el 31 de diciembre, sobre un circuito de 6,9 km, con desnivel acumulado de 110 m, y con participantes del Grupo.

Proyecciones. *En este año Ana Margarita, extremando la prudencia, organizó solamente dos sesiones para cuyo desarrollo preparó un estricto protocolo de seguridad y prevención contra la covid-19. Como protagonistas, los dos últimos responsables ¡durante tantos años! de las Proyecciones de los Jueves de Vetusta: la primera, en homenaje a la isla de La Palma, fue presentada por la misma Ana, y la segunda, sobre montaña y pandemia, por Fernando Collía.*

Lotería y Cesta de Navidad. Un año más, y recargados nuevamente de ilusión, preparamos los talonarios de lotería de Navidad con idéntico número que en años precedentes, el 24343 que, como bien sabéis, representa la fecha de creación del club.

Así mismo, y con las tradicionales y altruistas aportaciones de los socios, volvió a prepararse la golosa Cesta de Navidad.

No resultaría menos tradicional el hecho de no ser favorecidos ¡un año más! en la lotería. Tampoco se presentó ningún agraciado con la cesta, por lo que, sucumbiendo por segundo año a la tentación del tongo, ejem, ejem… tras dividir la cesta en dos lotes semejantes y realizar el preceptivo sorteo entre los vendedores de lotería y donantes de productos para la cesta… resultó que recayeron ¡muy certeramente! en otros dos miembros de la Junta Directiva: ¡el secretario y la vicepresidenta primera! (¿Sería cosa de ir implementando un protocolo de buen gobierno?…).

No tienes porqué renunciar a disfrutar de la ciudad que siempre has vivido

Estamos en el corazón de Oviedo

Nuestros vecinos son el Parque San Francisco, la Plaza de la Escandalera y el Teatro Campoamor.

CENTRO GERIÁTRICO VETUSTA

En el Centro Geriátrico VETUSTA podrá disfrutar de un nuevo concepto de vida en el que se encontrará constantemente atendido por profesionales que trabajan para usted y cuya función principal es facilitarte toda la asistencia que precise.

Servicios

- **-Dirección médica y enfermería**
- **-Fisioterapia y rehabilitación**
- **-Recuperación de postoperatorios**
- **-Cuidados especializados para Alzheimer y otras demencias**
- **-Cocina propia y dietas personalizadas**
- **-Terapia ocupacional, Animación y Teatro terapeútico**
- **-Gerontogimnasia**
- **-Podología y peluquería**
- **-Estancias por horas, días o semanas**

VETUSTA URÍA

CENTRO ACREDITADO

Calle Uría, 12. 3° (entrada por El Pasaje) 33003 Oviedo Nº Reg.: 303 T: 985 20 21 89 - M: 678 533 959
Calle Uría, 14 - Oviedo (frente al Parque San Francisco) Nº Reg.: 460 T: 985 207 649 - M: 678 533 950
Villamiana, 6 El Pendín - Oviedo Nº Reg.: 113 T: 985 985 899
rvetusta@hotmail.com **www.residenciasdevetusta.com**

Completamente asturiana. 100% como tú.

NOS GUSTA SER LA BANCA

que siempre quisimos ser

CAJA RURAL
DE ASTURIAS

113 oficinas en Asturias

Nueva oficina digital

120 cajeros en Asturias

Servicio de atención digital

cajaruraldeasturias.com